



(DOCUMENTO DE TRABAJO)

BRASIL: ORIGENES Y PERSPECTIVAS DE UNA CRISIS

Theotónio Dos Santos

1972

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIO-ECONOMICOS - FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS - UNIVERSIDAD DE CHILE

Indice

	Página		Página
I. SOBRE EL ESTUDIO DE UN PAIS DEPENDIENTE	1	V. LA CRISIS DE LA INDUSTRIALIZACION SUS- TITUTIVA Y LA AMENAZA REVOLUCIONARIA	44
II. LA FORMACION COLONIAL	7	1. Industrialización y Capital Extranjero	
1. Carácter de la Colonización		2. El Fracaso del Nacionalismo como Política Económica	51
2. La Estructura Socio-Económica Colonial	10	3. El Fracaso del Nacionalismo como Ideología y la Radicalización Política	57
III. LA MODERNIZACION DE LA SOCIEDAD EXPORTADORA	15	VI. LA RESPUESTA CONSERVADORA: LA DICTADURA MILITAR Y EL FASCISMO	63
1. La Expansión del Comercio Mundial	16	1. La Lógica del Gobierno Militar	68
2. La Estructura de Clases	18	2. Las Bases del Modelo Económico y Político del Régimen	
3. El Estado, los Partidos y la Ideología	23	3. El "Milagro Económico" Brasileño	74
IV. LA CRISIS DE LA ECONOMIA EXPORTADORA Y LA INDUSTRIALIZACION	26	4. La Búsqueda de Mercado Externo y el Sub-Imperialismo	79
1. La Crisis de la Economía Agrario-Exportadora	27	5. El Modelo Político-Ideológico y la Búsqueda de Consolidación del Régimen	86
2. La Industrialización como Proceso	29	6. La Oposición y sus Perspectivas	92
3. La Revolución de 1930, el Estado Nuevo y la Nueva Institucionalidad	34		
4. El Populismo y la Alianza de Clases	37		
5. El Nacionalismo: Ideología de la Industria- lización	40	BIBLIOGRAFIA	102

I. - SOBRE EL ESTUDIO DE UN PAIS DEPENDIENTE

Para estudiar la estructura socio-económica y política de Brasil hay que discutir primeramente un cierto número de cuestiones metodológicas que nos permiten aproximarnos correctamente a nuestro objeto, es decir, a un país dependiente.

La realidad de los países del llamado tercer mundo y particularmente de América Latina no puede ser entendida fuera del contexto del proceso de expansión del capitalismo europeo que modificó esencialmente la vida de estos espacios geográficos, realizando ahí cambios absolutamente incompatibles con el desarrollo natural de sus poblaciones autóctonas.

Estos cambios fueron determinados en primer lugar, por las necesidades de Europa capitalista, que dada su superioridad tecnológica, política y militar, logró adecuar estas economías para atender sus demandas, pudo transmigrar poblaciones desde Europa hacia el tercer mundo, desde Africa hacia América, etc. para atender las necesidades de producción, movilizar capitales y recursos de todo tipo para atender sus planes.

La historia de los países que fueron objeto de esta gigantesca aventura no puede entenderse fuera de este contexto. Todos ellos vivie-

ron experiencias más o menos comunes y se fueron ajustando a esa situación según sus posibilidades internas, la composición de fuerzas que se crearon en su interior y su posición en el sistema general de que hacían parte.

El móvil fundamental de este sistema internacional era la obtención de riquezas y ganancias para los grupos dominantes de los países centrales. En el período de la colonia, Europa comercial y manufacturera pedía metales preciosos y productos agrícolas tropicales que ahí no se podía producir. En el siglo XIX, Europa capitalista industrial pedía materia prima para sus fábricas y productos agrícolas para su población urbana así como mercado para sus manufacturas. En el siglo XX, Estados Unidos y Europa necesitan mercado para sus capitales excedentes, sus máquinas, etc. y demandan aún materias primas, productos agrícolas y algunos nuevos productos industriales.

La historia de las economías y sociedades dependientes es la del ajuste a esas demandas o de los intentos de escaparse a esta suerte. Las que mejor se ajustaron, por distintas razones históricas, han vivido grandes auges económicos que no permitieron, sin embargo, que iniciasen un proceso autónomo de crecimiento, sino más bien que los sometieron en general a una suerte ingrata cuando sus riquezas se exaurían completamente o cuando cambiaba la orientación de la demanda de los centros dominantes.

En todos los casos, aún en los períodos de gran auge y riqueza, los pueblos dependientes estuvieron en una situación desventajosa. La explotación intensiva de la riqueza de esas regiones, exigía la explotación intensiva de los trabajadores, obligándolos a alcanzar el máximo de productividad en las condiciones tecnológicas de la época, manteniendo al mismo tiempo una baja calidad en la alimentación y en la reposición energética.

Producción especializada para el mercado internacional, explotación intensiva de la mano de obra y baja remuneración forman una trinidad constante de la dependencia, que se complementa necesariamente en el período colonial y en el principio del siglo XIX con la represión y la sumisión de la mano de obra por la fuerza.

Esta última característica ha sido una constante de grandes efectos estructurales. A pesar de que las economías dependientes fueron dominadas sucesivamente por los sectores de punta del capitalismo, ellas

no se ajustaron a los modos de producción más avanzados de cada período, sino que, al contrario, han recurrido a regímenes de trabajo más atrasados.

Las razones son múltiples pero una es la determinante. El capitalismo mercantil desarrolló en Europa las manufacturas modernas y en América el esclavismo y la servidumbre, porque tenía que obligar a la mano de obra a aceptar el trabajo disciplinado y peligroso de las minas o de las plantaciones en vez de cultivar las tierras abundantes y sin dueño a su alrededor pudiendo incluso recurrir a la economía de subsistencia. Los indígenas del altiplano andino resistieron por años, los de las selvas brasileñas también, las poblaciones traídas de Africa, a pesar del desconocimiento de la región, lograron en muchos casos escaparse y formar sus aldeas propias. Instituir una cohesión puramente económica y organizar un mercado libre de trabajo en tales condiciones era absolutamente imposible. Sólo la fuerza podría obligar a esta mano de obra a someterse.

Así, América creó en el seno del capitalismo, y a su servicio, economías basadas en regímenes de trabajo superados hacía siglos. Así también América Latina (y Sur de Estados Unidos hasta la guerra de secesión) se creaba una riqueza que servía, en el exterior, a la burguesía y monarquía europeas y, en el interior, a una nueva oligarquía y que generaba estructuras de clases y políticas específicas que podemos llamar dependientes.

La dependencia, como se ve, no es una relación de una economía nacional autóctona con una economía externa que la somete, sino que es una relación básica que constituye y condiciona las propias estructuras internas de las regiones dominadas o dependientes.

Por dependencia entendemos pues una situación económica, social y política en la cual ciertas sociedades tienen su estructura condicionada por las necesidades, las acciones e intereses de otras naciones que ejercen sobre ella una dominación. El resultado es que estas sociedades se definen por esta situación condicionante que dan el marco de su desarrollo o de las respuestas que ellas pueden ofrecer a los estímulos producidos por la sociedad dominante. La respuesta final no está, sin embargo, determinada por esta situación, sino por las fuerzas internas que componen la sociedad dependiente. Es el carácter de estas fuerzas que explica su situación sumisa así como su grado de enfrentamiento a las fuerzas que la condicionan.

Hay que tener en claro que sólo el capitalismo industrial y en parte su antecesor comercial de los siglos XVI a XVIII han logrado crear una relación de dependencia suficientemente fuerte para generar sociedades dependientes. Hay que diferenciar una simple relación de interdependencia entre pueblos y naciones o aún mismo una situación de relativa sumisión a esta nueva situación histórica en que las demandas de la nación dominante son suficientemente fuertes para llevar a una reorganización fundamental de las economías dominadas haciéndolas estructuralmente dependientes.

Para entender las estructuras productivas, de clase, políticas y culturales de las sociedades dependientes hay que partir de esta economía mundial y sólo a través de su entendimiento se explica la historia y la naturaleza de estas sociedades que de ella nacen.

El trabajo que sigue busca ofrecer al lector una imagen muy general del desarrollo de la sociedad brasileña, partiendo de esa primicia metodológica. Se trata pues, de analizar las estructuras económicas, de clase, políticas y culturales de Brasil, como ellas emergen en el contexto del desarrollo de la economía mundial.

Al mismo tiempo, se analiza estas estructuras desde una perspectiva histórica que permite iluminar su verdadera naturaleza explicando realidades que son aparentemente inexplicables, accidentales o pretendidos productos de idiosincrasias nacionales, de vestigios culturales, de orígenes raciales, etc.

Por esto hemos preferido organizar nuestra exposición desde una perspectiva histórica que facilitará la orientación y ubicación del lector. Dividimos nuestro ensayo de acuerdo a las grandes etapas históricas que se determinan a partir del cambio de forma del sistema internacional capitalista, privilegiando, sin embargo, los períodos actuales.

El conocimiento de la evolución socio-económica de Brasil es de importancia vital para la comprensión del mundo actual por dos razones principales.

Primeramente, porque Brasil es hoy día el más extenso país del llamado tercer mundo -excluida China Socialista- y una de sus más grandes poblaciones. Su importancia estratégica se evidencia aún más si consideramos su posición geográfica que domina el lado occidental del Atlántico Sur, frente a Africa, y el hecho de que tiene fronteras con todos los

países de América del Sur, excepto Chile y Ecuador. Su moderno desarrollo industrial le ha convertido en una potencia media con aspiraciones sub-imperialistas sobre el conjunto del Atlántico Sur al buscar convertirse en el intermediario privilegiado de la dominación imperialista norteamericana y europea sobre esta región. Por todos estos factores, la historia de América Latina está y estará fuertemente condicionada por lo que pase en este país.

En segundo lugar, la evolución socio-económica de Brasil ha representado en muchos momentos, debido a las grandes posibilidades del país, un modelo de las formas extremas a que puede llegar la dominación imperialista y el desarrollo dependiente. En la colonia, tuvo una posición privilegiada en la producción del azúcar y el oro de sus minas tuvo un rol fundamental en el financiamiento de la revolución industrial. A fines del siglo XIX, tuvo el monopolio de la oferta mundial del café y, en un corto período, del caucho. En la mitad del siglo XX, ha desarrollado una industria de base con intensa participación del capital extranjero llegando más lejos que cualquier otro país latinoamericano en esta vía. A pesar de todas estas oportunidades, de sus enormes recursos y de su extensión, Brasil no pudo romper la barrera de la dependencia y del subdesarrollo en sus 500 años de historia.

Tal hecho histórico ha representado siempre un gran desafío para el pensamiento político y social brasileño que ha vivido obsecado por el fracaso histórico de este "gigante acostado eternamente en cuna espléndida" como dice su canción nacional.

Este acicate existencial permitió al pensamiento social brasileño colaborar en gran medida a la creación y perfeccionamiento de una teoría del subdesarrollo y de la dependencia que se hace necesaria para explicar la dolorosa situación del tercer mundo y ayudar a su cambio.

Más aún: al haber generado un importante proletariado en los años 50, cuya incuestionable presencia política en la vida del país, impresionó a un importante sector de la intelectualidad, la realidad brasileña permitió el surgimiento de una crítica radical de las teorías dominantes del desarrollo cuya inspiración había sido anteriormente predominantemente burguesa.

Por estas últimas razones, el análisis de la evolución histórica de Brasil se convierte en un momento esencial de la elaboración de una teoría correcta del subdesarrollo y de la dependencia así como de la re-

volución social que marca la historia presente del llamado "tercer mundo". (Una presentación más amplia de nuestras ideas sobre el tema de este capítulo se encuentra en Dos Santos, 1971 A).

II.- LA FORMACION COLONIAL

1. El Carácter de la Colonización.

Para entender el período colonial brasileño hay que explicar el carácter del capitalismo mercantil que dió origen a los descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI y a la colonización de tierras encontradas.

La expansión de la península ibérica hacia el mundo africano y asiático y posteriormente americano, tenía el indiscutible liderazgo de Portugal que además de dominar gran parte de las islas atlánticas logró descubrir el camino marítimo para las Indias, objetivo central de las incursiones marítimas. La dinastía de Aviz en Portugal había logrado formar el primer Estado monárquico altamente centralizado de Europa y se lanzó sistemáticamente a restablecer el rico comercio con las Indias, cuyo curso terrestre fue cortado por los árabes. Este hecho, revela el rol fundamental que desempeñaron las monarquías en este proceso. Precediendo el absolutismo monárquico de Francia e Inglaterra, realizando el mercantilismo antes de los demás europeos, contando con una fuerte concentración de capitales interna y externa, reuniendo y desarrollando los conocimientos científicos y tecnológicos de la época, Portugal y España lograron abrir al occidente europeo un vasto imperio econó-

mico, cuyo fruto final recogerían siglos después Holanda e Inglaterra sobre todo.

El carácter de la expansión marítima era principalmente comercial. Tratábase de contactar el rico centro comercial hindú en el mar Indico y cambiar su comercio con Europa, que se hacía hasta entonces a través del continente, para hacerlo a través del mar. Los entrepuestos comerciales, defendidos por sus fuertes, eran las principales formas de explotación terrestre. Muy distinta era, sin embargo, la situación de parte de Africa y sobre todo de las Islas Canarias, así como de las tierras de América. En estos lugares se expropió a los pueblos indígenas más ricos o se realizó un proceso de troca absolutamente desigual entre productos de civilizaciones completamente distintas (un objeto de oro se trocaba por un objeto de acero europeo, sin ninguna ley de valor regulando este intercambio). Con el tiempo se fue demostrando la necesidad de establecer ahí centros productivos bajo la administración europea.

El paso de las relaciones puramente mercantiles hacia la producción colonial tuvo que variar según las especificidades regionales. Se necesitaban 2 tipos de productos: minerales preciosos y productos tropicales no existentes en Europa. Esto determinó las regiones hacia donde se movió el colonizador, según sus conocimientos y los recursos técnicos de la época.

El segundo condicionador de la producción colonial fue la mano de obra. Donde existían poblaciones indígenas organizadas capaces de producir los metales o los productos tropicales, la tarea fundamental era la de someterla y organizarla para trabajar para el colonizador. Tratábase de destruir la antigua organización indígena o ajustarla a las nuevas necesidades lo que llevó a la destrucción física de millones de indígenas. Había una gran disposición de experimentar soluciones nuevas sin dejar de considerar los precedentes históricos de los imperios antiguos y medievales, lo que sólo permitió alcanzar una cierta estabilidad a mediados del siglo XVI. Tratábase sobre todo de conseguir un sistema de movilidad de vastas poblaciones para el trabajo minero o en haciendas, sin destruir completamente una necesaria economía de subsistencia y una mínima organización comunal que funcionaba sobre todo como reserva de mano de obra.

El caso que más nos interesa es, sin embargo, aquel donde faltaba mano de obra, como en Brasil. Los indígenas brasileños eran exce-

sivamente atrasados para servir de base a una economía rural estable.

El recurso inicial que utilizaron los portugueses había sido la esclavitud de los indígenas combinada con la utilización de portugueses degredados. Esta solución se mostró muy limitada y se abrió una fantástica y terrible etapa histórica de desplazamiento de la población africana para América utilizándose e intensificándose a un límite increíble el viejo comercio esclavista árabe en Africa. Este comercio se transformó en uno de los más importantes negocios del capitalismo mercantil que superaba los lucros de las actividades productivas. Como lo señala K. Marx, el comercio de esclavos que se queda bajo dominio inglés en el siglo XVIII, fue una de las bases fundamentales de la acumulación originaria de capitales que permitió el surgimiento del moderno modo de producción capitalista.

Cualquiera que fuese la solución encontrada, sea la organización de comunidades indígenas a las cuales la corona cobraba sus tributos, sea indígenas entregados por la corona a los "encomenderos", a los cuales concedía el derecho de explotación de minas y tierras, sea a través de la esclavización pura y simple de africanos y, en algunos casos, de indígenas, todos los regímenes de trabajo adoptados tuvieron un carácter servil y coercitivo. En las colonias no se pudo crear un mercado libre de trabajo, a pesar de las amplias motivaciones capitalistas que orientaron su formación. La razón fundamental de este hecho era la existencia de tierras abundantes por cuya explotación familiar o colectiva habría de optar cualquiera si no fuera compungido por la fuerza a trabajar en las empresas mineras o agrícolas de los señores europeos o criollos. En Brasil, los africanos demostraron esta preferencia al escaparse de las haciendas para formar comunidades propias, los "quilombas", de los cuales el más famoso, Palmares, llegó a tener cerca de 100.000 habitantes, supervivir más de medio siglo y establecer vínculos comerciales poderosos con las ciudades del noroeste hasta su destrucción total por tropas portuguesas.

De lo que vimos, tres son las características fundamentales de las formaciones socio-económicas coloniales:

En primer lugar, las sociedades coloniales son un producto del fortalecimiento y expansión del poder monárquico y son organizadas y administradas por él. La tierra, las minas y las poblaciones autóctonas de las colonias pertenecían legalmente al monarca. Así también el derecho de comerciar con las colonias era monopolio legal de la corona. Las

burguesías mercantiles se encuentran bajo su protección y tienen que pagar altos tributos por la concesión monárquica a que explote tal o cual riqueza colonial.

Todo el rico comercio y la enorme producción colonial era así un monopolio de la Corona que lo cedía, en cambio de un alto tributo, a la explotación de particulares cuando no lo podía explotar ella misma. Este monopolio incluye a la mano de obra indígena, indicando el segundo aspecto de las formaciones socio-económicas coloniales: el trabajo es necesariamente servil (en el caso de Brasil, es esclavo), no por tradicionalismo sino por perfecto, audaz y "emprendedor" ajuste a las necesidades de la producción colonial.

El tercer aspecto esencial de estas formaciones es la determinación externa del carácter de su producción, destinada a atender las necesidades del mercado colonizador europeo. En Brasil se pasan por varios ciclos de producción en el período colonial que incluyen como principales el palo Brasil, en el siglo XVI, el azúcar y el oro, en los siglos XVII y XVIII, siguiendo una sucesión histórica más o menos rígida. Esta economía es necesariamente mono-productora, basada en grandes porciones de tierra cedidas por la Corona en usufructo de los nobles criollos, en grandes unidades productoras para la exportación y en mano de obra esclava.

2. La Estructura Socio-Económica Colonial.

Podemos pasar así a un intento de descripción muy general de la estructura socio-económica colonial y su carácter mono-productor, exportador, latifundiaro y esclavista cuyas grandes causales históricas discutimos en el ítem anterior. (El mejor estudio de conjunto de la economía colonial se encuentra en Prado Junior, 1945).

La estructura productiva que se forma se encuentra pues condicionada por las características del mercado europeo al cual atendía. La tecnología empleada, la base financiera, las modalidades de comercialización están profundamente condicionadas por las características de la tecnología, financiamiento y comercio europeo. Pocas veces se asimiló pautas locales en el campo de la circulación, y cuando esto pasó, tuvo origen en dificultades geográficas o climáticas locales intransponibles.

La producción asumió así un carácter extensivo para atender al hambre de metales preciosos y de productos tropicales que tenía Europa. Vastas regiones fueron devastadas, se produjo un terrible desequilibrio ecológico, regiones de producción o caza y pesca de los indígenas les fueron sacadas violentamente, enfermedades nuevas les fueron pasadas, generando una espantosa mortalidad que redujo a más de la mitad la población indígena de las Américas y casi destruyó la de Brasil.

La hacienda del azúcar era la unidad productiva básica de la civilización que se creó en el noreste de Brasil en los siglos XVI y XVII. El grueso de la producción se destinaba al mercado europeo. Esa producción era cambiada bajo control de mercaderes portugueses que tenían la concesión de la corona, así como el señor de la tierra había tenido la concesión de utilizar las tierras de la corona. El intercambio exterior se hacía para importar esclavos de Africa, con el objetivo de mantener o aumentar la producción (cerca del 50% del valor de los productos exportados se utilizaba para la importación de esclavos), o productos finos para el consumo de la clase dominante (desde el piano hasta las ropas de moda o los pocos libros), así como algunos repuestos y bienes necesarios para nuevas inversiones.

Para alimentar, abrigar y vestir este núcleo exportador había que disponer de alguna base productiva local. Al lado del azúcar, se desarrolló la producción de ganado y dentro de la hacienda una amplia producción de auto-consumo. Una pequeña artesanía completaba el cuadro económico, al lado de los puertos y zonas urbanas (Recife y Olinda principalmente) dedicadas al comercio y actividades administrativas. (Los dos estudios clásicos de esta sociedad son los de Freyre, 1936 y 1951).

En el siglo XVII y XVIII, el descubrimiento del oro en Minas Gerais hizo recuperar la economía del país que se encontraba en decadencia debido a la competencia del azúcar del caribe. El oro de Minas Gerais, junto a la explotación de diamantes, hizo desarrollarse una rica civilización en el interior de las montañas, cuyo poder de compra creaba un gran mercado interno. La actividad minera, además de ser más especializada, y demandar un gran número de productos, creó un vasto aparato administrativo para controlar el impuesto sobre el oro. Impulsada por las minas, se desarrolla no sólo una pecuaria, sino también una agricultura, una gran artesanía y un importante aparato de servicios urbanos.

Como en otras partes de América Latina, se creó un fuerte impulso para la industrialización en este período. La corona impuso radicales impedimentos a tales pretensiones prohibiendo con la pena de muerte la creación de cualquier industria. El impuesto cobrado sobre el oro provocó violentas protestas y dió origen a algunos de los primeros movimientos libertarios de Brasil como los de Felipe Dos Santos y de Tiradentes en el siglo XVIII. Sin embargo, las minas empezaron a agotarse en el final del siglo XVIII y la rica civilización entró en el melancólico período de decadencia. (Una visión de conjunto de este período se encuentra en Boxer, 1962).

En el contexto de esta producción monoprodutora, que generaba economías complementarias altamente sensibles a sus oscilaciones, la clase dominante que se forma es esencialmente dependiente de sus matrices europeas. Allá está no sólo el centro jurídico y administrativo de la corona, como los centros comerciales y financieros que controlan la demanda de los productos, así como la oferta del brazo esclavo.

No hay duda, sin embargo, que al final del siglo XVIII y comienzos del XIX, el monopolio ejercido por la corona y los comerciantes portugueses sobre el comercio colonial entrará en franca decadencia. Debido a las facilidades creadas por la riqueza comercial y el alto poder de compra derivado de ella, la producción interna de Portugal entraba en decadencia, convirtiéndose el país en un simple intermediario entre los productos brasileños y los mercados europeos. En tales condiciones, el monopolio comercial portugués se convertía en una poderosa carga sobre la burguesía agraria y comercial de Brasil. El comercio de contrabando permitía superar en parte esta situación. Inglaterra sobre todo, tenía condiciones de ofrecer mejores precios de sus productos debido a su desarrollo industrial y a la posibilidad de escapar no sólo de la mediación de los impuestos de la corona, sino también de las ganancias intermedias de los comerciantes y financistas portugueses.

Al principio del siglo XIX, en Brasil como en casi toda América Latina, la tendencia a comerciar directamente con Inglaterra hacía saltar la dominación de la corona y de los comerciantes ibéricos. Faltaba un acto político para transformar en realidad total esta tendencia histórica. En Brasil, fueron condiciones muy especiales que orientaron esta transición. Perseguido por Napoleón, el rey D. Joao VI de Portugal abandonó Portugal en Noviembre de 1807 y transfirió su corte para Brasil en 1808, convirtiéndolo en el centro del Imperio. Los ingleses que no sólo inspiraron este acto, como garantizaron la fuga del rey se aprovecha-

ron para lograr la plena apertura de los puertos brasileños a sus productos. El rey firmó de inmediato éste y otros decretos que crearon en la práctica una independencia real de Brasil hacia Portugal. Al retornar a Portugal, en 1821, el rey dejó a su hijo como regente del entonces Reino Unido de Brasil, al que todo indica previendo su próxima independencia. Presionado por un fuerte movimiento independista, con fracciones republicanas revolucionarias y frente a la reacción de la burguesía portuguesa buscando restablecer el dominio comercial y político sobre Brasil, el propio regente, D. Pedro I, declaró la independencia del país en 1822, y pasó a gobernarlo como su Emperador creándose un Estado monárquico liberal seguido de un período de crisis y ajustes en el cual D. Pedro renunció al trono en favor de su hijo, D. Pedro II, en 1931. La guerra civil continuó hasta 1940, cuando se declaró la mayoría de edad de D. Pedro II, a los 15 años de edad.

Esta modalidad extraña de independencia permitió a la antigua oligarquía rural compuesta de los grandes propietarios y empresarios agrícolas, además de los grandes comerciantes exportadores, mantener el pleno control del nuevo estado convirtiéndose en la nobleza de un estable estado oligárquico, con el más amplio apoyo de Inglaterra.

Esta constitución aparentemente tan pacífica (acompañada de un aplastamiento radical de las fuerzas adversarias de pequeños artesanos y comerciantes que se había rebelado en fuertes movimientos republicanos en 1817, y en la guerra civil de 1831 a 1835) del nuevo estado monárquico aseguró la consolidación del régimen de trabajo esclavo por un vasto período de más de 60 años cuando la propia monarquía, siguiendo presiones inglesas, lo abolió sólo en el final del siglo XIX (1888), un año antes de su caída.

El trabajo esclavo continuó siendo por mucho tiempo las bases del régimen, lo que se explica debido a la escasez de mano de obra, así como sobre todo por la abundancia de tierras utilizables a las cuales, como vimos, prefería dirigirse la mano de obra si se le permitiera libertad. El rico comercio de esclavos continuó hasta la mitad del siglo XIX, cuando dejó de interesar a los ingleses.

El asentamiento de la sociedad colonial en la esclavitud, permitió que su carácter dependiente constituyera la base de la producción interna impidiendo el pleno desarrollo del mercado interno de trabajo y de capitales. Esto se sumaba al monopolio del comercio, de la tierra y de la administración que establecía la corona y que impedía también el

desarrollo del capitalismo. Las relaciones de producción esclavistas, aunque modernas y situadas en el contexto de la expansión capitalista mundial, impedían el desarrollo de un régimen de producción capitalista que permitiese el pleno desarrollo de las fuerzas productivas en el país. Por esta razón, las manufacturas que se desarrollaron se asentaron también sobre el trabajo esclavo y no pudieron dar el paso hacia la gran fábrica capitalista moderna sobre cuya base se desarrolla el sistema de producción capitalista. Sólo en la segunda mitad del siglo XIX, y particularmente con el fin de la esclavitud en 1888, asistió el país un importante proceso industrial.

Al mismo tiempo, la estructura colonial creó el latifundio (sobre la permanencia del latifundio, ver Passos Guimaraes, 1968) en el cual se fundaba la riqueza del país basándose en una forma precapitalista de propiedad de la tierra, la cual era inalienable y propiedad de la corona. La independencia vino también a solucionar esta forma precapitalista de propiedad abriendo una nueva relación jurídica que aseguraba, no sólo la posesión sino también la propiedad de la tierra al señor rural, dándole las condiciones jurídicas para convertirse en un propietario capitalista (que dispone de un bien enajenable, convertible en dinero, o en capital, o en nuevas inversiones). El paso real en esta dirección se demoró algún tiempo, limitando enormemente el desarrollo del mercado de capitales y pasando por un período de toma de nuevas regiones agrícolas y de colonización del país que abrió la propiedad rural a no-nobles y creó las bases de una sociedad más moderna. Solamente en la segunda mitad del siglo XIX se va asistir este proceso de modernización que creó las condiciones del desarrollo capitalista en el país.

III. - LA MODERNIZACION DE LA SOCIEDAD EXPORTADORA

El período que va desde la independencia política en 1822 hasta la guerra de 1914-1918, se caracterizó por la expansión de la economía exportadora en bases más modernas hasta que, al final del siglo XIX, este proceso se cristalizó totalmente en una sociedad oligárquica-exportadora de tipo liberal pero autoritaria, profundamente vinculada al capital monopólico inglés y después norteamericano.

El conjunto de cambios socio-económicos operados en este período se puede designar como un proceso de modernización cuyas características fundamentales son las siguientes:

1°) Se abrió el comercio del país al mercado mundial (particularmente al inglés) fundándolo en un intercambio basado en el valor (con relaciones desiguales debido a razones que estudiaremos posteriormente) y orientado por la doctrina del libre-cambio. La lucha entre esta doctrina y el proteccionismo que se realizó en el período terminó con la victoria de la primera y la consolidación de la burguesía agrario-exportadora cuyos intereses se confundían con los del imperialismo inglés en pleno ascenso.

2°) A pesar de apoyarse en la mano de obra esclava hasta 1888, se presionó primero para terminar con el comercio de esclavos y des-

pués con la propia esclavitud llegándose a implantar al final del siglo, una mezcla de régimen salarial capitalista y relaciones de trabajo semi-serviles como la mediería, el colonato, etc. Se crearon así las bases de un mercado de trabajo en el cual la importación de emigrantes europeos en alta escala hacia los cafetales de S. Paulo, vino a sustituir la importación de los esclavos. Al mismo tiempo, se creó un mercado de capitales los cuales se liberaron de su dependencia de la compra de esclavos y de tierras y se podían mover libremente.

3°) A pesar del carácter conservador de la clase dominante, debido al fundamento arcaico de su poder, la super-estructura jurídica y política tuvo que modernizarse y ajustarse, con importantes adaptaciones, a las necesidades de una sociedad liberal-burguesa. La implantación de la República, el desarrollo del positivismo como doctrina básica de las clases medias emergentes, la separación entre la Iglesia y el Estado, el desarrollo de la educación pública, etc. conformaron un conjunto de cuestiones vitales para la adaptación de la super-estructura a las nuevas condiciones de una economía que continuó agrario-exportadora y no pudo superar su carácter dependiente.

Tratemos de estudiar cada uno de estos puntos un poco más en detalle.

1. La Expansión del Comercio Mundial.

La caída de la producción del oro a fines del siglo XVIII, dió origen a la búsqueda de nuevos productos exportables. El algodón, la caña de azúcar en recuperación y después el café fueron los sustitutos de un comercio que pasó por una grave crisis en las primeras décadas del siglo. Brasil era el principal exportador de algodón para Inglaterra al lado de Estados Unidos (en 1800 exportaba 30.000 sacos en tanto Estados Unidos exportaba 40.000) perdiendo rápidamente su posición (en 1807 exportaba 19.000 en tanto Estados Unidos exportaba 171.000). También en el azúcar sufrió una fuerte competencia cubana. Sólo en la segunda mitad del siglo XIX, Brasil retomó un importante crecimiento económico basado en el café que vino a ocupar cerca del 60% de las exportaciones del país. Al mismo tiempo, se alcanzaba una posición excepcional en el mercado mundial: en la mitad del siglo XIX, la exportación brasileña de café correspondía a cerca del 50% de la exportación mundial, en

1900 este porcentaje se elevaba a 75%.

En el comienzo del siglo, se da un importante auge exportador del caucho, que existía solamente en la región amazónica y que posteriormente fue trasplantado por los ingleses a otras regiones. También se aumentó la exportación del cacao para la fabricación del chocolate.

Dada la nueva coyuntura del mercado mundial, la balanza comercial brasileña empezó a presentar un saldo positivo desde 1868, permitiendo una gran reserva financiera aún más aumentada por la abolición de las dispendiosas compras de esclavos.

El capital inglés que, en la primera mitad del siglo XIX había buscado controlar en parte al país a través de los préstamos al gobierno y particulares que tenían por objetivo cubrir los "déficits" del balance comercial, cambia sus relaciones con Brasil en la segunda mitad del siglo, haciendo incursiones en los sectores de transporte, servicio público, energía eléctrica, comunicaciones, etc., buscando aprovechar así las reservas financieras del país generadas por un "superavit" que pasa a existir en la balanza comercial, como base para comprar, ferrocarriles, acero, maquinaria e instalaciones a Inglaterra.

Al mismo tiempo, se empieza a usar los nuevos "superavit" comerciales para importar maquinarias que permiten un cierto desarrollo industrial. El mercado de capitales comienza a organizarse y se desarrolla el sistema bancario.

El clima general llevaba pues a una gran euforia de las clases dominantes. Ellas pasaban a confiar en su liberalismo económico como en el fundamento del desarrollo.

La monocultura del café que al orientar el país hacia la exportación agrícola, paralizaría de hecho su impulso hacia integrarse en la nueva era industrial moderna, aparecía en este momento como la solución de los problemas nacionales, como el mejor camino posible para el ingreso de Brasil en el mundo moderno. De ahí viene la fuerza ideológica y política de la oligarquía agrario-exportadora que creó así mismo una verdadera elite empresarial, intelectual y política a su servicio venciendo todas las oposiciones a su dominio.

Esta oligarquía no podía sin embargo, ocultar su enorme dependencia de la burguesía inglesa, su principal compradora, que controlaba

el comercio brasileño del café, la alimentación de la tecnología moderna para el transporte ferroviario, los puertos, los servicios de comunicación, bancarios, etc. En la década de 1860, un capitalista brasileño había intentado crear un núcleo de capitalización de los excedentes generados por el comercio exterior, inaugurando empresas mineras, de transporte, energía eléctrica, etc. con fuerte base en un banco nacional privado. El rotundo fracaso del Visconde de Mauá frente a la competencia internacional y a los límites de una economía esclavista interna, mostraron la imposibilidad de la burguesía agrario-exportadora de enfrentarse a estas tareas por su propia cuenta.

El desarrollo de la economía exportadora permitía a la burguesía y a las clases medias urbanas comprar los productos manufacturados a bajos precios, limitándose así el mercado para estos bienes producidos en el país, liquidando cualquier capacidad de competición de la manufactura nacional. Esta se pudo desarrollar sólo como un sector complementario y dependiente del exportador. La alimentación masiva de los esclavos, los campesinos especializados y los asalariados urbanos tenía que ser satisfecha por la agricultura y pecuaria nacionales, llegándose a cierto grado de industrialización de los productos como el caso del charqui del estado del Río Grande do Sul, los laticinios del Estado de Minas Gerais y Goiás, el beneficio del arroz y de los porotos, etc. El carácter altamente especializado de la cultura exportadora destruía gran parte de la agricultura de subsistencia, estimulaba el surgimiento de una división internacional del trabajo y creaba un cierto dinamismo económico interno.

Las industrias textiles, de alimentación, de repuestos, etc. se veían estimuladas por la demanda venida de los asalariados urbanos y rurales. La subsistencia de un régimen de trabajo esclavo habría sido un gran impedimento para el desarrollo del mercado interno. Con la extinción abrupta de la esclavitud en 1888, las industrias tuvieron un gran auge y se creó al final del siglo una base industrial relativamente importante. La economía nacional lograba así un grado de diferenciación bastante significativo que va a permitir el apareamiento, al principio del siglo, de una compleja estructura de clases.

2. La Estructura de Clases.

Al final del siglo XIX, la hegemonía incontestable de la oligar-

quía agrario-exportadora ya no era un hecho tranquilo. Las clases medias urbanas se habían desarrollado en base al crecimiento de las fuerzas armadas, de las zonas urbanas, debido a la expansión del comercio, del aparato administrativo cada vez más necesario para controlar la economía y de la formación de una infraestructura de energía y transporte para la expansión de los negocios. Por fin, las clases medias profesionales crecían y ganaban importancia junto al sistema escolar recién creado y los pequeños comerciantes e industriales pasaban a influir sobre los poderes locales en grado creciente.

Al mismo tiempo, crecía el proletariado urbano compuesto de los trabajadores de los ferrocarriles, de los puertos, de las fábricas textiles y alimenticias creadas en el período. Muchos de ellos eran emigrantes, italianos sobre todo, venidos para la labor agrícola que abandonaron esas actividades debido a las condiciones altamente exploratorias que implicaban. La situación de los emigrantes italianos en Brasil fue objeto de duras críticas en el parlamento italiano por parte de los partidos de izquierda, sobre todo los anarquistas, que tenían gran influencia sobre el proletariado emigrado y nacional también.

Al final del siglo, había nacido en el campo un proletariado asalariado que se formó en algunas regiones como S. Paulo, Estado de Río de Janeiro, parte de Minas Gerais, además del proletariado del noreste y del Río Grande do Sul. Sin embargo, el grueso de la mano de obra agrícola era constituido por campesinos en condiciones semi-serviles o mixtos de asalariados y pequeño agricultor. Una gran parte de los trabajadores eran medieros o aparceros del dueño de la tierra que en cambio del derecho de utilizar las tierras del señor tenían la obligación de trabajar para él durante ciertos días y además de entregarle parte de la producción del terreno que le tocaba o aún de sus crianzas.

Muchos autores han creído ver en esas relaciones una forma de salarido disfrazado, pagado en especies (ver Caio Prado Junior: 1966). De hecho, tales relaciones vinculan al trabajador al dueño de la tierra por lazos no solamente económicos sino serviles (que asumieron y aún asumen la forma del compadrazgo, la deuda de honor y otras formas de dependencia). De ninguna manera el aparcerero (cualesquiera que sean sus formas específicas de relación) es un trabajador libre que es propietario privado de su fuerza de trabajo, la cual vende en un mercado libre de trabajo. No es, por lo tanto, un asalariado. Por el contrario, las relaciones asalariadas rurales y urbanas fueron (y aún lo son en parte) afectadas por esas relaciones semi-serviles, que limitaron el

desarrollo del modo de producción capitalista en el país.

La otra parte de la mano de obra rural era y aún es formada en parte por una vasta población de pequeños propietarios minifundarios que venden su fuerza de trabajo y la de sus hijos y parientes en los períodos de zafra. Estos trabajadores temporales han constituido (y aún constituyen, bajo nuevas formas, como lo veremos) el grueso de la mano de obra agrícola. Ellos son una mezcla de pequeños propietarios y asalariados que tienen un pie en la agricultura de supervivencia precapitalista con ventas ocasionales de sus productos en una economía mercantil simple y el otro pie lo tienen en relaciones asalariadas que les permiten comprar parte de su consumo de ropas y otros productos industriales.

Más recientemente, como producto del desarrollo capitalista en el campo, la situación de tales grupos se deterioró de tal forma que se ven obligados a comprar aún productos agrícolas que ya no logran producir en sus minifundios. Además, no pueden utilizar más los bosques vecinos para la obtención de madera, de caza y otros recursos extras con que contaban en el pasado.

El desarrollo de las relaciones mercantiles los hacen vender una parte cada vez mayor de su producción sometidos a leyes de mercado, sobre las cuales no tienen ningún control.

Asalariado rural puro en muy poca escala, mixto de asalariado rural y pequeño propietario o parte del grupo familiar del pequeño propietario, aparceros de diversos tipos formaron el grueso del proletariado y semi-proletariado agrícola brasileño. Como lo veremos la situación no cambió tan sustancialmente en la época actual.

Al lado de estos sectores proletarios, encontramos el pequeño y mediano agricultor, propietario o arrendatario de la tierra. Este tipo de campesino existió y aún existe sobre todo en la región Sur del país (extendiéndose recientemente hacia Mato Grosso y Goiás). Ellos desarrollan gran parte de la agricultura más moderna de frutas y hortalizas para los mercados urbanos y para las industrias alimenticias. Se han especializado también en una agricultura de zona templada y subtropical que incluye algunos cereales y en algunos casos (como el Norte del Paraná) hasta el café. Muchos de ellos forman parte de colonias de extranjeros como los alemanes y los japoneses que tuvieron importante apoyo de sus gobiernos para crear un colonato acomodado en Brasil y

otros países, aportando sus conocimientos técnicos y administrativos a un ambiente compuesto de grandes unidades productoras altamente modernas o completamente sub-aprovechadas.

La hacienda del café, que fue el centro de la actividad económica del período no se caracterizaba por una preocupación especial con el aprovechamiento racional de la tierra. Esta había en abundancia. La preocupación dominante de los potentados del café, los grandes oligarcas de S. Paulo, era mucho más con la comercialización, el transporte, la comunicación inmediata con la cotización de Londres que con el perfeccionamiento de una técnica agrícola de aprovechamiento más racional de la tierra. Si la productividad era alta, no importaba que se agotaran las tierras. Se marchaba hacia nuevas regiones y se vendían las antiguas haciendas a nuevos propietarios de segundo rango. Además, las propiedades eran tan grandes, que difícilmente se agotarían en un período medio de utilización.

Los hacendados del café tenían que cuidar de problemas muy complejos. Ellos tuvieron que importar la mano de obra desde Europa, particularmente del Sur de Italia, para hacer crecer sus haciendas. Tu vieron que celar por el control internacional de los precios obligando al Estado a garantizar el precio del café en 1906, a través del acuerdo de Taubaté. Por este acuerdo, el Estado pasaba a comprar los "stocks" excedentes de café, para regular la oferta internacional del producto. Tenían que utilizar las divisas obtenidas con la exportación para montar verdaderos palacios urbanos y aún utilizar los vastos excedentes de capitales que les quedaban. Tenían que celar por los transportes ferroviarios en el interior y por los puertos y los fletes. La oligarquía del café era pues mucho más urbana y comercial que propiamente agrícola. Sus grandes representantes, imbuídos de cultura europea, cercados de muebles de estilo, de cuadros europeos, amparando artistas y escritores nacionales, creando una Universidad como la Facultad de Filosofía de S. Paulo, como una especie de extensión de la Sorbona a aquellas tierras tropicales (como las sintió Claude Levi-Strauss al transportarse hacia ese país extraño, en los años de la segunda guerra). Una oligarquía que logró ocultar bajo estos grandes y refinados ambientes de cultura cosmopolita, las miserables condiciones de los campesinos que producían los excedentes en que alimentaban su ocio. El despreciable "jecatú", idealizado a veces, ridiculizado otras, era el tonto, ignorante, analfabeto y miserable tipo humano que producía esta enorme riqueza de cuya existencia no tenía la menor sospecha.

Se establecen así los vínculos entre una economía de miseria y opulencia, cuya forma básica de división era el extenso y miserable medio rural y el refinado y selecto ambiente urbano: esta mezcla de cosmopolitismo y provincianismo, de cultura exquisita y analfabetismo masivo que dilaceró y aún dilacera este país, haciéndolo un enorme gigante de contradicciones y desafíos insolubles al entendimiento no dialéctico.

En las pequeñas ciudades que se van desarrollando, se va reproduciendo a nivel regional esta misma estructura. Grandes propietarios provinciales unidos umbilicalmente a los grandes oligarcas nacionales. Una pequeña burguesía provincial y un extenso y miserable campesinado al lado de un pequeño sector de proletariado urbano y algunos brotes ya de poblaciones marginales de sin trabajo (aún atenuados por las supervivencia). Las situaciones de crisis económica del sector exportador o de dificultades naturales, como las sequías del nordeste, rompen el delicado equilibrio de esta economía provincial obligando a estas poblaciones a desplazarse hacia las zonas urbanas en búsqueda de mejores oportunidades. En las primeras décadas del siglo XX, este proceso migratorio se va a acentuar enormemente con el avance del capitalismo hacia el campo y la consiguiente expulsión de enormes masas de población rural.

Al final del siglo XIX, sin embargo, Brasil es un país donde una estructura de clases bastante compleja empieza a apuntarse. En el tope de ella, está la oligarquía agrario-exportadora, luego abajo, viene una burguesía agraria-latifundista, pero sin acceso directo al sector exportador. En las regiones urbanas, ya aparece una burguesía mediana basada en la industria y en el comercio interno y una clase media asalariada o profesional con cierto acceso a los dueños del poder que le compran su trabajo.

De otro lado, una enorme masa de un proletariado y semi-proletariado agrícola al lado de una emergente pequeña burguesía rural de pequeños y medianos propietarios o arrendatarios. En las ciudades, un proletariado industrial y un semi-proletariado de servicios en formación, recién venidos del artesanado urbano y sub-urbano o rural conservando aún valores pequeños burgueses muy significativos.

Esta estructura de clases, a pesar de su verticalidad, se encontraba enormemente separada por la violenta oposición entre un campo pre-capitalista en gran parte y una zona urbana altamente cosmopolita,

de otro lado. Las violentas conmociones por que pasó el campo brasileño entre el fin del siglo XIX y las primeras décadas del actual, no encontraron mayor resonancia urbana (la más importante de ellas fue descrita en un libro clásico de Euclýdes Da Cunha, varias ediciones). Los violentos choques urbanos de los años 20 en Brasil, irán a encontrarse en parte, con este Brasil rural sin entenderlo ni buscar cambiarlo.

La super-estructura institucional e ideológica que se yergue sobre esta sociedad dependiente agrario-exportadora no escapará de estas formas básicas que le dan vida.

3. El Estado, los Partidos y la Ideología.

Brasil era la única monarquía constitucional dentro de una América Latina republicana. Además de proporcionarle una estabilidad conservadora, esta situación no lo hacía diferenciarse tan profundamente de los demás países. La misma ideología liberal, ilustrada y autoritaria que orientó a los caudillos de la independencia y de las repúblicas latinoamericanas, dominaba al monarca y a los partidos políticos del imperio. La misma clase dominante era la que fundamentaba estas estructuras institucionales e ideológicas.

La aparente paradoja de esta situación, se deriva del hecho de que el liberalismo criollo era expresión de los intereses de una burguesía agrario-exportadora y no de la burguesía industrial como en Europa. Al contrario, aquí el liberalismo era antes que nada el instrumento de contención de la emergencia y el desarrollo de esta burguesía industrial. De ahí, las tintas tan conservadoras y autoritarias de este liberalismo, que podía conciliarse tranquilamente con un colegio electoral altamente selectivo, con la conservación del trabajo servil, con un mínimo de pragmatismo, de empirismo y de protección real al desarrollo científico. Es verdad que D. Pedro II inauguró los primeros teléfonos, se interesaba por la ciencia y las artes, pero más como un apreciador, un dilettante, un consumidor. Las burguesías agrario-exportadoras se relacionaban con el mundo tecnológico moderno en esta función pasiva de consumir y no en la de producir la ciencia.

Esto no impidió el apareamiento, desarrollo y expansión de un socialismo utópico de origen artesanal que fue ahogado a hierro y fuego

en los levantes de 1848-50, así como se habían manifestado en el período de la independencia. Los movimientos revolucionarios de la guerra civil de los años 30 y de los levantes de 1848-50, fueron reducidos por la historia oficial brasileña a la condición de motines que no desafiaban el poder central haciéndose ocultar su carácter libertario, antimonárquico, muchas veces proteccionista en contra del liberalismo que ahogaba la artesanía y la industria nacional naciente. Como se sabe, en América Latina esta alternativa de desarrollo nacional hacia el mercado interno, sólo floreció en el Paraguay, llevándolo a un enfrentamiento violento con la triple alianza de Brasil con Argentina y Uruguay. Brasil se hizo responsable directo, en esta oportunidad, por el genocidio del pueblo paraguayo, de cuya población mató cerca de cinco sextos.

La Guerra del Paraguay (como es conocida en Brasil) se sumó a la represión de las insurrecciones populares para crear las bases de la afirmación del ejército en la vida nacional. Con él, se afirmaba también una capa media que tenía las puertas del poder cerradas por una nobleza criolla amparada en la monarquía. El movimiento que agitó en el país la bandera republicana, tenía una base ideológica claramente positivista y se inspiraba en el federalismo norteamericano buscando corporificar, en un régimen monárquico altamente centralizado en su forma jurídica y altamente localista en la realidad económica de sus regiones volcadas hacia la exportación, y no articuladas entre sí, las bases de un Estado Federativo. La desaparición del mercado nacional de esclavos con la abolición de la esclavitud en 1888, eliminó uno de los más importantes vínculos entre esas distintas regiones, llevándolas a volcarse hacia sí mismas y a revigorizar la vida local y regional. La Carta Constitucional Republicana, vino a propiciar los medios jurídicos para el funcionamiento de una estructura de poder regional que la precedió históricamente.

Los centros exportadores, principalmente la zona del café, reivindicaban autonomía para expandirse en sus relaciones con un mercado internacional en crecimiento, sin dejarse limitar por el centralismo monárquico.

La Vieja República que se establece entre 1889 y 1930, fue una expresión de la conciliación de estos intereses regionales que tuvo su forma final en la "política de los gobernadores". Esta se caracterizó por una alianza entre los jefes políticos locales (los "coroneles") y los gobernadores de los distintos Estados de la República y de estos gobernadores entre sí en el nivel federal, teniendo como centro aglutinador

el grupo ligado al café en S. Paulo y en Minas Gerais, el cual había derrotado las tendencias hegemónicas de otras facciones regionales como los industriales del charqui en el Sur. (La mejor descripción del período y de la política de los coroneles, está en Victor Nunes Leal, 1948, y la mejor reedición de datos y fuentes se encuentran en Edgard Carone, 1969).

Este acuerdo relativamente estable entre intereses regionales tan fuertes tenía su centro en el ejército que había instalado la República en 1889, y que continuaba siendo la llave de la unidad nacional entre estas fuerzas regionales que se habían despedazado en toda América Latina.

Positivismo como doctrina filosófico-social, liberalismo como doctrina económica, federalismo como principio organizativo integraban una estructura económica que emergía al final del siglo XIX, madurada en un largo proceso económico y social.

Los otros ítems de la "modernización" del país, como la adaptación del derecho civil a las necesidades del capitalismo puro, aunque dependiente (combinado con vastos sectores de economía natural o mercantil simples), la separación de la iglesia del Estado, la reafirmación del carácter profesional del ejército, a pesar de su intervención en la declaración de la República y en los primeros gobiernos republicanos, el desarrollo de la educación pública, etc., son los elementos configuradores de una superestructura que buscaba ajustarse a las condiciones de una economía nacional en expansión, que no dejaba de ocupar un rol dependiente dentro del sistema capitalista mundial.

IV. - LA CRISIS DE LA ECONOMIA EXPORTADORA Y LA INDUSTRIALIZACION

El período que va desde el fin de la 1era Gran Guerra hasta la mitad de los años 50, se va a caracterizar por la crisis definitiva de la vieja economía exportadora y la creación sistemática de una alternativa industrial, sustentada por una fuerte corriente nacionalista. Esta corriente se basaba en una fluida alianza de clases que se fue cambiando en el tiempo, sea en su claridad en cuanto al programa de transformaciones que la unió, sea en su fidelidad y consecuencia con él. Como lo veremos en el próximo capítulo, este intento de desarrollo nacional se frustró al final del período, así como la alianza que lo sustentó. Las razones se harán claras en la propia descripción del proceso. Así mismo, las fuerzas que lo apoyaron se quedaron al final atrapadas entre 3 fuerzas: el viejo sector exportador, nacional e internacional, el nuevo sector industrial directamente perteneciente al capital internacional y las nuevas fuerzas de clase proletarias generadas en el proceso. Presionada entre las resistencias aún fuertes del sector exportador decadente, las rapaces ambiciones del capital monopólico multinacional y la creciente concientización y organización del movimiento popular, la corriente nacionalista, desarrollista o reformista se vió sin aliento y sin salida. Se reveló así, de manera paradigmática, toda su debilidad orgánica.

Veamos más en detalle los distintos elementos aquí sintetizados.

1. La Crisis de la Economía Agrario-Exportadora.

La aparentemente sólida economía agrario-exportadora que describimos en el capítulo anterior, había empezado a entrar en crisis al final del siglo XIX, cuando empieza a caer el precio del café a nivel mundial (valor medio por saco: 4,09 libras en 1893; 2,91 en 1896 y 1,48 en 1899) y empieza a presentarse al mismo tiempo, un crecimiento de la producción brasileña de café que aumentaba enormemente la oferta del producto a nivel mundial.

Fue entonces que la burguesía del café encontró una solución para el problema que, de hecho, hacía nada más que aplazar la crisis descargando su costo sobre el pueblo brasileño en su conjunto.

El acuerdo de Taubaté, en 1906, establecía un precio fijo para la venta del café y tomaba medidas para mejorar su propaganda y controlar su oferta. Empezaba así, una política proteccionista de valorización del café que buscaba neutralizar su tendencia a la baja a través del financiamiento de los estados productores (S. Paulo, Minas Gerais y Río de Janeiro que firmaron el acuerdo) por la Unión. Sólo la intervención estatal lograba salvar la economía del café en contra de los principios liberales que la burguesía agraria había sustentado hasta entonces.

La política proteccionista llevaría, sin embargo, a debilitar a largo plazo aún más la situación mundial y brasileña del comercio del café. Además, de ser muy cara, y obligar al estado a comprar grandes "stocks" de café endeudándose progresivamente, esta política de valorización artificial y tan dispendiosa del precio del café, favorecía a los productores de otras partes y aumentaba de cualquier manera la competición internacional, creando un círculo vicioso que obligaba a una creciente intervención.

La situación de creciente dependencia de los agricultores en relación a la política estatal, los obligaba a buscar controlar rígidamente el estado pero, al hacerlos dependientes del Estado, al aumentar la inflación y al exigir importantes sacrificios nacionales, a largo plazo los debilitaba y los obligaba a concesiones y acuerdos con las nuevas clases emergentes en las zonas urbanas. Igualmente, esta política, al crear una desvalorización de la moneda nacional aumentaba el costo de los productos importados favoreciendo indirectamente a la industria nacional a través de una especie de proteccionismo indirecto.

Con la crisis de 1929, la burguesía del café sufre su golpe definitivo. Sin perder su rol de importancia en la vida nacional, deja de ejercer la hegemonía que había obtenido sin grandes dificultades en el sutil sistema de compromisos de la política de los gobernadores que hemos descrito en el capítulo anterior. Ahora, tenía que contentarse con la ayuda estatal en el plano interno y el llamado "confisco cambial", que pasaba hacia el Estado el grueso de las divisas obtenidas con la exportación.

A pesar de las afirmaciones de algunos analistas del período, que creen que la sustentación del financiamiento del café revela la ausencia de una política burguesa industrialista, la existencia y la sutileza de esta política es muy clara. Se trata de mantener la producción del café y los ingresos que ella crea en el plano interno y externo, para vender al mercado interno los productos industriales nacionales y apoderarse de las divisas obtenidas en el exterior, para comprar las materias primas y las maquinarias que permiten el desarrollo industrial del país.

La conciencia de la necesidad de este proteccionismo, era muy clara en la elite industrial brasileña y muy secundariamente en la pequeña y mediana industria que seguía, sin embargo, sus líderes más conscientes reunidos en centros y asociaciones, y posteriormente, a partir de 1937, en sindicatos y federaciones de la clase. Lo que pasa, es que esta conciencia tiene que ajustarse a las condiciones específicas de un país dependiente, es decir, de un país en que el desarrollo industrial depende estructuralmente de la capacidad de importar máquinas y materias primas. La esencia de la "revolución burguesa" en estos países, es decir, la esencia de lograr una acumulación de capital que permita la industrialización, pasa por la necesidad de controlar las divisas y utilizarlas para las inversiones del industrial local. A esto hemos llamado la "acumulación externa del capital", es decir, la necesidad de que la reproducción del sistema capitalista dependiente incluya al sector externo. Pues en estos países el sector de bienes de producción, que Marx llama I, se encuentra en el exterior (máquinas, implementos y materias primas industrializadas en particular). Los líderes industriales de la época, particularmente Roberto Simonsen, tenían una clara conciencia del problema (Simonsen, 1939).

La crisis del sector exportador se hace pues definitiva a partir de los años 20, y todos los intentos de la burguesía agraria del café de retomar el control hegemónico del poder político, se mostraron contra-

rias a la marcha de los hechos. El sector exportador fue perdiendo su función mayoritaria en el ingreso nacional, bajando de cerca del 17% al 6% del ingreso nacional entre los años 30 y los años 50. Así también la renta generada por la agricultura, va a perder su primer lugar en el ingreso nacional hacia los sectores de industria y servicio. La agricultura representaba en 1947, el 27% del producto nacional bruto y la industria el 21%. En 1961, la agricultura contribuía con el 22% del producto y la industria con el 34% (la mejor sistematización sobre los datos industriales brasileños están en el libro de Werner Baer, 1966).

2. La Industrialización como Proceso.

Como vimos en el capítulo III, la industrialización que se realizó en los fines del siglo pasado y en el comienzo del siglo XX, había crecido como complementaria del sector exportador. Era el mercado interno generado por este sector que permitía el desarrollo industrial. En el ítem anterior del actual capítulo, mostramos otros aspectos específicos de esta relación. Mostramos como este sector exportador generaba los ingresos para importar maquinarias y materias primas, consumidos por el sector industrial.

Hay, sin embargo, otras relaciones de dependencia entre el sector industrial naciente y la vieja estructura exportadora. Los capitales que se trasladaron hacia la industria, tenían que ser generados, obviamente en el sector agrario. En la medida en que los excedentes generados en el sector exportador, no podían ser usados para comprar artículos de lujo importados o para capitalizar una agricultura del café en decadencia (los otros sectores exportadores no se mostraban también altamente lucrativos), es de suponer que este dinero o se iba directamente hacia la inversión industrial y de servicio o hacia los bancos, lo que permitía su utilización por los sectores dinámicos de la economía. La alta tasa de explotación del trabajo existente en el campo creaba un excedente económico amplísimo, que luego se convertía en moneda, créditos y valores utilizables en los sectores más lucrativos. En un sistema inflacionario, los que prestan tienden a perder plata y los que invierten no tienen porque temer los préstamos. La inflación funcionaba así, de dos maneras, a favor de la industrialización; como desvalorizadora del capital tomado por los empresarios y como valorizadora de los precios de los productos importados.

En estas condiciones se puede entender claramente cuales tendrían que ser las medidas apoyadas por una burguesía industrial capaz de defender sus intereses de clase. Ellas no podrían asumir, de ninguna manera, una forma burguesa radical. Sus banderas no podrían ser jamás una reforma agraria radical, una política antimperialista, una defensa de la democracia burguesa, etc.

Por el contrario, en estas condiciones, el programa burgués industrial tenía que buscar preservar el ingreso del sector exportador (su mercado interno), asumir el control de las divisas, facilitar el crédito y la inflación y lanzar las bases para que el Estado invirtiera él mismo, u obligara al capital internacional a hacerlo en las ramas de infra-estructura (energía, transporte, industrias básicas de productos intermedios, como la siderurgia, etc.), en la creación de recursos humanos (Servicio Nacional de la Industria para formar profesionales cualificados, legislación del trabajo y previsión social para que disminuya el costo de la mano de obra, etc.). También cabía centralizar el poder en la Unión destruyendo las bases federativas de la vieja república que permitían el control de los "coroneles" locales y las oligarquías regionales, nacionalizar el aparato del Estado (DASP), crear un apoyo ideológico para la burguesía industrial, etc.

De hecho, el período que va de 1930 hasta 1958, ha sido caracterizado por estas medidas con marchas y contramarchas. El Estado Nuevo, que dirigió Vargas desde el golpe de Estado de 1937 que creó este régimen que duró hasta 1945, ha sido la expresión más clara de este programa que de manera menos clara, se expresaba en las intenciones de la Alianza Nacional Liberadora que llevó Vargas al poder en 1930, después de una revolución que movilizó amplios sectores del país, particularmente de sus zonas urbanas.

Si el movimiento que llevó a Vargas al poder era vacilante y no buscaba quebrar compromisos, el programa de 1937, ya era mucho más claro en sus intenciones. Sustentar que en este período, no hubo una hegemonía en el Estado y que entonces se "amalgamaron" todos los intereses nacionales y externos, como lo creen algunos sociólogos brasileños, o que este gobierno era una expresión del ambiguo movimiento de clases medias que lo llevó al poder en 1930, es una posición que ignora el sentido del proceso real. (La tesis del amalgama se encuentra particularmente en Weffort, 1964).

El hecho, es que en el período se tomaron todas las medidas que

permitían a una burguesía dependiente crear las bases de una sociedad industrial. Dos errores sustentan las posiciones opuestas. El primero, es el de creer que esta burguesía debiera defender un programa democrático burgués clásico, cuando en realidad ella luchaba en contra del liberalismo que impedía el desarrollo. El segundo error, es el de creer que el conjunto de la clase burguesa tiene que tener una conciencia clara del proceso para poder hablar de una conciencia de clase. Es evidente, que la burguesía industrial alemana jamás llegó al nivel de conciencia de un Bismarck. Tampoco en Brasil, ni toda la burguesía industrial llegó al nivel de conciencia de un Vargas, un Roberto Simonsen o un Euvaldo Lodi, pero ellos no sólo lograron liderar la clase, sino han creado todo un aparato para darle alguna representación incluso al pequeño y mediano industrial. Sobre todo lograron aplicar, con concesiones evidentes, un programa de transformaciones económicas, políticas y sociales que favorecieron al desarrollo de la burguesía como clase.

Brasil no se hizo independiente y autónomo, democrático-burgués o capitalista puro, por no haber tenido una burguesía industrial conciente como puede desprenderse de ciertos trabajos (ver un balance del tema en Cardoso, 1964 y en Martins, 1968), sino por la imposibilidad estructural de constituirse un capitalismo de tal tipo en el siglo XX, mucho menos por parte de países que tenían la dependencia tan estrecha de un sector agrario-exportador, como el caso de Brasil. La elite industrial brasileña, supo movilizar con gran sutileza su clase en defensa de sus intereses y manipuló muy bien el Estado y las debilidades de las otras clases, sobre todo después de 1937. La fragilidad de los resultados, no se debe al hecho de ser una burguesía industrial poco conciente, por el contrario, se debe al hecho de ser una burguesía industrial conciente y, por esto, conservar el país en el camino capitalista y, consecuentemente, verse obligada a conducirlo a un desarrollo industrial dependiente. Al conservar el país en el camino capitalista dentro de los límites que el reformismo burgués podía asumir en las sociedades capitalistas dependientes, la burguesía industrial no hizo más que abrir el inevitable camino del Brasil actual, que no logró superar ni el subdesarrollo ni la dependencia.

El proceso de industrialización en las formaciones socio-económicas dependientes, asume una forma distinta de los países capitalistas dominantes. En ellos, la industrialización no es producto del desarrollo interno de la tecnología; sino de la importación de una tecnología y una base productiva generada y monopolizada externamente, siguiendo ritmos diferentes y orientados por motivaciones distintas. No era necesario que

el capital extranjero controlase el sector industrial, como lo hizo posteriormente a partir de 1950. Aún sin la hegemonía directa del capital extranjero, la burguesía brasileña no dejaría de ser dependiente y de producir un desarrollo dependiente, pues no había logrado crear una base industrial independiente del pago de royalties, de la compra de insumos norteamericanos y europeos y de la exportación. Eso sólo sería posible si lograra hacer una auténtica reforma agraria y creara un mercado interno suficientemente importante para permitir la creación de una industria pesada nacional.

La industrialización en estos países, no sólo asume la forma de la sustitución de productos manufacturados importados por productos manufacturados nacionales, sino crea un nuevo tipo de relaciones comerciales de importación de maquinarias, productos intermedios y materias primas industrializadas (sobre este tema ver María Conceicao Tavares, 1964). El capital internacional detenta, sin embargo, la propiedad sobre estas máquinas, bienes intermedios y materias primas, que les permite decidir sobre su destino. El puede o venderlos a las burguesías dependientes o llevarlas bajo la forma de capital suyo. La segunda hipótesis le será siempre preferible cuando puede obtener una ganancia suficientemente alta para pagar el capital invertido y obtener una ganancia extra y/o cuando haya un financiamiento suficiente para la venta de las máquinas a sus propias subsidiarias en el exterior. En general las famosas "ayudas" económicas dadas por los bancos internacionales y norteamericanos han cumplido esta segunda función.

Para el aumento de la tasa de ganancia en escala suficiente para cubrir rápidamente las inversiones iniciales, funcionan varios factores. El primero de ellos es el bajo precio de la fuerza de trabajo en los países dependientes. El segundo es el proteccionismo natural creado por la inflación y la desvalorización de las monedas nacionales a los productos nacionales, origen mismo del estímulo a la industrialización. En seguida vienen las ayudas de los gobiernos nacionales a través de exenciones fiscales de todo tipo y la garantía del pleno control monopólico del mercado. Por fin, hay un motivo más general que lleva a las empresas de los países dominantes a preferir invertir en estos países, en vez de venderles maquinarias y materias primas a las burguesías dependientes. Al hacerlo mantienen el control del mercado interno en crecimiento de estos países y al mismo tiempo, garantizan la compra de sus propias materias primas, maquinarias y bienes intermedios. Por fin, permite hacerlo en operaciones al interior de un mismo grupo económico, aumentando los precios de estos productos de manera de poder

remesar la cantidad de dólares que les interese, además de la remesa normal por concepto de ganancia.

Por todas estas razones, se hizo extremadamente conveniente al capital extranjero invertir en estas economías. La burguesía industrial de los países dependientes había partido del supuesto de que el capital internacional buscaría sabotear el desarrollo industrial de sus países, fundamentándose en la experiencia anterior a la 2a. Guerra Mundial y en base a ésto armó su estrategia en relación al capital extranjero, buscando atraerlo para inversiones productivas. A mediados de los años 50, ya había percibido que se lograra una plena aceptación de este principio y se hacía necesario llegar a un acuerdo con el capital internacional. La base de este acuerdo, como lo veremos, será sin embargo, la subordinación del capital nacional al internacional inaugurando una nueva forma de dependencia.

La industrialización de los países dependientes, y particularmente la brasileña, no se convirtió así en un instrumento de afirmación de una burguesía nacional sino en un proceso de desnacionalización. La industrialización continua siendo en estos países, un instrumento de aumento del dominio del hombre sobre la naturaleza, de creación de nuevas clases y fuerzas sociales, de integración económica nacional en contra del poder local, de creación de nuevas formas organización y comportamiento, pero todas estas características generales asumen una forma peculiar y un desarrollo particular y específico, que conforman una estructura y una legalidad propias.

Es así que la industrialización dependiente de Brasil, creó también sus movimientos políticos y sociales específicos y su ideología propia. La Ciencia Social de nuestros países, se ha enfrentado con un difícil problema al buscar definir esa especificidad. De hecho se presentaron dos desvíos.

De un lado, se buscó caracterizar estas peculiaridades de los países dependientes, como factores de diferenciación radical de las economías desarrolladas, los cuales negaban las leyes generales de desarrollo del capitalismo y representaban fenómenos absolutamente nuevos, que la Ciencia Social (sea burguesa o marxista) de los países desarrollados no podía preveer.

De otro lado, se buscó caracterizar estas especificidades, como producto de un desvío del modelo básico que configuraba "casos" espe-

ciales, más bien que fenómenos suficientemente importantes para obligar a cambios en los conceptos o en la teoría.

Sin discutir aquí las bases de clase de estos dos desvíos, hay que considerar que sólo muy recientemente se viene haciendo luz sobre este problema al mostrar que esta especificidad es de un lado, suficientemente importante como para obligar a una redefinición de los conceptos y de las leyes de funcionamiento del capitalismo en unas formaciones socio-económicas que llamamos dependientes; sin ser suficientemente propias para permitir hablar de un modo de producción distinto y por lo tanto para exigir una teoría distinta del capitalismo como sistema. Más bien conduce a una teoría del capitalismo dependiente que se desarrolla al lado y conjuntamente a una teoría del imperialismo, es decir, del capitalismo de las formaciones socio-económicas dominantes (o imperialistas) y, por fin, se desarrolla al lado, y de cierta forma dentro, de una teoría de las relaciones económicas mundiales, en cuyo interior estas dos formaciones se desarrollan en conjunto, hoy día, con una tercera formación que es el socialismo. (La amplia literatura sobre el tema de la dependencia incluye: Dos Santos, 1968, 69, 70, 71 A y B, Cardoso, 1970, Quijano, 1971).

Dentro de este plan de análisis teórico, se puede explicar así el carácter específico del desarrollo dependiente, de la producción, la acumulación y la reproducción dependiente. El proceso de industrialización en Brasil, debe ser estudiado de esta manera. Así también, las formas organizativas y super-estructurales que se levantan sobre estas condiciones específicas.

3. La Revolución de 1930, el Estado Nuevo y la Nueva Institucionalidad.

La alianza de fuerzas que llega al poder con el movimiento armado de 1930, se componía, de un lado, de los sectores oligárquicos disgustados con la hegemonía de los cafetaleros paulistas, los cuales buscaban salvar sus intereses decadentes, a través de una política impositiva sobre sus aliados, y los sectores de amplias capas medias que componían el movimiento tenentista. Este movimiento se había manifestado en los años 20, como una expresión del crecimiento de las zonas urbanas, de la descomposición de la hegemonía de la oligarquía agrario-exportadora y también de la crisis del sector industrial, cuyo gran cre-

cimiento logrado durante la guerra de 1914-18, se vió amenazado en la década de 1920 debido a la competencia de los productos manufacturados que se volvían a importar al fin de la guerra. (Sobre el tenentismo, ver Carone, 1965 y Santa Rosa, 1933).

Los años 20 en Brasil, fueron años de rebelión de las clases medias. En el plan cultural, la semana modernista de 1922 dió el gran grito hacia un Brasil nuevo. En el plan militar el asalto al Forte de Copacabana por 18 oficiales jóvenes en el mismo año, el levantamiento del mariscal Izidoro y la formación de la llamada Columna Prestes que recorrió todo el país sin ser derrotada por las fuerzas armadas, formaron el liderazgo "tenientista", que vino a crear un mito heroico para las clases medias, la pequeña burguesía y aún los obreros del país. El programa de los tenientes fue en gran parte recogido por la Alianza Liberal. El buscaba fundamentalmente, abrir el viejo sistema político oligárquico a la participación de las clases medias: el instrumento que les parecía el más adecuado, era el voto universal secreto sin las restricciones anteriores. Al mismo tiempo, se recogía un vago sentido de la "cuestión social" que los llevaba a una cierta identificación con los sectores populares y se insistía en un fortalecimiento del poder federal. Se atacaba aún al dominio externo en general y al capital extranjero en particular.

Este programa, será después radicalizado por el más importante jefe del movimiento tenientista, Luiz Carlos Prestes, el líder de la columna que, además de ser un hecho militar de gran significación, afirmó su liderazgo personal en toda la nación. (Sobre Prestes, ver Bastos, 1946 y sobre la Columna Prestes, léase Silva, 1965). Pero esta radicalización, recogida por el Club 12 de Octubre, fue enormemente perjudicada por la adhesión de Prestes al Partido Comunista de Brasil, lo que le obligó a adoptar el programa de la IIIa Internacional en este período, que le indujo a romper con sus propios camaradas y llamar a la constitución de un gobierno de los "soviets" de obreros y campesinos. Cuando Prestes vuelve en 1935 en el marco del nuevo programa del Frente Popular, (bajo la concepción insurreccional de la sección latinoamericana en choque con la orientación internacional de carácter pacífico) y constituye la Alianza Nacional Liberadora, galvaniza amplios sectores del país mostrando la gran fuerza nunca antes unificada orgánicamente del radicalismo pequeño burgués con apoyo obrero. No hubo ninguna participación campesina significativa en el movimiento de la Alianza Nacional Liberadora, pero quizás se la lograra movilizar en torno a su programa de reforma agraria. (Sobre todo el período que va desde 1922 a

1935, hay amplia documentación en Silva, 1964 a 1969 A).

De hecho, la Alianza Nacional Liberadora llegará tarde. Los arreglos políticos fundamentales se habían hecho. La burguesía industrial no estaría dispuesta a dar un apoyo consecuente a un movimiento insurreccional, bajo el liderazgo del Partido Comunista, aún cuando su líder fuese el Coronel Luis Carlos Prestes. La radicalización del enfrentamiento con las milicias fascistas del Movimiento Integralista dirigido por Plinio Salgado, y claramente inspirado en el nazi-fascismo, ponía por primera vez el país frente a partidos organizados bajo orientaciones ideológicas claras. La burguesía que ya había alcanzado una fuerte participación en el gobierno Vargas y la oligarquía prefirieron antes evitar este radicalismo. En 1935, el levantamiento de la ANL se vió abandonado por sus aliados burgueses y aún más traicionado. En 1937, el levantamiento integralista será aplastado por Vargas con amplio apoyo. De la derrota y el aplastamiento de la ANL y la disolución del Movimiento Integralista, se abre el camino para un régimen de fuerza, organizado por una constitución otorgada por el Jefe de la Nación, Getulio Vargas, que se inspiraba básicamente, en el Estado corporativo de Benito Mussolini.

La inspiración fascista del nuevo régimen, no correspondía, sin embargo, a los hechos. A pesar de los amplios intereses comunes de la burguesía brasileña con Alemania y Japón, ella se verá arrastrada a participar de la guerra al lado de los aliados. Forzado por la necesidad de tener un respaldo de masas y por la fuerza norteamericana, Vargas se ve obligado a saludar los ideales democráticos y, a organizar su base obrera. Al mismo tiempo, se aprovechó de la guerra para lograr concesiones de los aliados, particularmente de USA, que le concedió a Brasil una Compañía Siderúrgica Nacional, base de la futura industrialización pesada en el país, como condición para su participación como aliado en la guerra.

El Estado Nuevo, completaba, de hecho, los sucesivos cambios que había inaugurado la Revolución de 1930. Ellos se resumirían en cuatro puntos:

Un programa de industrialización que creara las bases de un capitalismo avanzado.

Un programa de participación obrera controlada, de regulación de las relaciones de trabajo y la previsión social, que atrayese

los trabajadores a las ciudades y los disciplinase en favor del gobierno.

Un programa de reforma administrativa que fortaleciese el poder federal (esperando condiciones políticas más favorables para retomar el camino electoral, siempre dominado por los latifundistas que controlaban masivamente el voto campesino), moralizase el Servicio Público, tecnicara la administración, eliminando en parte el control sobre los "clientes" por parte de los políticos tradicionales.

Una garantía de conducir el país hacia una política externa independiente y de afirmación nacional, fortaleciéndose la participación del ejército en la administración pública de manera de garantizarse los intereses nacionales.

4. El Populismo y la Alianza de Clases.

Como se ve, este programa tenía un claro contenido "democrático burgués", adaptado a las condiciones específicas de un país dependiente, sea por su negación del radicalismo anti-comunista de la derecha, como por su claro contenido de desarrollo económico y afirmación nacional, así mismo en su comprensión de cuales eran los instrumentos políticos e institucionales necesarios a la realización de tales tareas.

En este último aspecto, la burguesía brasileña y el competente equipo de intelectuales y técnicos civiles y militares que se han encargado de representar sus intereses, ha demostrado una gran sensibilidad. El populismo varguista fue la expresión de esas preocupaciones. (Sus elaboraciones se expresan en las colecciones del Boletín del MTIC y de Cultura Política). No faltaron, sin embargo, las justificaciones fascistas como el racismo de Oliveira Vianna (1956) y el autoritarismo de Azevedo Amaral (1938).

Durante el Estado Nuevo, se logró identificar definitivamente la legislación del trabajo, la previsión social y la legislación sindical del país como una "entrega" de Vargas a los trabajadores brasileños. Tal mito fue posible crearse, porque las nuevas generaciones obreras venidas recién de las zonas rurales para incorporarse a la ola industrial del país, desconocía completamente las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero. Con la liquidación del liderazgo comunista

(que sucedió al fracaso patente del liderazgo anarquista), el movimiento popular-obrero se había quedado enormemente debilitado y las concesiones del jefe del Estado Nuevo aparecían como algo verdaderamente personal y voluntario. (Sobre el movimiento obrero brasileño del período, ver Pereira, 1962).

Tales hechos, facilitaron la implantación de la figura de Vargas como "el padre de los pobres", el líder paternal de los trabajadores brasileños. Apoyado en una máquina sindical montada desde arriba con hombres de su confianza, Vargas creaba la máquina política principal que lo mantendrá en el poder hasta 1945 y que lo llevará de nuevo a la presidencia en las elecciones de 1950 por el Partido Trabalhista Brasileiro (PTB).

El otro brazo político, este más difícil de controlar, de Vargas, era la máquina administrativa que había montado en torno de los "inter-ventores" del gobierno federal en los Estados de la federación. Esta máquina vertebraba los "coroneles", o los jefes locales latifundistas y la burguesía industrial del país, cuyos líderes más eminentes eran Roberto Simonsen y Evaldo de Lodi, entre tantos otros. Estas fuerzas se congregaron en torno al Partido Social Demócrata (PSD) que, creado por Vargas, lo apoyó algunas veces y otras veces lo dejó solo con el PTB (como en las elecciones de 1950).

El Varguismo creaba así, la nueva tradición política del populismo: un estilo de liderazgo personal ejercido en nombre del pueblo, en torno a un programa de desarrollo industrial y justicia social muy general. Por detrás de este estilo, el populismo representaba en realidad la alianza de clases entre una burguesía industrial que conquistó un importante puesto, débilmente hegemónico, en el Estado (ejercido a través de una burocracia y tecnocracia civil y militar, y de un pequeño y selecto liderazgo de la clase) y su principal apoyo de masa: el movimiento obrero incapacitado de auto-organizarse, sobre todo sus sectores más atrasados y menos organizados (el semi-proletariado y el proletariado no-cualificado), dirigidos por líderes burgueses u obreros, "amarillos" directamente protegidos por el gobierno. Un vasto sector de las clases medias (los trabajadores del comercio, empleados de la Administración Pública y que recibían bajos sueldos, profesionales, técnicos más modernos) fueron arrastrados también a esta alianza de clases bajo la hegemonía burguesa o pequeño burguesa, sea del punto de vista del control político inmediato, sea del punto de vista ideológico. (Una interpretación del período se encuentra en Ianni, 1965; el pensa-

miento de Vargas en la época del Estado Nuevo está en sus obras reunidas en 1938).

Esta situación básica se mantuvo hasta el golpe de 1964. En esta oportunidad se incorporaba al frente, de manera rápida y masiva, el campesinado, fuerza absolutamente ignorada hasta 1960. (Una historia comprensiva del período se encuentra en Skidmore, 1967).

Un frente de este tipo tenía que apoyarse en pocos principios y en muchas técnicas de manipulación que utilizaba básicamente los aparatos del gobierno utilizando una máquina electoral de clientelas y corrupción, tan grande o mayor que la de la República Vieja.

Con la caída del Estado Nuevo en 1945, y el restablecimiento de una democracia liberal consolidada en una constituyente reunida en 1946, no se derrotó el esquema de fuerzas varguistas. La oposición perdió sistemáticamente las elecciones hasta 1960, en que se eligió a Janio Quadros como presidente, pero acompañado del discípulo de Vargas, Joao Goulart, como el vice-presidente. Quadros no representaba, sin embargo, la oposición liberal, sino un nuevo estilo de populismo.

Los dos partidos varguistas de centro-derecha (PSD) y de centro-izquierda (PTB), se mantienen en el poder en todo el período. El candidato del PSD, el ministro de la guerra de Vargas, durante el Estado Nuevo, Eurido Gaspar Dutra, fue el presidente en el período de 1945-1950. Vargas volvió al poder en 1950, como candidato del PTB. En 1955, Juscelino Kubistcheck asumió el poder al lado de Goulart, el sucesor nombrado de Vargas, como vice-presidente, confirmando la unión PSD-PTB. En 1961, Quadros llega al poder con un programa que radicalizaba en gran parte el Varguismo (a pesar de su claro ecletismo), pero tiene como vice-presidente a Goulart, demostrándose así la clara preferencia populista del electorado. Pocos meses después de llegar al poder, Quadros es llevado a renunciar al poder para huir a una fuerte presión militar y política sobre su gobierno, que vacilaba entre tendencias políticas opuestas. En su sustitución, Goulart asume el poder en 1961, respaldado por un amplio movimiento de masas. Para hacerlo, frente a la oposición de los jefes militares, que formaron una junta provisoria de gobierno derrocada por un fuerte movimiento legalista, tuvo que aceptar como condición para evitar una guerra civil, un humillante régimen parlamentario que reducía sustancialmente sus poderes presidenciales. Para restablecer sus poderes presidenciales y realizar las "reformas estructurales", llama a un plebiscito y recibe el respaldo de la mayoría aplastante del país.

El populismo ha demostrado en 34 años de poder un gran vigor político y un fuerte respaldo de masas. En el próximo capítulo, estudiaremos los orígenes de la crisis que lo derrumbó del poder. Hay que estudiar antes, cuales eran las orientaciones ideológicas que lo presidían.

5. El Nacionalismo: Ideología de la Industrialización.

Estos cambios económico-sociales, institucionales y políticos, tenían sus expresiones ideológicas más o menos concientes. De hecho, el nacionalismo fue la expresión más radical del intento de llevarlos hasta las últimas consecuencias. Su base social, como lo veremos, fue muy cambiante. En principio era una ideología del conjunto de la burguesía y pequeña burguesía que buscaban la industrialización. Posteriormente, la gran burguesía fue abandonando esa posición y asumiendo la más coherente del "desarrollismo", de la cual hablaremos en el próximo capítulo. Al final del período, sólo la pequeña burguesía y la clase obrera recogieron la bandera nacionalista, radicalizando su contenido y dándole un carácter predominantemente estatista y anti-imperialista.

Hay que notar, que desde el principio del siglo XX y aún en el siglo XIX, el pensamiento nacionalista tenía una consistencia bastante grande al nivel de ciertas elites políticas y sociales. Su elaboración se hizo cada vez más rica, llegando a encontrar una amplísima forma de expresión en economistas, sociólogos, científicos, políticos y hasta filósofos que, al final, se reunieron en el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB). No cabe aquí estudiar el origen y desarrollo de este instituto que tuvo un rol fundamental en la vida cultural brasileña. Hagamos, antes de todo, un intento de describir, de manera fenomenológica, la esencia del pensamiento nacionalista, independiente de que él se haya cristalizado en una forma pura en algún autor específico. Los principales son Celso Furtado (1959, 1962, 1964), Guerreiro Ramos (1958, 1961), Helio Jaguaribe (1958 y 1962), Nelson Werneck Sodré (1962, 1967), Alvaro Vieira Pinto (1960), Ignacio Rangel (1957), etc.

El punto de partida del pensamiento nacionalista es la constatación de la diferencia entre el nacionalismo de los países desarrollados y el de los subdesarrollados. En aquellos países, el nacionalismo sería un instrumento de expansión nacional, en tanto en estos sería de carácter

ter defensivo, buscando garantizar las riquezas nacionales para su pleno uso en el desarrollo. Tal actitud se hace necesaria porque las fuerzas dominantes de los países desarrollados mantienen una política contraria al desarrollo económico de los países subdesarrollados. Ellas están interesadas en mantener la división internacional del trabajo entre países productores de materias primas (subdesarrollados) y países productores de manufacturas (desarrollados), la cual ha permitido su dominio en el mundo.

Tal situación establece dos alianzas de clases (y el pensamiento nacionalista brasileño nunca se ha recusado a utilizar el análisis de clase cuando se le hacía necesario). De un lado, se juntan el imperialismo, el latifundio y los comerciantes ligados al sector exportador, contando con el apoyo de las clases medias alienadas, sea por su valorización del consumo, y por tanto de la importación de productos de consumo con las divisas de la exportación, sea por su "moralismo" en la política que la hace poner los aspectos morales sobre los económicos. De otro lado, se opone a este, un frente nacionalista que lucha por el desarrollo: la burguesía industrial, los obreros y las clases medias técnicas que se interesan por el desarrollo económico.

El liderazgo ideológico de este frente pertenece a la burguesía por principio. Los trabajadores son "los socios" del desarrollo capitalista, el cual eleva el ingreso nacional aumentando la parte a ser redistribuida. Si la burguesía se recusa a liderar este frente, es necesario tomarla por el cuello y obligarla a liderar el desarrollo, como planteaba en una fuerte imagen gráfica, el sociólogo del ISEB, Guerreiro Ramos.

Es importante constatar que, desde 1954, el Partido Comunista Brasileño empezó un proceso de cambio de línea política que lo llevó a defender las mismas posiciones del nacionalismo a partir de 1958. La diferencia estaba en el rol de la burguesía en el frente amplio nacionalista y democrático: según el Partido Comunista Brasileño, la clase obrera disputaría el liderazgo en el interior de este frente amplio reconociendo las posibles "vacilaciones" burguesas.

El pensamiento nacionalista, -sea tendiendo hacia la derecha, sea oscilando hacia la izquierda- dominaba así el conjunto del movimiento político que defendía una política de desarrollo, comprobándose la flagrante hegemonía burguesa en esta sociedad, en función sobre todo de la expansión económica que la industrialización lograba realizar.

Para los nacionalistas había que combatir sobre todo, la ideología liberal que se oponía al proteccionismo a la industria nacional, a la participación del Estado en la creación de una infra-estructura para el desarrollo y a la imposición de límites al capital extranjero.

En este campo había marcadas diferencias entre la izquierda y la derecha del nacionalismo. En tanto aquella, bajo influencia de los sectores obreros y radicales de clase media, tendía a la conformación de un fuerte capitalismo de Estado que alcanzaría a casi todos los sectores (Petrobrás, Electrobrás, Atomibrás, Ferrobrás, etc.), la derecha del movimiento llamaba la atención en contra de estos excesos. De hecho, a partir de 1958, cuando se define la inviabilidad de un desarrollo industrial capitalista sin el capital extranjero, el nacionalismo es sustituido por la burguesía industrial por una nueva ideología que expresaba mejor sus intereses de clase: el desarrollismo.

Paradigmáticamente, esta división se opera dentro del ISEB, cuyo fundador, Helio Jaguaribe, rompe con el Instituto condenando sus tendencias sectarias. Su argumentación es muy clara: el nacionalismo es un instrumento para lograr el desarrollo. Consecuentemente, el desarrollo es el fin y desde su perspectiva se debe analizar el medio que es el nacionalismo. Cuando este sirve al desarrollo es bueno, cuando se hace sectario en contra del capital extranjero, en general, se transforma en un enemigo político.

El camino del pensamiento desarrollista será discutido después. Se trata aquí solamente, de mostrar la ambigüedad interna de la ideología nacionalista y sus consecuentes limitaciones. Al mismo tiempo, tales hechos revelan que la "purificación" del nacionalismo desde 1958, corresponde más a su carácter pequeño burgués radical y al apoyo de su base obrera. Se hace entonces paradójico defender una burguesía nacional que ya se había pasado, en sus sectores más significativos económicamente, al campo opuesto: a la alianza estrecha con el gran capital internacional en la calidad de socia-menor.

El nacionalismo es también favorable a la centralización económica, a la redistribución del ingreso, a la reforma agraria (en general su ala izquierda) y a un conjunto de medidas sociales (educación popular, alfabetización, etc.) y políticas (legalización del PCB, ilegalizado desde 1947, voto al analfabeto, etc.) que conforman la aspiración de un capitalismo moderno intervencionista de estilo social-demócrata que promueva el desarrollo nacional o autónomo de la economía, la redis-

tribución del ingreso entre las clases y las regiones, elimine los "restos feudales" o pre-capitalistas, democratice la sociedad y la política, moralice y racionalice la administración pública, desarrolle la educación, la ciencia y la tecnología, etc.

Como se puede apreciar, se trata de re-crear las condiciones de una sociedad burguesa contemporánea sin contradicciones aparentes, así como la imagina el pequeño burgués que vive en la periferia del sistema capitalista moderno y no entiende su carácter explotador. Esta forma utópica e idealista, es en parte resultado de la necesidad burguesa de mistificar su sociedad y es en parte, consecuencia del fuerte apoyo pequeño-burgués a esta ideología.

Este utopismo, no se refleja solamente en el plano de la política económica del Estado, como lo veremos, sino sobre todo en el intento de hacer una política externa de tercera fuerza. Esta concepción se expresa en la doctrina de "la política externa independiente" que Vargas, Kubistcheck, Quadros y Goulart intentaron en vano aplicar.

En el próximo capítulo discutiremos más en detalle el fracaso de esta política. Su conservación en el poder era fruto de un espejismo, que no puede ocultar las contradicciones que esta doctrina expresaba y las cuales se originaban en el carácter de las fuerzas sociales que en plano nacional e internacional la inspiraban.

V.- LA CRISIS DE LA INDUSTRIALIZACION SUSTITUTIVA Y LA AMENAZA REVOLUCIONARIA

1. Industrialización y Capital Extranjero.

El esquema teórico y práctico en que se fundamentaba el nacionalismo populista, tenía algunos principios básicos que hemos destacado que se resumían en la creación de una economía nacional independiente, sobre una fuerte base industrial. Vimos que, en el pensamiento nacionalista, la industrialización, era asociada a la liberación nacional. El imperialismo y la dependencia se veían como la expresión de la economía agrario-exportadora. La liberación nacional, la independencia, se asociaban con el desarrollo industrial hacia el mercado interno.

La realidad ha desmentido de manera definitiva esa pretensión. Es verdad que la industrialización que se había realizado en los años 30 y 40, había tenido este carácter nacional. Pero ella, había sido consecuencia de una coyuntura internacional y nacional específica: la crisis capitalista de 1929 y su secuela, la Segunda Guerra Mundial. En esta coyuntura, el capital de los países dominantes no tenía condiciones de moverse hacia el exterior, y hay una enorme baja del comercio mundial en los años 30. Durante la guerra aumentan las compras de alimentos y materias primas de parte de los países beligerantes, pero sus exportaciones son mínimas. En tales condiciones, el capital nacional se vió con

casi todo el mercado interno en sus manos. Con el apoyo del Estado, logró lanzar las bases de la industrialización.

La coyuntura de la pos-guerra era, sin embargo, completamente distinta. En Estados Unidos, las inversiones militares o estimuladas por la situación de pleno empleo provocada por la guerra, caen brutalmente. Se produce un enorme excedente de capitales, que se destinan a la reorganización de la economía europea y japonesa, y a los países subdesarrollados. A partir de este momento, hay un enorme aumento cuantitativo de las inversiones norteamericanas en los países dependientes y en Brasil en particular.

Este aumento, tenía características cualitativas nuevas. En primer lugar, había que retomar el control de mercados nacionales, en gran parte controlados y en parte defendidos por fuertes barreras cambiarias. En segundo lugar, había que estimular la exportación de productos norteamericanos, particularmente, había que ayudar a recuperar su industria pesada en fuerte amenaza de recesión. En tercer lugar, había que ayudar a la sustitución del parque industrial norteamericano para permitirle incorporar maquinaria moderna que asimilase el desarrollo tecnológico de los últimos años(1), exportando esas máquinas e instalaciones hacia los países dependientes.

Este conjunto de factores hace que el gran capital internacional, con base en Estados Unidos, se vea en la necesidad urgente de moverse rápidamente hacia los países dependientes instalando nuevas industrias y servicios para conquistarse el mercado de esos países y aprovecharse de la mano de obra barata y abundante que estos les proporcionaban.

La primera etapa de la nueva inversión, fue entre 1945 y 1950. Entre 1950 y 1955, hay una situación de conflicto e indecisión. Entre 1955 y 1961, hay una nueva etapa de acentuación de las inversiones. Entre 1964 y 1966, hay un período de extensión de control financiero, y entre 1967 y nuestros días, se inaugura un nuevo período de característi-

(1) Hay que considerar que el capitalismo de la post-guerra, es constantemente revolucionado por la rápida obsolescencia tecnológica de su capacidad instalada. El tiempo de vida de las instalaciones, es extremadamente corto. El recurso de exportar hacia los países dependientes sus máquinas obsoletas, es una excelente salvación para esta situación.

cas muy complejas. Para facilitar el entendimiento del lector, respecto de los cambios cualitativos del Brasil contemporáneo, es necesario darle un marco muy general respecto de la historia del movimiento de capitales en este período. De ahí que nos creamos en la necesidad de hacer una rápida caracterización de cada una de ellas.

La primera fase se sitúa entre 1945 y 1950. En ella, el capital extranjero (casi únicamente norteamericano, debido al debilitamiento europeo y japonés en este período), instala sobre todo sectores de ensamblaje y finalización de productos. Bajo presión del gobierno y los industriales nacionales se van instalando fábricas de piezas y repuestos en el país. Al mismo tiempo, el gobierno norteamericano envía una misión económica (lo mismo se hizo en varios otros países), para proponer un plan de desarrollo. Se trata de forzar con presiones y con un crédito internacional orientado a que los gobiernos nacionales instalen una infra-estructura mínima, que permita una tasa de inversión mayor del capital extranjero.

El propósito de crear una infra-estructura coincide con los intereses del capital nacional. Pero su interés incluye también algunos rubros básicos, controlados por capitales norteamericanos. Este era, sobre todo, el caso del petróleo, entendido por la burguesía nacional y los tecnócratas militares y civiles, como la base de la autonomía nacional. También era el caso del control de la energía eléctrica en su conjunto (1), de las comunicaciones, del hierro y del acero, incluso de los minerales atómicos. Según el plan norteamericano, la participación estatal debería restringirse a crear las condiciones infra-estructurales, con la ayuda del capital privado para el aumento de la inversión extranjera.

Entre 1950 y 1955, el capital nacional intenta orientar la creación de esta base de infra-estructura para su propio desarrollo, sintiendo el crecimiento de la competencia extranjera. Pero, en este momento, el capital extranjero es aún visto como interesado solamente en la producción exportadora y en los minerales nacionales. A pesar de que

(1) Las inversiones en energía eléctrica sólo eran lucrativas en la medida en que contaban con un fuerte subsidio estatal o las posibilidades de explotación que le da la condición de monopolio. Las compañías norteamericanas, buscaron garantizar estas condiciones excepcionales hasta 1960, cuando prefirieron llegar a un arreglo con los Estados en este rubro tan decadente para las ganancias capitalistas.

en este período ya había empezado a penetrar en el sector industrial, no se veía ninguna amenaza concreta. Se estimaba que la inversión extranjera en este sector, por el contrario, ayudaría a fortalecer el desarrollo nacional al aumentar la capacidad productiva para el mercado interno.

Pero, la gran pelea en torno al control de los sectores de infraestructura y los fuertes sentimientos nacionalistas que despertaba, provocó una situación de conflicto que sólo fue resuelta definitivamente entre 1955 y 1960, durante el gobierno de Juscelino Kubistcheck. En este nuevo período, se llegó a un acuerdo entre el capital nacional e internacional (ahora no solamente norteamericano, debido a la recuperación de Europa y Japón). Este acuerdo se hizo en torno a un programa de desarrollo económico que indicaba los sectores en los cuales debía penetrar el capital extranjero.

En cierto sentido, el capital nacional y sobre todo, los tecnócratas que asumieron la dirección de la política económica, creyeron con cierta razón haber impuesto al imperialismo ciertas condiciones. Sin una agresiva política desarrollista, difícilmente el capital europeo y norteamericano se hubiera interesado en crear una industria automovilística completamente brasileña, mucho menos en un corto período de 3 años. Además, esto hubiera sido imposible sin el fuerte proteccionismo estatal a los autos fabricados en el país.

La otra cara de esta política desarrollista, no aparecía de manera tan inmediata. La creación de la industria automovilística, de la industria química, de la industria mecánica, de la metalúrgica pesada y liviana, en el corto período de 5 años (en base al esfuerzo de creación de infra-estructura energética y de elaboración de materias primas, realizado entre 1945 y 1955), la cual se hizo bajo la hegemonía del capital extranjero, cambió cualitativamente la correlación de fuerzas dentro del país.

El nuevo sector industrial que surgía se había convertido en el más dinámico factor de la economía nacional. Toda ella, tenía que ser reorientada en función de su liderazgo tecnológico, organizativo y económico. El capital nacional y los tecnócratas, habían hecho un enorme esfuerzo, a costa de una fuerte explotación del proletariado (explotación favorecida por las condiciones morales y políticas creadas por la guerra y una coyuntura internacional favorable), para crear una base para la industrialización del país. Ellos habían, incluso, elaborado un

fuerte esquema de protección de su mercado nacional. Sin embargo, quien se había llevado el grueso de los frutos de este esfuerzo, era el gran capital internacional. La burguesía nacional tendría que contentarse con convertirse en su socia menor.

Entre 1961 y 1964, se produjo una nueva crisis en las relaciones entre el capital nacional y el extranjero, buscando decidir los nuevos términos de esta relación. Bajo fuerte presión popular, los gobiernos de Quadros y sobre todo, el de Goulart, buscaron someter el capital extranjero a un plan de desarrollo económico reformista. Pero se hacía imposible una solución liberal en las nuevas condiciones, generadas por el capitalismo dependiente en Brasil. El fortalecimiento del gran capital internacional había provocado una fuerte concentración económica, una monopolización de los principales sectores, que llevaron a una fuerte redistribución del ingreso en favor del gran capital, desfavoreciendo al pequeño y medio propietario y sobre todo, a la gran masa obrera (1) y asalariada baja. En tales circunstancias, se hacía difícil contar con esa masa para continuar este tipo de crecimiento económico. Una descripción general de este proceso, se encuentra en dos trabajos nuestros (Dos Santos, 1968 y 1969).

Por otro lado, el capital extranjero empezó a producir rápidamente enormes excedentes de ganancias, que no encontraban posibilidad de inversión para producir hacia un mercado interno restringido, debido a la distribución del ingreso descrita, y gracias a la supervivencia de una estructura agraria tradicional que retiraba del mercado cerca del 50% de la población. Las ganancias obtenidas en condiciones altamente favorables, eran más que suficientes para permitir nuevas inversiones y al mismo tiempo remesar enormes cuantías hacia el exterior. Esas remesas, no sólo compensaban el capital nuevo que entraba, sino que también creaban un "déficit" en el balance de capitales. Este déficit era aún agravado por el pago del servicio de la deuda externa creciente, debido tanto a la baja del precio de los productos exportados, como al aumento de las remesas en servicios del capital y de las deudas anteriores.

(1) Se produjo una mejoría para los obreros cualificados, que aumentaron en número y en condiciones de vida en el período. Pero estos sectores, se mostraron altamente combativos en la lucha por mejorías de sus condiciones de vida, lideralizando el grueso del movimiento obrero por luchas económicas y por el nacionalismo reformista.

Esta situación hace altamente oneroso para todo el país el dominio que el gran capital internacional ejerce sobre él. El rechazo a este dominio, se hacía cada vez más generalizado y se veía que era imposible mantener este modelo de crecimiento, sin el uso de la fuerza y sin profundizar el proceso de centralización económica a través de una fuerte centralización política.

La crisis generada por este conflicto, se solucionó en favor de la profundización de la alianza entre el gran capital internacional y el nacional, formándose una estrecha asociación orquestada por los burócratas y tecnócratas civiles y militares, después de barrer con los sectores disidentes internos y con las organizaciones de masa. El golpe militar del 1° de Abril de 1964, que llevó al poder al mariscal Castelo Branco, permitió crear las condiciones políticas para imponer hasta las últimas consecuencias la relación de subordinación del gran capital brasileño al gran capital internacional.

Claro está que tal subordinación, tenía que hacerse con una fuerte participación del Estado, a quien cabía tomar las medidas económicas que garantizase el reerguimiento de la economía con el mínimo de reformas posibles. Es vergonzoso señalar, que el hecho de que haya sido necesario realizar algunas reformas mínimas y una relativa modernización de la sociedad para permitir un nuevo período de inversiones, provocó un desarmamiento ideológico casi total, en una gran parte de la intelectualidad de "izquierda", generando, incluso, adhesiones entusiastas al régimen. Esto evidentemente, sólo fue posible porque la llamada izquierda brasileña, era en su mayoría simplemente nacionalista y reformista. Sus ideales eran limitados al desarrollo económico y a la afirmación nacional. A pesar de que el nuevo régimen no ha logrado aún ni una cosa ni otra, el puro hecho de que haya presentado algunos modestos resultados favorables, quiebra gran parte de la resistencia ideológica de estos sectores.

Desde 1964 a 1966, el Estado se preocupó básicamente, de contener la inflación violenta, generada por las especulaciones financieras y las fuertes presiones monetarias derivadas del déficit cambiario y de las emisiones, con el objetivo de favorecer las inversiones y la concentración económica. Esta estabilización monetaria se hizo rebajando los costos de producción, particularmente los salarios de los trabajadores que fueron reducidos cerca del 45% de su poder de compra en apenas 3 años. No es necesario destacar la violenta represión que fue necesaria para obligar a una clase a aceptar esta reducción de sus niveles de vida.

Pero tal hecho fue facilitado por los mecanismos económicos cíclicos, debido a la fuerte recesión en que vivió el país entre 1962 y 1966.

Lo curioso de esta etapa, es que el capital extranjero casi paralizó su entrada en el país, así como sus reinversiones en todo el período. El se ha dedicado básicamente, a utilizar sus amplios excedentes para comprar empresas debilitadas por la crisis económica y para re- mesar al exterior sus ganancias.

El, sólo volvió a invertir en el país a partir de 1967, con el inicio de la recuperación económica del país a costa de aumentar enormemente la tasa de ganancia en base a la baja de los salarios, y fundándose en una retomada de confianza en el Estado que logró, en parte, sanitizar a hierro y fuego las finanzas nacionales.

Los movimientos de capital en el comienzo de este nuevo período, se dirigieron fundamentalmente a financiar el capital de giro de las empresas, pues el grueso de las nuevas inversiones se hicieron para utilizar una enorme capacidad instalada subutilizada en el amplio período de crisis. Al mismo tiempo, la creación de un clima de optimismo capitalista y la organización de un mercado de capitales abierto al capital internacional altamente especulativo, permitió una fuerte "entrada" de capitales bajo la forma de papeles o acciones que se presentan como gigantescos proyectos de inversión.

Estamos en el momento actual viviendo esta nueva etapa, cuyos límites y contradicciones lo demostraremos en el próximo capítulo.

La descripción muy general del conjunto de la historia de la inversión extranjera en el país, nos sirvió para mostrar de un lado, la dirección general del proceso y de otro, las crisis que genera en niveles siempre nuevos. Las inversiones de 1945-50, llevan a la crisis de 1950-54. Las de 1955-60, llevan a la crisis de 1961-64. Las de 1967-71, abren el camino hacia una nueva crisis, que describiremos en el próximo capítulo.

En el presente capítulo lo que nos interesa, es estudiar las dos crisis generadas entre 1950-54 y 1961-64, en sus consecuencias políticas e ideológicas.

2. El Fracaso del Nacionalismo como Política Económica.

El nacionalismo como política económica, se gestó en los años 30 y asumió una forma teórica madura a fines de la década del 40. Los elementos fundamentales de esta política eran:

1°) Control de las divisas obtenidas con las exportaciones para permitir, de un lado, impedir la importación de productos industriales que pudiesen competir con los nacionales y, de otro, facilitar la importación de máquinas y materias primas para la industria nacional. Los mecanismos utilizados, fueron los más diversos y sería extenuante detener nuestra atención en tales aspectos. Es necesario tomar en consideración, los conflictos que esa política supone con las oligarquías exportadoras.

2°) Formación de una infra-estructura de energía, transporte y comunicaciones en general, a cargo del Estado, para ofrecer servicios baratos a los inversionistas privados. La consecución de esta política, pasaba por un enfrentamiento con los intereses más atrasados del capital extranjero interesado en mantener bajo su control las fuentes energéticas, las minas y los demás recursos nacionales. El movimiento armado de 1930, ya había asegurado la propiedad estatal sobre el subsuelo brasileño, pero había hecho varias concesiones al capital extranjero para la explotación de minas.

La burguesía, luchó por garantizar la propiedad nacional del subsuelo y la utilización por ella de los principales recursos nacionales. En el período del segundo gobierno de Vargas, entre 1950-55, sus asesores habían elaborado proyectos de creación de sociedades anónimas nacionales, con propiedad mayoritaria del Estado en los campos del petróleo (que fue objeto de una larga lucha en Brasil, que culminó en la formación de la Petrobrás, estudiada por Cohn, 1968), de la energía eléctrica (Electrobrás), de los minerales de hierro (Ferrobrás), del acero, de los minerales atómicos (Atomibrás), etc. Además, se contemplaba y se realizó, un gran plan de creación de carreteras y otros sistemas de transporte. De todas estas medidas, se realizaron aquellas en que el Estado pasaba a invertir en los sectores de menor lucratividad, reservándose al capital privado los sectores de más elevada tasa de ganancia. Tal política, no hace más que reflejar la lógica del capitalismo monopolístico que utiliza el Estado como auxiliar directo en la reproducción ampliada de la economía y en la elevación de la tasa de ganancia del ca-

pital privado.

3°) Ayuda directa a la industria nacional, a través de exenciones fiscales, facilidades de locales, fijación de precios altos, financiamiento barato (muchas veces eran verdaderas donaciones, pues eran rápidamente consumidas por la inflación), compras de productos por el Estado. Algunas industrias, como la de la construcción, fueron creadas y sobreviven casi exclusivamente a costa del consumo o del financiamiento estatal.

Entre todos los mecanismos, uno de los más importantes es la llamada "corrupción administrativa" que consta de un intercambio de favores entre los funcionarios públicos que manejan la plata del país y los particulares que les pagan una comisión para obtener sus favores. Muchas veces el funcionario y el empresario pertenecen al mismo grupo económico. Esta práctica, que es muy común en todos los países capitalistas, particularmente en los períodos de acumulación primaria de capitales, asume en países como Brasil, formas extremas facilitadas por la ausencia de un movimiento popular fuerte para contrarrestarla. Por el contrario, el populismo burgués al someter ideológicamente al proletariado, corrompe sus dirigentes y los asimila a estas mismas prácticas. La bandera de lucha en contra de la corrupción, estuvo en manos de los sectores de clase media y oligárquicos, que llevaron una parte menor en esta división ilegal de los excedentes económicos creados por los trabajadores.

Hay que señalar, que todas estas formas de ayuda, incluso la de la corrupción, son rápidamente incorporadas por las nuevas empresas extranjeras que se instalan en el país y pasan a beneficiarse de todo el sistema de ayuda del Estado a la industria nacional. Además, estas empresas disponen de mecanismos de ayuda más amplios bajo la tesis de que es necesario "atraer al capital extranjero". A él, se le da a través de varias instrucciones de órganos económicos del gobierno (inaugurados por la famosa "instrucción 113" de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito - SUMOC), facilidades para importación de productos, para instalarse, exenciones de pago de impuestos, crédito prioritario, etc.

Al final de la década de 1950, los industriales brasileños van a protestar en contra de tales excesos de facilidades, que permitían a las empresas extranjeras obtener ganancias extraordinariamente altas, en detrimento de las empresas nacionales.

4°) Una política de formación técnica de la mano de obra, de garantía de ciertos derechos básicos de la fuerza de trabajo, de previsión social, etc. que permitiese atraer mano de obra rural retirando de los patronos las responsabilidades paternalistas heredadas de las estructuras pre-capitalistas y creando las bases de una moderna economía capitalista.

5°) Una política de modernización de los servicios públicos, de manera a ajustar el aparato estatal a las necesidades del desarrollo capitalista. Este último aspecto y parte de las pretensiones anteriores eran neutralizadas en buena medida por la llamada "corrupción" administrativa. Esta contradicción es, sin embargo, inevitable pues esta es una necesidad intrínseca de la acumulación primaria y en buena parte del sistema capitalista en general, como lo hemos visto anteriormente.

El conjunto de esa política, fue en general, aplicado por los más diversos gobiernos, pero en vez de favorecer al desarrollo del capital nacional, como se prevía, sirvió para abrir las puertas del sistema empresarial del país al capital internacional. Lo que se logró, como lo señalamos anteriormente, fue solamente "obligar" a este capital a instalarse en el interior del país, a participar de un plan de desarrollo nacional. Pero, este mismo hecho puede ser visto desde otro punto de vista: el capital internacional se utilizó de la política nacionalista y de los planes de desarrollo nacional, para crear una nueva fuente de inversiones con altas tasas de ganancia. De hecho, a partir de 1950, las grandes empresas internacionales ya habían elaborado una estrategia más o menos definida en esta dirección.

A fines de la década de 1950 y comienzo de la de 1960, la burguesía industrial brasileña, ya extremadamente debilitada, se vió enfrentada a la necesidad de resolver el siguiente dilema: o abandonar definitivamente sus pretensiones de desarrollo nacional autónomo y aceptar la condición de burguesía dependiente, socia menor del gran capital, con el cual había que limitarse a negociar mejores condiciones de subordinación, o radicalizar su programa nacionalista estableciendo medidas directas de represión a la entrada y salida de capitales extranjeros.

Este dilema se daba, sin embargo, en una compleja coyuntura nacional.

De un lado, el desarrollo dependiente había creado profundos problemas en las relaciones económicas externas del país. Como vimos,

las empresas extranjeras se llevaban más ganancias de lo que hacían entrar como capital en el país. Al mismo tiempo, los precios de los productos de exportación caían, aumentaban los costos de los fletes y seguros pagados para el transporte de estos productos. Para financiar la entrada de los capitales extranjeros y comprar productos impuestos por la llamada "ayuda externa", se contraían enormes deudas con los países dominantes, particularmente con Estados Unidos. El resultado de esta situación estructural, era un aumento constante del "déficit" del balance de pagos. Para pagar tal "déficit", se usaban nuevos préstamos a intereses no compatibles con ninguna verdadera "ayuda". Al final del período, los puros pagos de servicios de la deuda externa ya llegaban al 40% del total de los ingresos de las exportaciones.

De esta manera, no había otro camino para lograr un desarrollo nacional, sino paralizar esta sangría negándose a pagar la deuda externa, limitando o impidiendo la salida de ganancias del capital extranjero y disminuyendo el pago de fletes y seguros a través de la creación de una marina mercante nacional. Esta política era sin embargo, absolutamente conflictiva con el gran capital y las potencias que le apoyan.

Como lo veremos, al realizar el golpe militar de 1964, la burguesía brasileña preferirá el camino de la conciliación: entregan la fuerza de trabajo y las riquezas minerales brasileñas al capital extranjero, para aumentar fuertemente las exportaciones y así pagar parte de las deudas contraídas. La contradicción es que tal proceso lleva, como lo veremos, a una reproducción ampliada de las causas de la crisis al elevar la remesa de ganancias, el volumen de fletes y seguros (sólo en parte atendidos por Brasil) y el volumen de la deuda externa.

Es evidente, que las dificultades de esta solución, que se adoptó al final, y la casi completa sumisión que ella implica, llevó a la burguesía a vacilar entre los dos caminos por algún tiempo. El movimiento popular, favorecía evidentemente el camino de enfrentamiento con el capital extranjero asumiendo el liderazgo concreto de la política nacionalista. Al verse en tal posición, el movimiento popular tenderá a radicalizar el contenido anti-imperialista del enfrentamiento y hará que la burguesía pase definitivamente en su inmensa mayoría hacia una política de acuerdo con el gran capital internacional, que se expresará en el golpe de 1964 y en el régimen dictatorial que le siguió. De hecho, el camino del enfrentamiento no podría jamás quedarse en los marcos reformistas y tendría que llevar la lucha hasta un poder popular, que conduciría el país al socialismo. Entre esta salida y la entrega al capital internacio-

nal, no existía otra alternativa para la burguesía.

Por otro lado, había otra orden de problemas que agravaba la situación general: el gran crecimiento industrial del período, no había sido acompañado por un aumento significativo de la demanda interna. Esto se daba por dos razones:

En primer lugar, debido al carácter monopólico concentrado y excluyente del desarrollo económico dependiente. Las empresas que se creían en el período, buscan atender a la más significativa y concentrada demanda del país que son los sectores de altos ingresos. Los grandes avances industriales del período, constan, sobre todo, del crecimiento del consumo sofisticado y técnicamente muy avanzado de estos sectores, además, de crearse una industria de base para permitir este crecimiento. Empresas muy concentradas, que dominan monopólicamente su mercado también altamente concentrado y que emplean relativamente poca mano de obra, crean un tipo de desarrollo en que se quedan excluidas las grandes masas del país y hace del desarrollo monopólico dependiente una versión explosiva de crecimiento económico, donde las contradicciones asumen una agudeza extrema. Hemos analizado en otra oportunidad este fenómeno que llamamos el nuevo carácter de la dependencia (1968) y no cabe profundizarlo aquí.

Frente a esta situación estructural, cabían solamente dos caminos alternativos.

De un lado, había la posibilidad de buscar una ampliación del mercado interno a través de una reforma agraria que integrase en el mercado vastas poblaciones campesinas sometidas a regímenes de pago no monetarios o a bajísimas remuneraciones, redistribuyendo el ingreso de forma de favorecer las poblaciones marginales urbanas y a los asalariados, cuya inmensa mayoría vive en una situación de absoluta pobreza.

Tales medidas llevaban, sin embargo, a consecuencias adversas. Ellas obligaban a un enfrentamiento con la oligarquía rural y todos sus aliados urbanos, que sólo podría triunfar a través de movilizaciones campesinas en masa. Al mismo tiempo, llevaba a cuestionar la propiedad de la tierra abriendo camino hacia una agitación más amplia contra la propiedad en general. Es necesario señalar también, que hay en el campo brasileño vastas propiedades latifundistas con una explotación capitalista. De ahí que la burguesía deba apartar de sus tímidas agita-

ciones de reforma agraria el llamado latifundio productivo. Pero, quién podía detener el amplio movimiento campesino que nacía por detrás de la agitación de reforma agraria haciendo temblar el sistema mismo? Había pues que buscar alguna otra solución para afrontar el vasto problema agrario brasileño, donde más de 40 millones de campesinos sobreviven en una situación de miseria desesperante, al lado del lujo de sus patrones y del avance de las grandes y transbordantes ciudades.

Las medidas de redistribución del ingreso en favor de los asalariados llevaban, por un lado, a una caída de la tasa ganancia, desestimulando la inversión capitalista y obligando al Estado a asumir directamente la responsabilidad del desarrollo del sistema productivo. Tanto el capital nacional como extranjero, se recusan a operar sin una alta tasa de ganancia, buscando otros centros de inversión y haciendo caer la tasa de crecimiento del producto. Sólo el Estado podría mantener las inversiones altas en tales condiciones. Aumentar la participación estatal era una medida que ya se encontraba en el programa de todos los movimientos de masa haciendo clara la imposibilidad de un desarrollo económico popular y capitalista al mismo tiempo. El socialismo como objetivo inmediato, empieza a ser agitado en el país.

A la burguesía no le quedaba pues el camino reformista. El se había convertido en la ante-sala del socialismo. Por esta situación objetiva y subjetiva la burguesía brasileña optó por la contra-revolución en una fuerte alianza con el gran capital internacional, el latifundio, los sectores reaccionarios de la pequeña burguesía y de las clases medias. La derecha militar aprovechándose de una coyuntura general favorable, fue el centro articulador del golpe de 1964, que consagró un camino absolutamente distinto para resolver provisoriamente el problema de mercado interno y de relaciones económicas internacionales que la burguesía no pudo responder. En el próximo capítulo analizaremos más de cerca este camino.

Habría que señalar, sin embargo, las características básicas de la respuesta burguesa al problema del mercado, para dar una visión general al lector del tema propuesto. Ya que se trataba de no intentar aumentar el mercado interno por la reforma agraria, ni tampoco de redistribuir el ingreso en favor de los asalariados, sólo cabían 3 caminos combinados:

a) Aumentar las exportaciones diversificándolas para el sector industrial, debido a la rebaja del precio del café y productos primarios.

b) Acentuar la distribución regresiva del ingreso en favor de las capas altas, para aumentar el consumo de productos de tecnología sofisticada que llevase a aumentar las inversiones.

c) Para hacerlo, había que aumentar el consumo estatal, particularmente el militar, y facilitar la creación de un mercado de capitales que permitiera concentrar aún más el ingreso en manos del gran capital, así como había que crear todo tipo de mecanismos de subvención al sector privado para aumentar la tasa de ganancia y consecuentemente las inversiones.

Tal plan, pasaba por una política de estabilización monetaria firmemente apoyada en la reducción de los salarios reales de los trabajadores, en la contención del crédito, sobre todo a los pequeños propietarios, en la disminución de la deuda pública y en la disminución de las importaciones para reducir el déficit externo. Tal política era evidentemente transitoria para permitir la recuperación de la tasa de ganancia, permitiendo pasar hacia una etapa más ofensiva.

En el próximo capítulo, analizaremos en detalle esta política global de la burguesía. Ahora había que ver las repercusiones de la crisis en el plano político e ideológico.

3. El Fracaso del Nacionalismo como Ideología y la Radicalización Política.

La incapacidad de realizarse el programa que se había agitado en los años 40 y 50, provocó una profunda crisis ideológica y política. El nacionalismo se traspasa de una ideología burguesa hacia una ideología esencialmente pequeño burguesa. Como vimos, en la segunda década de 1950, un sector considerable de los ideólogos del desarrollo nacional independiente ya había roto con el "nacionalismo sectario" en nombre de la preponderancia del desarrollo económico sobre lo nacional. Este era, según ellos, un instrumento para alcanzar el desarrollo, objetivo máximo del hombre en general. Se trataba de reencontrarse con el pensamiento liberal burgués, que por principio siempre fue cosmopolita, libre-cambista, internacionalista y modernizador. Claro está, que pocos ex-nacionalistas podrían dar un paso tan grande en esta dirección y buscaron fórmulas intermedias, adaptadas a la situación del

país y a la base social pequeño-burguesa que les inspiraba.

Por su lado, el liberalismo burgués clásico, defendido por los viejos defensores de la división internacional del trabajo, del Brasil predominantemente agrícola, de la superioridad racional y técnica del capital extranjero, como Eugenio Gudin, fueron cediendo el paso a un pensamiento burgués que reconociera la existencia del monopolio y los cambios que provoca en la economía, el papel del Estado para la acumulación y reproducción del capital, la necesidad de la programación y la intervención económica. Todas estas características se reunían en la figura de Roberto Campos, entonces embajador del gobierno Goulart en Estados Unidos, anterior colaborador de todos los gobiernos: asesor de Quadros, jefe del Banco de Desarrollo de Kubistcheck y uno de los autores de su "Plan de Metas", colaborador del segundo gobierno Vargas y del anterior gobierno del Mariscal Eurico Dutra.

El pensamiento nacionalista se veía atacado también por la izquierda. En el principio de la década de 1960, hubo un gran brote de estudios marxistas en Brasil con apareamiento de grupos de seminario sobre El Capital de Marx, libros teóricos, metodológicos y de análisis marxista de la realidad brasileña, tendencia que se inscribía dentro de un proceso mundial de renacimiento del marxismo como pensamiento científico y revolucionario. Este brote se expresó, no sólo en la vida universitaria, donde no resultó en general en una perspectiva militante, sino también en nuevas organizaciones políticas como la Organización Marxista Revolucionaria Política Operaria (POLOP), que llamaba a una retomada del marxismo clásico oponiéndose al nacionalismo burgués como política. En el propio Partido Comunista Brasileño, hubo una evidente renovación intelectual, estimulada por la lucha ideológica en ascenso.

El nacionalismo empezó a ser sistemáticamente atacado desde la izquierda, como análisis de la realidad internacional y nacional, y como proposición política. En primer lugar, se atacaba su base teórica y metodológica de inspiración existencialista que hacía partir el enfoque de los problemas del subdesarrollo desde la situación existencial del "ser colonizado" y no desde un análisis del sistema económico mundial que explicaba esta colonización así como mostraba su contenido de clase. Después se atacaba su concepción de que el desarrollo capitalista del país, se hacía en oposición a una economía agraria feudal que permitía presentar los problemas nacionales como consecuencia de una economía pre-capitalista, cuando la evidencia histórica mostraba la incapacidad

del propio sistema existente para resolverlos. Se mostraba pues, el nacionalismo como una posición doctrinaria que, a pesar de sus ataques al imperialismo norteamericano, buscaba mostrar el capitalismo como el modelo ideal de sociedad al cual se tendría que llegar a través del desarrollo.

De manera resumida vemos que, a fines de la década del 50 y comienzos de 1960, el desarrollismo sustituía el nacionalismo en el pensamiento burgués, éste se hacía cada vez más anti-comunista y también autoritario, apoyando la centralización administrativa y política y el fortalecimiento del Estado burgués y del plan económico en alianza con el gran capital privado. Surgían, al mismo tiempo, organizaciones claramente fascistas reunidas por la Marcha por Dios, la Familia y la Libertad, que llamaban al derrumbe del gobierno y a la implantación de un régimen de fuerza.

Por otro lado, el pensamiento propiamente nacionalista se radicalizaba y tomaba un claro contenido anti-imperialista, tendiendo a reforzar el capitalismo de Estado y a impulsar un fuerte proceso de reformas de base, con la perspectiva de crear las bases de una sociedad socialista. A pesar de que hasta el golpe de 1964, este movimiento continuaba bajo un liderazgo eminentemente burgués, la base social de esta posición era cada vez más obrera y pequeño-burguesa radical. En tanto el sector más centrista del movimiento, capitaneado por el entonces presidente Joao Goulart, con apoyo del Partido Comunista Brasileño, continuaba insistiendo en el contenido nacional-popular del programa y en atenuar su contenido anti-imperialista, las reformas de base y sus tendencias socialistas, el grupo pequeño burgués más radical, capitaneado por Leonel Brizola en el Sur y en parte por Miguel Arraes en el nordeste, buscaba acentuar el carácter de masas de la lucha y el enfrentamiento radical (Brizola propuso en el discurso de la gran concentración del 13 de Marzo de 1964, la constitución de una Constituyente de Obreros y Campesinos), y radicalizaron el programa nacionalista en uno de liberación nacional, anti-imperialista, anti-oligárquico y en parte anti-monopólico.

A su izquierda, el desarrollo de organizaciones revolucionarias marxistas que además de la referida POLOP se fortalecerán con el Partido Comunista de Brasil (disidencia pro-maoista del PCB), las Ligas Campesinas que dieron origen al Movimiento Radical Tiradentes (del cual se desprendió una mauritaria fracción de jóvenes rebeldes del MRT) y el ala marxista de la Acción Popular, organización entonces de-

finida en la izquierda cristiana. Estas fuerzas tenían distintas posiciones sobre el gobierno Goulart y sobre el carácter de la revolución. Ellas tenían, sin embargo, algunos puntos comunes que las situaba a la izquierda de las tendencias referidas. En primer lugar, adoptaban una clara definición política socialista y, en los dos primeros casos, marxista. En segundo lugar, llamaban a la preparación de un enfrentamiento armado y mantenían una posición crítica frente al gobierno Goulart (en el caso del PC do Brasil, había una abierta oposición a Goulart).

El espectro ideológico, se radicalizaba pues de una manera muy evidente. De un lado, la ideología burguesa se iba hacia la derecha, sea en lo que respecta a su conciliación con el imperialismo, al abandono de las banderas reformistas, al anti-comunismo y, sobre todo, al apoyo al autoritarismo político, recogido de manera más radical por tendencias claramente fascistas. De otro lado, el pensamiento nacionalista se hacía anti-imperialista, reformista radical y pro-socialista. Surgiendo aún tendencias cada vez más radicales en el espectro ideológico, plantenado la necesidad de un claro liderazgo obrero-campesino del proceso y la forma armada del enfrentamiento.

Desde el punto de vista político, se verificaba la misma dinámica. Las organizaciones políticas existentes se fueron polarizando en corrientes distintas y fueron surgiendo nuevas organizaciones.

Dado el carácter poco doctrinario de los partidos políticos tradicionales en Brasil, los grupos nacionalistas más o menos radicales fueron surgiendo en todos ellos y en conjunto formaron en el parlamento el Frente Parlamentario Nacionalista. De otro lado, la derecha organizó un Frente Parlamentario Democrático. Estos frentes no comprometían los partidos en tanto tales no abarcaban el conjunto de los parlamentarios. Tenían un carácter más ideológico que orgánico, pero tendían rápidamente a pasar a este nivel.

Al mismo tiempo, se fueron impulsando corrientes de masa que rebasaban el nivel parlamentario. En ellos, hay que notar el surgimiento del Comando General de Trabajadores como expresión de un vasto proceso de aumento de la participación política de la clase obrera; el crecimiento de las Ligas Campesinas, Asociaciones Campesinas y sindicatos que realizaron un Congreso Nacional Campesino en 1961; el desarrollo del movimiento estudiantil dirigido por la Unión Nacional de Estudiantes y la Unión Brasileña de Estudiantes Secundarios, que llegó al auge de su combatividad. Los militares también se organizaron política-

mente con reivindicaciones de clase y políticas: los oficiales nacionalistas, el Comando Nacional de los Sargentos, las asociaciones de cabos y marineros, con sus comandos nacionales. Todas estas fuerzas se unieron a fines de 1963, en un Frente Nacional de Movilización Popular con apoyo de las organizaciones y políticos de izquierda.

Dados estos nuevos términos de lucha popular, se hacía claro que la lucha de clases asumía un nivel nuevo y se había formado el germen de un nuevo poder que rebasaría mucho cualquier intento de gobierno nacionalista popular. Las fuerzas ligadas a los intereses dominantes, desistieron de cualquier camino pacífico para retomar el control de la situación. Fue así, que grupos que venían conspirando desde hacía mucho en las Fuerzas Armadas y fuera de ellas, pasaron a actuar con un fuerte apoyo de la clase dominante en su inmensa mayoría. Se formaron agencias destinadas a financiar campañas electorales como el Instituto Brasileño de Acción Democrática (IBAD), que fue objeto de una investigación parlamentaria, el Instituto de Pesquisas y Estudios Sociales (IPES) para la divulgación de material de propaganda y articulación de los empresarios participantes en la conspiración, se pasó claramente al contrabando de armas, a organizar el apoyo material en autos, armas, equipos, etc. directamente desde las empresas fabricantes. Y se pasó a etapas de movilizaciones fascistas cada vez más intensas, hasta que se organizó la gran Marcha por Dios, la Libertad y la Familia, que fue la demostración final de fuerza del esquema golpista y la señal para la etapa decisiva.

El golpe se precipitó, sin embargo, cuando en un incidente de profunda rebelión de las tropas por las condiciones represivas que prevalecían en las fuerzas armadas, los marineros se vieron enfrentados con el Ministro de la Marina. Como el gobierno de Goulart llegó a un acuerdo con los marinos rebeldes, la mayoría de los militares neutrales sintieron que fue herido el concepto de disciplina y el comando golpista decidió iniciar en estas condiciones su preparado golpe. Su dirigente fue el propio jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas del gobierno Goulart, el mariscal Castelo Branco. Entre los dirigentes, estaban dos gobernadores de Estado y varias figuras ilustres. El golpe empezó por la declaración de insurrección del gobierno del Estado de Minas Gerais en el centro de Brasil. Carlos Lacerda, gobernador de Guanabara, que se rebeló en seguida líder civil del movimiento, declaró en una entrevista posterior a la prensa, que Minas Gerais contaba con el apoyo militar del gobierno norteamericano que introduciría sus tropas a través del valle del Rio Doce para apoyar al gobierno proviso-

rio. De hecho, no sólo el gobierno norteamericano reconoció diplomáticamente el gobierno golpista antes de su consolidación final, sino también la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA) y hasta el Bureau Federal de Inteligencia (FBI), cumplieron un rol fundamental en todo el proceso conspiratorio, como quedó claro por una carta confidencial de Hoover que vino a público posteriormente y por las declaraciones del entonces embajador en Brasil John Foster Dulles en el Senado norteamericano. Véase el apéndice de Skidmore (1967) sobre la participación norteamericana en el golpe de 1964.

No es aquí el lugar de hacer una descripción minuciosa del golpe de estado de 1964, hemos hecho algún estudio sobre estos temas en otros dos libros nuestros (Dos Santos, 1968 y 1970). Lo que nos interesa señalar en este capítulo es en que medida el proceso político e ideológico que dió origen al golpe de 1964, era producto de una crisis muy profunda que llevaba inevitablemente a una confrontación radical entre el movimiento popular y las clases dominantes. Siendo esta confrontación tan radical, tanto la revolución se hacía inevitable y conducía al socialismo como su único camino, como la contra-revolución se hacía también inevitablemente más rígida y creaba un impulso reaccionario que no podía paralizarse con un simple gobierno fuerte que recreara las condiciones de funcionamiento liberal. No, la contra-revolución sólo puede paralizarse y consolidarse cuando se constituya un régimen distinto, de tipo fascista. La historia de Brasil a partir de 1964, va a ser la historia de esta lógica contra-revolucionaria que estudiaremos en el próximo capítulo.

VI, - LA RESPUESTA CONSERVADORA: LA DICTADURA MILITAR Y EL FASCISMO

1. La Lógica del Gobierno Militar.

El ejército brasileño jamás había asumido directamente el poder. El había intervenido en la vida política brasileña muchas veces, pero lo había hecho siempre en la condición de árbitro entre las distintas corrientes civiles. En 1899, el ejército tomó la iniciativa de derrumbar la monarquía e instauró la república constitucional y parlamentaria. En 1922, jóvenes militares empezaron un movimiento insurreccional que los llevó al poder en 1930, junto con amplios sectores civiles. La dictadura de Vargas instaurada en este período, era claramente civil y condujo a la convocación de la constituyente de 1934. La agudización de las confrontaciones políticas entre 1935-1937, dieron origen a la instalación de la 2a. dictadura de Vargas en 1937, con la donación de una constitución nueva que instauró el Estado Nuevo de carácter nítidamente dictatorial, de inspiración fascista, pero de contenido distinto.

Fue el ejército quien derrumbó a Vargas en 1945 e inmediatamente entregó el poder al Supremo Tribunal de Justicia para que convocara la constituyente de 1946, cuya constitución estuvo en vigor hasta 1964. Después, las Fuerzas Armadas participaron en el movimiento en contra de Vargas en 1954, que dió origen a su suicidio. El poder fue pa-

sado a su vice-presidente, Café Filho. En 1955, frente a una fuerte campaña de la derecha para impedir la posesión del presidente electo, Juscelino Kubistcheck, el ejército intervino otra vez derrumbando a Café Filho y garantizando la posesión de Kubistcheck. En 1961, estando Janio Quadros en el poder, un grupo de militares hizo fuertes presiones sobre el presidente y este dimitió del poder. En este momento, el vice-presidente Joao Goulart estaba fuera del país. Los 3 ministros militares formaron una junta de gobierno que quiso impedir la posesión de Goulart. Frente a una fuerte presión popular, la insurrección de 2 estados de la República y el acuerdo de Goulart de aceptar asumir la presidencia en un nuevo régimen parlamentarista de gobierno, los militares entregan el poder a los civiles.

Los años entre 1961 y 1964, fueron muy inestables y marcados por una fuerte radicalización. Los militares eran llamados a todo momento a intervenir en favor de uno de los dos bandos en lucha. Se formaron grupos y "esquemas" militares de izquierda y de derecha, se dividieron las fuerzas armadas, no sólo horizontalmente entre grupos, ejércitos y facciones, sino también verticalmente entre oficiales y suboficiales, alcanzando los cabos y clases.

Por otro lado, en los años de 1960, las fuerzas armadas brasileñas y latinoamericanas empezaron a pasar por un importante cambio de concepción estratégica, directamente orientado por el sector entonces dominante en el gobierno norteamericano. En este período, se empezó a consolidar la concepción de la contra-insurrección y la seguridad nacional como objetivos fundamentales de las fuerzas armadas latinoamericanas. Hasta entonces, las fuerzas armadas habían sido educadas para defender las naciones de América Latina del ataque externo de la "Rusia Comunista" (1), es decir, de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y sus aliados. Después de la victoria de la revolución cubana, la concepción estratégica cambia y las tropas pasan a ser entrenadas y reorganizadas para defender los distintos países del "enemigo interno": los guerrilleros, los sindicatos obreros, los estudiantes y campesinos, todos complotados en una guerra psicológica y real en contra del orden existente. Empiezan la formación de fuerzas especia-

(1) Pocas personas se dan cuenta del carácter ideológico de expresiones como esa. La URSS no se llama Rusia desde la caída del gobierno provisional en Octubre de 1917. Mucho menos jamás se llamó comunista, pues según el marxismo, no hay ninguna sociedad comunista en el mundo actual.

les anti-guerrilleras y anti-manifestaciones callejeras. Empiezan los estudios de anti-guerrilla, anti-motines, inteligencia, guerra psicológica, acción cívica, etc., bajo el título general de contra-insurrección.

El centro de la doctrina de la contra-insurrección se encuentra en dos aspectos: la seguridad nacional y el desarrollo económico. Ambos son complementarios, según esa nueva doctrina. La inseguridad nacional es causada por el subdesarrollo que, al crear la miseria, crea la rebelión que es aprovechada por los "comunistas". Por lo tanto, el desarrollo económico es el principal medio para alcanzar la seguridad nacional. Hasta aquí, la doctrina como se formula en la orientación hemisférica bajo la hegemonía norteamericana. Pero, los militares en cada país agregan los objetivos nacionales que permiten afirmar la seguridad y el desarrollo. En el caso de Brasil, estos objetivos se ligan a la importancia internacional del país. Se trata de introducirlo en el mundo de las grandes potencias.

La unión de estos tres elementos dentro de una sola doctrina militar, conduce progresivamente a las fuerzas armadas a la idea de que le cabe dirigir directamente el país para alcanzarlos. Cuando se dió el golpe de 1964, las fuerzas armadas creían en su mayoría que su misión era la de poner la casa en orden para hacer volver el país en seguida a un camino legalista de carácter civil, pero con fuerte protección militar. El entonces general Castelo Branco, había afirmado el 19 de Septiembre de 1955 en su discurso a la Escuela Superior de Guerra que:

"Hay muchos que creen que el mejor camino para que los militares participen en la recuperación del país es intervenir y tomar el control del gobierno. Los más sinceros argumentan de que esto es necesario, pese a la incapacidad de las instituciones políticas para resolver los problemas de la nación.

Tienen las fuerzas armadas la capacidad política para aprender a solucionar los problemas políticos y administrativos de la nación? Las fuerzas armadas no pueden, si ellas son fieles a su tradición, transformar el Brasil en otra "Republiquita" sudamericana. Si nosotros adoptamos este régimen, lo tendríamos que hacer por la fuerza, y sólo lo podríamos mantener por la fuerza y lo perderíamos por la fuerza". (Este discurso estaba en los archivos del Mariscal Castelo Branco, citados por Einaudi y Stepan, 1971).

Como se ve, si Castelo Branco se mantuvo fiel a sus ideas, se

puede aceptar como verdadera la intención que se le atribuía de institucionalizar el régimen dictatorial y entregarlo a un civil (en la época se decía que era el entonces presidente del Congreso Bilac Pinco su candidato) y se puede comprender gran parte de sus acciones políticas. Pero se puede entender al mismo tiempo, la importancia de la crisis brasileña al ver la imposibilidad de institucionalizar este régimen de fuerza, como los acontecimientos posteriores lo demostraron.

Asímismo, estas intenciones nos permiten entender, como el golpe de 1964 había unificado civiles y militares en una misma posición de prevenir la revolución social que parecía inevitable en el país. Se puede entender en seguida, como los viejos políticos participaron de buena gana de la solución de elegir al Mariscal Castelo Branco por el parlamento anteriormente existente, después del derrumbe del gobierno Goulart y el expurgo de sus partidarios en el Congreso. Se puede entender también, la pasividad con que los viejos políticos asistieron la violenta represión en contra de los liberales e inofensivos nacionalistas ligados a Goulart, al lado de la intervención en los sindicatos, asociaciones campesinas y estudiantiles, expulsión y represión sobre los militares nacionalistas, así como las violentas persecuciones, asesinatos y torturas de líderes populares de la izquierda.

Pero la represión no se limitó a los colaboradores directos de Goulart y a la izquierda. En seguida, ella se dirigió en contra de los propios políticos "liberales". Primeramente, se atacó a los que de alguna forma se identificaron con el esquema varguista (PSD-PTB), como Kubistcheck, Mauro Borges, después fueron los propios jefes del movimiento militar, como Ademar de Barros y Carlos Lacerda.

Estaba evidente la lógica del movimiento que dió origen al golpe militar del 1° de Abril de 1964. Se trataba de un movimiento contra-revolucionario, que lanzaba las bases de un estado centralizado y represivo de claro contenido fascista. Su poder se irá desplazando cada vez más para los grupos de ultra-derecha que habían servido de instrumento de los golpistas de 1964, pero que mostraban su mayor consecuencia contra-revolucionaria. De acuerdo con la profundidad de la crisis, se manifestaba la violencia de la respuesta: o revolución o contra-revolución, o socialismo o fascismo. Este era el dilema que la mayoría de los protagonistas no había percibido.

Castelo Branco va a quedarse dos años en el poder entre 1964 y 1966. Presionado por los sectores derechistas del ejército, de un lado,

y por los viejos políticos burgueses, de otro lado, tuvo que limitar su período de jefe del nuevo régimen y llamar a "elecciones" para su sustitución. Al mismo tiempo, buscó asegurar la continuidad de su régimen haciendo que el Congreso, ya completamente "depurado" de todos sus adversarios políticos, votase una constitución altamente represiva. Su sucesor, el Mariscal Costa e Silva duró también cerca de dos años en el poder, entre 1966 y 1969. En este período hubo elecciones para gobernadores y parlamentarios dentro de la nueva constitución, que exigía certificado ideológico y otras garantías para ser candidato.

Esta pequeña abertura, sin embargo, hizo saltar a la primera plana todas las inquietudes políticas contenidas hasta entonces. Un vasto movimiento de masas de estudiantes, masas urbanas, obreros y campesinos empezaba a renacer. Los militares y las organizaciones paramilitares de derecha, volvieron a atacar protegidos por el aparato estatal. Frente al creciente movimiento de masas, un grupo de militares dió un jaque-mate al parlamento exigiendo el desafuero de uno de sus diputados (Marcio Moreira Alves). Frente a la reacción liberal del parlamento (apoyada por sectores de los militares irritados con el crecimiento del fascismo, empresarios y la propia embajada norteamericana) que se negó a permitir el desafuero de Marcio M. Alves, la derecha de los militares respondió con el cierre del Congreso, obligando a Costa e Silva a firmar la Acta Institucional N° 5, que suspendía la aplicación de la Constitución que el propio régimen se había dado.

A partir de entonces, se empieza una represión aún más violenta que la anterior, se cierra el Congreso por un plazo de varios meses y aún así nuevos parlamentarios son expulsados del parlamento que había sido elegido recientemente, profesores universitarios y funcionarios públicos son demitidos de sus cátedras por decreto presidencial, líderes de masa son arrestados y torturados y se empieza una negra represión masiva en contra del movimiento guerrillero que había surgido en 1967. Esta represión se dirige en contra de todos los que pudieron tener cualquier relación, la más remota, con el movimiento revolucionario, así también contra todos los que hubiesen ganado proyecciones de masa en la oposición. Se estableció una censura de prensa y de libros aún más rígida que la anterior. Sobre la represión en Brasil, véase Alarcón (1970).

Los allanamientos policiales se hacían en manzanas enteras, los porteros de los edificios pasaron a servir obligatoriamente de informantes de la policía, en las aulas se denunciaban las palabras de los profe-

sores, asimismo en las oficinas públicas las protestas de los funcionarios. En las empresas, guardias armadas garantizan la "tranquilidad" de su funcionamiento. Todos estaban amenazados o de dimisión o de prisión, o de tortura o de muerte, dependiendo del juicio de los policiales y militares encargados directamente de la represión. Los aparatos policiales empezaron a coordinarse bajo la dirección centralizada del Servicio Nacional de Inteligencia, mezcla de FBI y CIA. Este organismo tiene nivel de gabinete presidencial y tiene agentes a nivel de equipo de cada ministro para zelar por el ajuste entre las políticas ministeriales y la seguridad nacional.

En resumen: el régimen policial que se había dibujado entre 1964 y 1966, y que parecía atenuarse entre 1967 y 1968, volvió muchas veces más violento y totalitario.

En 1971, los militares se sentirán otra vez en condiciones de buscar alguna normalización del régimen. El parlamento volvió a funcionar, a pesar de hacerlo con enormes restricciones, se llamaron a nuevas elecciones con absoluto control, sobre todos los candidatos, se permitieron algunos congresos sindicales. Pero la lógica del sistema continua funcionando entre las necesidades de una cierta abertura institucional para permitir mantener el crecimiento económico, el cual justifica la supervivencia del régimen, y la necesidad, al mismo tiempo, de impedir la libre expresión de los intereses populares que son aplastados por el tipo de crecimiento que se realiza. A cada nueva reabertura sucede una nueva ola represiva aún más violenta, fortaleciendo sucesivamente las tendencias fascistas.

2. Las Bases del Modelo Económico y Político del Régimen.

Durante el gobierno de Goulart, se había dibujado un programa de desarrollo bastante utópico el cual buscaba disminuir la dependencia económica, abrir nuevos mercados y lograr una importante participación popular, sin romper con el régimen de producción capitalista. Como vimos, gran parte del movimiento popular había comprendido los límites de esa política, pero ella dominó el gobierno y el conjunto del movimiento hasta 1964. El punto más débil y crítico de este programa, era la política frente a la inflación. Esta tendía a aumentar por varias razones (por la crisis cambiaria, por el aumento del déficit del gobierno,

por el clima psicológico de inseguridad y especulativo), suplantando en mucho los marcos normales en que se había manejado el sistema. Como en todas las ocasiones en que el empate político entre el movimiento popular en ascenso y las clases dominantes se produce, la lucha por la redistribución del ingreso asume la forma inmediata de la lucha entre precios y salarios. Para paralizar la ola inflacionaria, se hace necesario paralizar, sea el aumento de salarios, sea el aumento de precios. En resumidas cuentas, hay que disminuir las ganancias que se expresan en los precios de los productos o hay que disminuir los salarios. La segunda solución es la normal en el capitalismo. A través de ella, se asegura una tasa de ganancia elevada para los capitalistas y se crean las condiciones para revitalizar de inmediato las inversiones y en consecuencia el sistema entero, que se fundamenta en la acumulación de capital en base a la ganancia de los capitalistas. La primera solución es, sin embargo, contradictoria con el sistema capitalista pues, a pesar de producir de inmediato un aumento del consumo, que puede utilizar la capacidad instalada ociosa, no provoca un aumento de las inversiones. Con salarios más altos (a no ser que se produjera un aumento aún superior de la productividad), se disminuye la tasa de ganancia del capitalista y por lo tanto su interés en invertir. El prefiere atesorar su dinero o buscar nuevos mercados para invertir en el exterior. De ahí que tal política provoca una situación depresiva en la economía, si ella no es acompañada por la estatización de las principales empresas privadas pasando la iniciativa de la inversión hacia el Estado, las cuales se rigen por otras leyes que conducen, en este caso, a la planificación y al socialismo (1).

El gobierno Goulart vaciló todo el tiempo entre los dos caminos, sin querer aceptar la consecuencia de ellos. Es claro que la política de contención de los salarios exige medidas represivas en contra de los asalariados y la política de limitación de precios obliga a complementarse con reformas estructurales del sistema. En un trabajo anterior, hemos estudiado estas dos alternativas que llevan, en las condiciones de países que viven una profunda crisis estructural como Brasil y la mayoría de los latinoamericanos, o al socialismo o al fascismo (Dos Santos, 1970).

(1) Esto fue, por ejemplo, la política seguida por el gobierno de la Unidad Popular en Chile, logrando recuperar inmediatamente la economía para alcanzar en un año una tasa de crecimiento de cerca de 10%.

El gobierno nacido del golpe de Abril de 1964, va a resolver claramente esta contradicción en favor del capital privado. Sufriendo las más diversas críticas (a veces de los propios sectores burgueses que no comprenden la gravedad de la situación), el mariscal Castelo Branco dió mano fuerte a su Ministro de Planeamiento, Roberto Campos, para que aplicara a hierro y fuego una política de recuperación económica del capitalismo brasileño. Ella constaba de los puntos siguientes:

En primer lugar, una violenta contención de los salarios, los cuales perdieron cerca del 40% de su valor de compra en un período corto. Con esto se elevó de inmediato el nivel de ganancia de las empresas en general.

En segundo lugar, una violenta contención de los créditos estatales que paralizó las inversiones especulativas y quebró gran parte de las empresas tecnológicamente atrasadas, financieramente mal administradas y las pequeñas empresas. Se disminuyó así la circulación financiera y las presiones inflacionarias.

En tercer lugar, se aumentó la recaudación estatal con una fuerte carga fiscal, una racionalización de la imposición, un aumento de la represión sobre las enormes evasiones y, por fin, la adopción de mecanismos de reavalación de las deudas al estado que no permitía a los deudores morosos aprovecharse de la inflación. Esta política que afectaba fuertemente las pequeñas y medianas empresas y los asalariados, se complementó por una política de modernización del servicio público con dispensa de funcionarios y racionalización de funciones. Se logró así regularizar en un período relativamente corto, tratándose de una economía capitalista, las deudas públicas.

En cuarto lugar, se hizo una política cambiaria de aumentar las exportaciones (con poco resultado inmediato y mejores a medio plazo) y sobre todo de disminuir las importaciones, lo que se hacía posible debido a la estagnación de la economía en el período, la cual disminuyó el consumo de productos importados.

No es difícil percibir cuantos intereses afectaba esta política. Desde luego, a la clase obrera y los asalariados que tenían que bajar sus ya miserables niveles de vida para asegurar la recuperación del capitalismo. Pero también se veían perjudicados los pequeños y medianos propietarios que eran aplastados por una política de una violencia incontenida, cuyo objetivo era recuperar la tasa de productividad del conjun-

to de la economía en favor de la gran empresa moderna, en general, de origen extranjero.

En una aparente paradoja, en este período el capital extranjero, desesperadamente llamado a venir a recuperar las inversiones, que sólo se levantaron 3 años después, no ingresó un dólar en el país. Lo que hizo fue utilizar parte de las ganancias obtenidas internamente, no para nuevas inversiones, sino para especular con el fracaso de la empresa nacional. Se compraron varias empresas y además, en 1966, se le abrió el derecho de especular con la ausencia de créditos. El gobierno permitió la entrada de capital de giro desde el exterior para financiar las deudas de las empresas nacionales, altamente limitadas por la ausencia de crédito estatal. La empresa extranjera empezaba así, a entrar en el mercado financiero de Brasil, abriendo el camino a un "entreguismo" sin precedentes en la historia del capitalismo mundial.

Fue así, que el gobierno de Castelo Branco logró recuperar la economía brasileña a costa de los asalariados y pequeños y medianos propietarios. Esta política encontraba una fuerte oposición, no sólo de la clase obrera, sino de amplios sectores de los empresarios pequeños y medios, entre las clases medias y entre los políticos que dependían de sus votos. De ahí que su realización exigió una política de hierro y fuego en contra del movimiento sindical y estudiantil, así como del movimiento campesino, particularmente donde había un proletariado rural que había obtenido algunas conquistas en el período anterior, como en los ingenios de azúcar de Pernambuco. Esta represión se hizo, incluso, sobre los aliados políticos de la víspera, muchos de los cuales, intentaron utilizar el clima de descontento para intentar rebeliones. Pero, la unidad general de la clase dominante en contra del "clima de anarquía" anterior a 1964, ayudó al grupo en el poder a aplicar su política sin vacilaciones, hasta que sus adversarios lograron unirse en torno al ministro de Guerra del gobierno y obligar a Castelo Branco a entregarle "legalmente" el poder, después de una grave crisis en la cual Castelo Branco se quedó solo en contra de los comandantes de los 4 ejércitos (1).

Pero la política económica de Roberto Campos, no tenía solamente el lado de la estabilización monetaria. Como su objetivo era reabrir un ciclo de inversiones a través de la recuperación de la tasa de ganancia, él tenía que adoptar una serie de medidas que estimularan

(1) El territorio brasileño se divide en varias regiones militares reunidas en 4 ejércitos en el Sur, Noreste, Centro-Sur y Centro-Oeste.

esas inversiones y que creasen mercado para los productos a ser producidos. La tarea no era simple.

En lo que se refería a la creación de amplios excedentes económicos, se hacía relativamente fácil debido a los propios mecanismos generados por la depresión económica: la tendencia a atesorar, a bajar el consumo, la rebaja de los costos de los salarios y el aumento de la productividad media tendían a crear grandes excedentes económicos que podrían permitir una inversión.

En lo que respecta al estímulo a la inversión, había como principal factor favorable el aumento de la tasa de lucros, sobre todo, debido a la brutal baja de los salarios. Asimismo, el Estado buscó orientar esta inversión a través de mecanismos de exención de pagos de impuestos de renta para los que invirtieron en ciertas regiones o en ciertos programas que el gobierno apoyaba. Se crearon, en seguida, importantes mecanismos de captación de este ahorro forzado para ponerlo a la disposición de los grandes grupos económicos. Entre ellos está el más importante que son los bancos de inversiones. Estos bancos, que reúnen capitales nacionales y extranjeros, tienen plena libertad de captación de recursos y de realizar inversiones directas transformándose en una especie de empresa madre de un grupo económico. Esto no sólo lo puede hacer legalmente como tiene varios estímulos estatales para practicar lo. En seguida, se formó un vasto mercado de valores donde se lanzan acciones con gran facilidad, creando una alta especulativa que atrajo hacia las bolsas de Rio, S. Paulo y Minas Gerais todo el ahorro de la clase media brasileña. Se crearon así enormes valores financieros sin ningún aumento real de producción que los sustentase. Este mercado también fue abierto al capital extranjero que vino a aprovecharse de estas enormes ventajas y de este clima especulativo. Se crearon facilidades para el funcionamiento de los bancos extranjeros y para las operaciones financieras de sus empresas, buscando transformar, sobre todo, la ciudad de Rio de Janeiro en el centro latinoamericano de las empresas multinacionales.

Fue así que el mercado de capitales brasileño sufrió una verdadera revolución en 4 años, integrándose en el mercado financiero mundial y convirtiendo el país en un peón más de una economía financiera mundial altamente sensible. Pero tales cambios, tienen que apoyarse en algunas inversiones reales. Esta enorme masa de recursos tiene que encontrar una enorme base de inversión en el país con el riesgo de ser rápidamente canalizada hacia el exterior, lo que hoy día es legalmente

posible en corto plazo dada la apertura completa de los movimientos internacionales de capital en el país. Las remesas de ganancias han sido gigantescas, pero hay un enorme interés del capital internacional de abrir nuevos campos de aplicación de recursos financieros sobrantes en las economías centrales, que por lo demás, se encuentran deprimidas y sin oportunidades de inversión. Esta situación coincidió con los años de 1967 y 1971, cuando la economía norteamericana vivió su más grave depresión de la post-guerra. La reciente nueva política económica del gobierno norteamericano busca facilitar una recuperación económica que se viene demostrando excesivamente lenta y difícil. Si esta política tiene éxito, ella deberá atraer enormes masas de capitales hacia Estados Unidos y provocar una importante depresión económica en Brasil.

Dada la inestabilidad de esta situación, el gobierno brasileño tiene no sólo que responsabilizarse en abrir caminos de inversión, sino tiene aún que abrir de cualquier manera nuevos mercados que estimulen las inversiones. Pero la apertura de nuevos mercados encuentra una grave limitación de inicio: vimos que este "boom" económico fue conseguido a través de una depresión del salario real y que por lo tanto una elevación de los salarios reales puede poner en cuestión el "milagro". De ahí que a partir de 1967, el nuevo gobierno buscó estabilizar la rebaja real de los salarios, creando un mecanismo de reajuste salarial igual al aumento del costo de vida. Esta "maravillosa disciplina salarial" como la describe Roberto Campos en un artículo para el diario O Globo sobre el "modelo" brasileño, es la base de todo el enorme edificio económico que construyó la dictadura militar brasileña. No es pues por este lado que se puede ampliar el mercado para abrir camino a nuevas inversiones, dentro del actual régimen. De ahí que se hayan hecho necesarios tortuosos caminos para permitir el crecimiento económico, buscando encontrar mercado para la producción basada en la capacidad ya instalada y sobre todo, para dar origen a nuevas empresas y sectores económicos, lo que se ha llamado "milagro brasileño" o "modelo brasileño", está fundamentado en la constatación de que el capitalismo dependiente puede encontrar mercado para sus productos fuera de sus propios trabajadores, creadores de la riqueza del país, aunque esto se haga a costa de las libertades más elementales, de la mantención de la más profunda miseria de su pueblo, de aumentar la explotación sobre sus obreros y de tener que crear un gigantesco aparato represivo para sustentar este "modelo" de crecimiento.

Hay que estudiar pues las líneas básicas de este "modelo".

3. El "Milagro Económico" Brasileño.

Como vimos, la esencia del "boom" económico que vive Brasil a partir de 1967, es la capacidad de elevar la tasa de ganancia a través, sobre todo, de la rebaja del salario real. Vimos aún, que esta política fue complementada por otros mecanismos de intervención estatal en favor del aumento de la tasa de ganancia, del estímulo a la inversión y a través de la creación de varios mecanismos para canalizar todos los excedentes generados en el país hacia el sistema financiero dominado por las grandes empresas nacionales y extranjeras. Vimos, al mismo tiempo, que estos excedentes transformados en los valores financieros más diversos, necesitan encontrar donde invertirse y que las nuevas inversiones necesitan de un mercado que las estimule. Vimos también, que este mercado no puede encontrarse entre los asalariados pues sus bajos salarios son la esencia de las nuevas inversiones. El problema crucial del sistema pasa a ser la apertura de nuevos mercados. El "milagro" económico sólo se puede realizar si se encuentran estos nuevos mercados.

Pasemos a analizar la política económica que ha seguido la dictadura en este sentido. Es necesario señalar anteriormente, que ella ha actuado con gran eficiencia y amplia visión de las necesidades del sistema que le cabe defender y ampliar y esto la inscribe en un marco general de régimen modernizador que ha confundido a muchos teóricos y analistas. Pocos brasileños entendieron en 1964 el significado real de este régimen. No se trataba de un régimen que venía a defender las viejas oligarquías agrario-exportadoras aliadas del viejo imperialismo. Por el contrario, la dictadura militar a pesar de que salvaba estas clases de un movimiento reformista que las tenían como principales enemigos y les ofreció un camino de readaptación forzada venía para modernizar la estructura económica, social y política de manera de abrir camino para el gran capital monopolístico internacional y nacional. Su violencia y su política de fuerza no se basaban en caudillos y en las desmoralizadas fuerzas del viejo latifundio, a pesar de haberlas utilizado también, sino en las modernas policías y fuerzas armadas tecnificadas del estado monopolístico contemporáneo. Así también del punto de vista económico, no se trataba de defender el latifundio, sino de obligar al gran propietario rural a modernizarse aumentando los impuestos sobre las tierras no cultivables y, políticamente, limitando el poder de los jefes locales y "coroneles". Es dentro de este marco socio-económico y político que debemos apreciar la política de la dictadura.

A pesar de su carácter modernizador, la dictadura no puede ocultar, sin embargo, su carácter contra-revolucionario. Esto se revela por el contenido de su política agraria. Al no atacar el latifundio en sus raíces, no logró crear un mercado rural. Lo que ella logró fue solamente ampliar en parte este mercado, abriendo nuevas fronteras agrícolas en los estados selváticos de Brasil (Mato Grosso, Goiás y la región amazónica). Pero al no cambiar las relaciones de producción, ni al menos las formas de propiedad agrícola, no logró y no logrará crear una masa asalariada suficientemente significativa para sustentar un aumento generalizado del consumo. Por el contrario, la política de modernización de los grandes latifundios provoca una expulsión gigantesca de mano de obra muy superior a la que es absorbida en las regiones de nueva frontera.

La política agraria y de colonización de la dictadura tiene así un doble sentido: modernización de la empresa rural que aumenta el consumo de fertilizantes, máquinas agrícolas y bienes de producción, pero que al mismo tiempo expulsa mano de obra agrícola hacia las pequeñas ciudades aumentando los sectores marginales de la población; en segundo lugar, política de colonización de nuevas regiones que aumenta el consumo de construcción civil en general, amplía las tierras cultivables y, por lo tanto, aumenta la demanda de varios productos y, por fin, absorbe nueva mano de obra en los trabajos de infra-estructura y en las nuevas fronteras agrícolas. Pero esta mano de obra absorbida, será siempre inferior a aquella que es liberada de la actividad agrícola y rural. La política de colonización funciona así como una válvula de escape que va perdiendo su capacidad de absorción de mano de obra sobrante, en la medida en que las actividades productivas de estas nuevas regiones son muy poco incorporadoras de mano de obra. Ellas son básicamente, la pecuaria, las industrias extractivas y particularmente la mineración. En la medida que las obras de infra-estructura vayan disminuyendo su ritmo de crecimiento, la capacidad de sedimentación de estas poblaciones se va revelando muy baja y nuevos conflictos sociales tenderán a emerger.

La creación de nuevas fronteras aparece así, como un sucedáneo bastante insuficiente de la reforma agraria como mecanismo de redistribución del ingreso y ampliación de mercado. Lo que si demuestra es ser un excelente camino para la inversión a corto plazo, sin alterar las estructuras del país y permitiendo abrir nuevas fuentes de ganancias importantes. No nos cabe aquí, demostrar la relación entre esta política de colonización y el plan de una economía exportadora de nuevo tipo,

que discutiremos más adelante. Esta relación explica en gran parte su carácter, pues se trata de crear nuevos enclaves exportadores y pequeñas economías complementarias en torno de ellos, buscando asegurar así su supervivencia. Pero esto, es antes parte del capítulo de las exportaciones, que de la ampliación del mercado en el campo.

El segundo instrumento que poseía el nuevo régimen fácilmente en su mano, era el propio consumo estatal de carácter civil y militar. Hacemos esta distinción debido a la importancia relativa que asumió esta segunda forma de consumo en los últimos años. Habría que preguntar, sin embargo, como podía crecer el consumo estatal si se estaba en una política de equilibrio presupuestario. Se puede entender los mecanismos utilizados si se considera, en primer lugar, que hay un remanente de los gastos para servir más directamente a los fines propuestos. Hay que considerar, en seguida, el aumento de la recaudación fiscal a través de una política de mejoría de los aparatos de recaudación, el establecimiento de medidas de defensa del valor real de las deudas al Estado. Por fin, habiendo conseguido una relativa estabilización (que incluye aún el 20% de inflación anual), el gobierno lanzó papeles propios para financiar sus inversiones y las empresas estatales que continuaron invirtiendo en condiciones de mejor tasa de ganancia produjeron mayores excedentes. Todos estos mecanismos permitieron al Estado realizar una serie de inversiones y aumentar el consumo de muchos productos claves para el nuevo esquema del desarrollo.

El Estado mantuvo la tasa de inversión en los difíciles momentos depresivos de 1964 a 1966, manteniendo las inversiones de infra-estructura en energía eléctrica, caminos y obras públicas. Además, las empresas estatales en acero, mineración de hierro, petróleo, electricidad, teléfonos y comunicaciones, ferrovías, etc., continuaron operando con todos los consumos intermedios que esto implica. A partir de 1967, el Estado hará junto con el capital extranjero una importante inversión en la petroquímica pesada y posteriormente invertirá en la industria aeronaval.

Como comprador, el Estado desempeñó un rol muy importante. El consumo estatal aseguró el desarrollo de sectores fundamentales como los ya mencionados de la petroquímica pesada y la industria aeronaval donde participó como inversionista también, pero especialmente como importante comprador a través de sus contratos con la industria naval, cuyas bases se había lanzado en el principio de la década. A las compras de autos se suma la abertura de nuevos caminos para mantener

un alto estímulo a la industria automovilística que se había deprimido fuertemente entre 1963 y 1966.

Pero de especial importancia para la mantención y expansión de la industria mecánica y química pesadas, fueron y son cada vez más, las compras militares. En 1966, ya estaba sellado un pacto entre las industrias nacionales y las fuerzas armadas para crear un complejo industrial-militar, que permitiese al país salir de la depresión y abrirle un importante camino de crecimiento. En este caso, se incluían las exportaciones para la guerra del Vietnam. Navíos, aviones, armas, municiones, armas químicas, vehículos especializados, alimentos industrializados, tejidos forman una amplia gama de productos para un ejército y una policía militar en crecimiento, llegando a disponer de cerca de 300 mil hombres en armas y 300 mil policías militares, en 1968 (1).

Las inversiones militares pasaron a ser el núcleo de un conjunto de iniciativas que ejercen hoy un rol decisivo en el proceso de acumulación de capital. Para que esto ocurra en un país que no está en guerra, ni se ve amenazado por ningún enemigo visible, sólo es posible a través de una fuertísima dictadura y de una justificación anti-subversiva interna. De hecho, el carácter anti-popular del "modelo" económico exige un fuerte aparato represivo para poder legitimarse. Pero, al mismo tiempo, hay que considerar que el aparato represivo pasa a ser parte del propio "modelo" económico. Los hombres en armas pasan a ser un elemento fundamental para combatir el desempleo y se hace necesario ampliar cada vez más las inversiones militares y el clima militarista para poder estimular el sistema y al mismo tiempo, para garantizar la aplicación del "modelo" de desarrollo capitalista dependiente. Los aspectos militar y económico se complementan así.

Pero tales medidas exigen de una forma u otra, una ampliación de la participación estatal, sea en el consumo, sea en la inversión. Ella no puede ser del agrado del gran capital y él sólo puede aceptarla en la ausencia de otra alternativa. De ahí que, sobre todo los nuevos dirigentes de la tecnocracia civil de la dictadura, en fuerte vínculo con los grandes financistas e industriales paulistas (2), han buscado reabrir el

(1) Ver datos en Frente Brasileño de Informaciones, boletín de Noviembre de 1971, Santiago.

(2) Sao Paulo es el centro industrial y capitalista del país. El produce cerca de 1/3 del ingreso nacional a pesar de que su población sea de aproximadamente el 20%. Por lo menos 2/5 de las industrias se concentran en este estado.

sistema de crédito particularmente para las capas de salario más elevado. Al mismo tiempo, el sistema salarial en su conjunto fortaleció los salarios de técnicos y gerentes provocando un impresionante aumento del salario medio en el país. Con esto se alcanzaba dos grandes objetivos: uno económico de provocar un aumento de consumo de productos de alta calidad técnica, que impulsa el crecimiento de los sectores más modernos de la industria. El otro objetivo es más político. Se trata de ganarse los sectores más activos de la pequeña y media burguesía y una capa de obreros especializados que pudiesen garantizar una base de apoyo para el sistema.

Con esta política se logra ampliar el mercado interno en una buena proporción con repercusión sobre los sectores de las industrias más dinámicas, aunque esto signifique abandonar a su propia suerte la mayoría aplastante del país. Tavares y Serra estudiaron muy en detalle este aspecto del "modelo" brasileño (1971). Se puede apreciar el carácter de este "modelo" al ver el tipo de desarrollo industrial que se operó en los últimos 3 años. En tanto los sectores de industrias dinámicas crecieron a tasas relativamente altas, particularmente en los 3 años de "boom", las llamadas industrias tradicionales como los textiles, alimentos, vestuario, calzados, maderas, bebidas, etc., crecieron menos del 1% al año entre 1962 y 1968 y no revelaron un dinamismo apreciable en el período de recuperación entre 1969 y 1971.

De ahí se puede explicar la célebre frase del actual Jefe del Estado, Sr. Garrastazú Médici, al decir que "la economía brasileña iba bien pero el pueblo iba mal". Todo el crecimiento económico logrado se hizo a costa del consumo popular y de la solución de los problemas de las grandes masas, profundizando aún más las diferencias sociales, aumentando la producción y el consumo de productos inútiles, de producción militar, de favorecimiento a la expansión del gran capital nacional y extranjero, de profundización de las dificultades cambiarias aumentando la extracción de ganancias del país hacia los centros dominantes del sistema. Este esquema de crecimiento es, sin embargo, absolutamente insuficiente para mantener el país en un ritmo de crecimiento razonable. Las razones son múltiples y se puede resumirlas en 3:

a) El aumento del consumo estatal, civil y militar se estrella con la incapacidad de ampliar los ingresos del Estado allende los límites actuales, a no ser con dos recursos nuevos: sea con la emisión de dinero que abriría una nueva etapa inflacionaria, sea con un aumento de impuestos sobre las ganancias y sectores de altos ingresos que entraría

en contradicción con el modelo actual.

b) La ampliación de la frontera agrícola se enfrenta con el límite de la creación de una economía agrícola altamente tecnificada, con poco aprovechamiento de mano de obra y disminución de sus efectos expansivos.

c) La redistribución del ingreso en favor de los sectores medios, altos, llegó a un punto estable que obligaría a pasar a favorecer a capas mucho más amplias de la población. Para continuar alimentando este consumo, hay que inyectar el sistema económico con grandes dosis de crédito que empiezan a tener efectos inflacionarios. Hay que tomar en consideración el efecto de demostración que este consumo ostensible tiene sobre las capas más bajas y el visible aumento general de expectativas de consumo en una población mayoritariamente miserable.

Si se suma a estos factores fuertemente inflacionarios, la forma especulativa en que se desarrolló el mercado de valores y el necesario límite a su expansión, se puede entender el peligro que la situación plantea para el sistema: la posibilidad de una fuerte crisis económica, como consecuencia del excesivo "calentamiento" de la economía.

4. La Búsqueda de Mercado Externo y el Sub-Imperialismo.

Por esta razón, los mecanismos internos de la economía tienden más bien a abrir una nueva y violenta crisis. Si consideramos las relaciones externas, vemos también factores críticos: de un lado, está el vertiginoso aumento de las remesas de ganancias, pagos de servicios técnicos, royalties, etc., al capital extranjero, asimismo está el aumento de la deuda externa y la ampliación de los pagos en servicios como los fletes; de otro lado, está la necesidad de aumentar las importaciones de materias primas y máquinas para sustentar una política de "boom" económico. Debido a las señaladas limitaciones de la exportación de productos primarios cuyos precios tienden a decrecer (este es el caso del café) el país sólo puede mantenerse dentro del esquema de relaciones internacionales capitalistas en la medida en que logre abrir un nuevo campo de exportación de productos semi-manufacturados y manufacturados, y ponga para el exterior sus vastos recursos minerales.

Se abre así el capítulo de las exportaciones que buscan resolver dos problemas al mismo tiempo. De un lado, crean valores en divisas para poder pagar la deuda externa y las remesas de ganancia del capital extranjero. De otro lado, buscan un mercado que sustituya la ausencia de un mercado interno deprimido, por la imposibilidad de seguir una política reformista sin que ella asuma un sentido revolucionario.

Vivimos así una situación de alta irracionalidad. Un país que logró montar una importante base industrial se ve imposibilitado de ponerla al servicio de la mejoría de las condiciones de vida de su pueblo. En consecuencia de las inexorables leyes del desarrollo capitalista dependiente, se ve obligado (al ver derrotado a corto plazo un camino revolucionario) a aumentar su capacidad productiva para el beneficio fundamentalmente del gran capital internacional, junto al cual jugó su suerte la burguesía dependiente que domina el país.

Y lo más paradójico es que, habiendo creado una base industrial propia, su crecimiento en las condiciones dependientes obliga a un gran esfuerzo nacional para poner esta capacidad productiva al servicio del gran capital internacional produciendo, sin embargo, una ilusión de importantes avances económicos. Así como la modernización de la economía exportadora en la segunda mitad del siglo pasado creó una ilusión de desarrollo, amplió la base productiva y técnica del país, mejoró los niveles de consumo de una minoría privilegiada y permitió compatibilizar la miseria del pueblo productor con la enorme riqueza de las clases dominantes y un cierto acomodamiento de sectores medios, así también la reorientación del aparato industrial brasileño hacia el mercado internacional, crea una ilusión de progreso y de un amplio camino de desarrollo. La realidad demostró que el desarrollo hacia afuera del siglo pasado era antes un camino de retraso que de progreso, que impidió al país resolver sus grandes problemas y hundió sus grandes masas en el atraso y la ignorancia. Si analizamos con un poco de detención el nuevo modelo de desarrollo que la burguesía desesperadamente busca implantar para salvar el capitalismo en Brasil, veremos que llevará a resultados similares.

En qué consiste, pues, la cuestión? Se trata de que Brasil asuma la vanguardia en la implantación de una nueva división internacional del trabajo dentro del mundo capitalista. Vimos que en el período colonial, nosotros producíamos minerales preciosos o productos tropicales en cambio de artesanías, manufacturas y mano de obra esclava. Después, en el siglo XIX, se implantaron nuevos productos agrícolas y ma-

terias primas en cambio de las modernas manufacturas europeas. Vimos que con el proceso de industrialización continuamos exportando productos primarios, pero cambiamos las importaciones aumentando las maquinarias y materias primas industrializadas. Con esto creamos una base industrial para la producción de industrias tradicionales en las cuales hay un gran uso de mano de obra relativamente a los nuevos sectores industriales que se instalan recientemente, cada vez más automatizados. En los países centrales, particularmente en Estados Unidos donde la mano de obra es muy cara, se hace cada vez menos interesante y competitivo producir estas manufacturas tradicionales.

Aquí habría que hacer un paréntesis para llamar la atención sobre la extensión del problema. Las llamadas industrias tradicionales incluyen la industrialización de gran parte de productos agrícolas y minerales exportados desde los países dependientes, y algunas industrias más elaboradas como la textil, la de calzados, la de vestuarios, maderas, etc. En su conjunto, ellas afectan un importante sector del ingreso nacional, pero sobre todo, del empleo industrial norteamericano. Los países sub-desarrollados en general, sobre todo a través de la UNCTAD, reivindican que el gobierno norteamericano retire las altas tarifas proteccionistas que impone sobre las importaciones de tales productos. Las empresas multinacionales se interesan en dedicarse a este negocio en los países dependientes pues podrían obtener una tasa de ganancia mucho más elevada que en Estados Unidos (donde, por otro lado, no controlan muy directamente este sector que es dominado por capitales más locales) y, al mismo tiempo, abrirían nuevas fuentes de inversión a nivel mundial. Por esta razón, la UNCTAD es fuertemente apoyada por estas empresas que llegan a veces a estimular este tipo de "nacionalismo", dándole un aparente contenido revolucionario o progresista.

Tales pretensiones tienen, sin embargo, grandes barreras a vencer. De un lado, hay que considerar que la competición por muchos productos no se hace solamente por los países dependientes, otros países como Japón entran de forma mucho más masiva en esta competición. Este es, por ejemplo, el caso del sector textil en el cual la competencia japonesa puede y está liquidando sus congéneres norteamericanas, con un agravante que es el hecho de que el capital norteamericano no dispone de control sobre la industria textil japonesa. En este caso, y en muchos otros, la abertura del mercado de estos productos por parte de Estados Unidos, puede provocar la quiebra de importantes sectores en su país sin la compensación de que sea aprovechado por empresas norteamericanas

canas multinacionales (1) con filiales en los países vendedores. Esto provoca dos tipos de oposición. Una violenta oposición de los capitalistas ligados al sector tradicional que han logrado movilizar sus obreros y clases medias locales dependientes de estas industrias para imponer un clima proteccionista en Estados Unidos. Otra oposición más blanda de ciertos sectores de los capitalistas internacionales, que ven la necesidad de caminar con cuidado en la senda de la abertura del mercado norteamericano en el exterior. Solamente un sector más radicalmente internacional ve la necesidad de impulsar el camino de la abertura total que facilitaría su penetración en otras parte, e incluso, permitiría romper el bloqueo japonés y europeo a la penetración del capital norteamericano en algunos sectores.

De otro lado, hay que considerar que, en las condiciones del mundo moderno, una serie de sectores antes muy avanzados, empiezan a convertirse en tradicionales o semi-tradicionales. Este es el caso de la industria automovilística, la electrónica liviana, las máquinas-herramientas, es decir, las industrias donde predomina la gran revolución tayloriana de los años 20: aquellas donde hay importantes líneas de montaje que emplean grandes grupos de obreros para montar el producto final. En estas industrias Estados Unidos se ve desplazado a dos niveles. En primer lugar, porque no pudo modernizar importantísimas plantas industriales creadas antes de los últimos avances en la automatización y cuya modernización hoy día crearía enormes problemas de desempleo en una economía ya en dificultad para absorber trabajadores. En segundo lugar, porque su mano de obra, además de cara no está preparada para una producción de calidad, perdiendo inevitablemente la competencia hacia japoneses y europeos. Países como Brasil pueden aspirar a competir en este sector con algunos productos más especializados. Y, de hecho, está exportando hoy día hacia Estados Unidos y Europa partes de autos, algunas máquinas, partes de productos electrónicos, etc. Es indudable, sin embargo, que Brasil y otros países de nivel similar pueden competir ventajosamente con la industria norteamericana y aún europea en los mercados de los países subdesarrollados más próximos.

Las empresas multinacionales ya han tomado importantes decisiones en este sentido. Una gran parte de ellas está dispuesta a transfe-

(1) La aparente contradicción entre empresas al mismo tiempo norteamericanas y multinacionales, es una consecuencia del carácter contradictorio de la realidad de estas empresas y del capitalismo contemporáneo.

rir para sus filiales en los países dependientes, y Brasil hace un enorme esfuerzo para ser la sede de estas decisiones, gran parte de sus exportaciones hacia los mercados regionales e incluso hacia Estados Unidos y Europa, en algunos casos.

Qué ventajas tiene que ofrecer un país subdesarrollado para que sea digno de tal decisión?

En primer lugar, tiene que disponer de una sólida base industrial ya montada como es el caso del centro industrial de Brasil y consecuentemente tiene que disponer de un mercado interno capaz de justificar la instalación de las empresas. A pesar de los ínfimos ingresos de 50 millones de habitantes, le sobre a Brasil 42 millones más para consumir con un ingreso razonable.

En segundo lugar, hay que estar dispuesto a apoyar firmemente una política de exportación. Desde el gobierno de Castelo Branco se han creado mecanismos de protección a los exportadores nacionales o extranjeros con isenciones fiscales sobre los productos exportados, así mismo como para facilitar los trámites burocráticos y crear una "mentalidad exportadora". En realidad, comprendiendo las limitaciones del mercado interno, la dictadura se lanzó de cuerpo y alma en el camino de abrirse el mercado externo a toda costa.

En tercer lugar, hay que permitir el libre envío de las ganancias obtenidas en los negocios, cosa facilitada por la apertura del mercado de valores en Brasil.

En cuarto lugar, hay que disponer de un gobierno amigo y suficientemente fuerte para someter un pueblo que ve su gran capacidad productora escaparle por los dedos manteniéndose en la miseria.

Todas estas condiciones reúne Brasil en la actualidad. De ahí el gran "boom" exportador que vive el país que logró elevar su exportación de manufacturados y semi-manufacturados de unos inexpresivos 270 millones de dólares hacia cerca de 1.000 millones de dólares en 1971. La exportación de minerales y nuevos productos agrícolas y pecuarios también fue estimulada. De esta manera, gran parte del crecimiento del producto nacional bruto se debe a un aumento general de las exportaciones de 1.500 millones en 1967 hacia 3.000 millones en 1971.

Cuál es la posibilidad de que continúe este ritmo de crecimiento

de la exportación? Va a depender sobre todo, de la capacidad que tenga el grupo tecnocrático militar en ejercicio para convencer el gran capital internacional de la necesidad de apoyar una política de agresividad exportadora hacia Estados Unidos, Europa, Africa y América Latina, tomando en consideración que ella empieza a herir importantes intereses en todas estas partes. Los casos del café soluble, de los textiles y de otros productos muestran que la pelea va a ser dura. Quedan aún los países socialistas con los cuales hay buenas perspectivas de exportación.

Es indudable, sin embargo, que Brasil va a enfrentar problemas importantes en este campo, sobre todo en la medida en que aumenta su poder de negociación en un mundo ampliamente dividido, en un proceso de desintegración de un sólido esquema de fuerzas vigente desde 1945 hasta 1967.

Los altos jefes militares brasileños conciben, sin embargo, un modelo político y geo-económico que busca poner en práctica estas metas a hierro y fuego. Pero no solamente en plano interno, sino en plano internacional. Se trata del modelo sub-imperialista que se complementa lógicamente con el fascismo y el modelo de crecimiento interno conformando una misma unidad global. El concepto de subimperialismo fue forjado por Marini (1970) y analizado por otros autores como Trías (1967). La mejor enunciación de la concepción subimperialista de estos militares que dirigen el país la hizo su principal teórico, Golberí Do Couto e Silva, en su Geopolítica do Brasil al establecer su teoría del "canje leal". Según Do Couto e Silva, Brasil por sus condiciones continentales y su posición de dominio marítimo del Atlántico Sur, debe cumplir un papel especial dentro del mundo occidental. En cambio de su fidelidad a la defensa del mundo occidental, de la entrega de parte de su territorio (la base de Fernando de Noronha en Maranhao) que asegura estratégicamente el control del Atlántico Sur y de la política de alianza estrecha con Estados Unidos, este debería reconocer la hegemonía de Brasil sobre el Atlántico Sur, incluyendo América del Sur y Africa.

Esta teoría fue reformulada en el actual período de gobierno, incluyéndose como meta principal del plan de gobierno de 1970-71, la transformación del país en una potencia económica antes del fin del siglo. Se trata de imponer a través del crecimiento de la economía del sector exportador y de las medidas militares, policiales y culturales de aproximación con América Latina y Africa, entre las cuales se incluye la alianza con todas las dictaduras existentes con las cuales se formó

una abierta alianza (Portugal, Africa del Sur, Paraguay, Bolivia y Haití). Completando medidas iniciadas en el período de Castelo Branco, las administraciones posteriores han conservado una porfiada intención política de crear una industria atómica. Tales pretensiones son posibles a través de la presión que pueda ejercer el gobierno militar con las grandes reservas de uranio y otros minerales atómicos que tiene el país. Para esto ha contado hasta el momento, a pesar de la oposición norteamericana (1), con el apoyo Alemán e Israelita, cuyos conocimientos científicos y técnicos y cuyos capitales son de gran ayuda para dotar los militares brasileños de este poder de presión sobre sus vecinos.

Vemos así, que el conjunto de factores que hemos descrito forma una unidad sistemática: desarrollo económico dependiente, monopólico, concentrado y excluyente, desarrollo en base a un gran aumento de la tasa de explotación sobre los trabajadores (aumento de la tasa de ganancia en base a disminución salarial); resultado: gran disponibilidad de capitales e interés en invertir, pero el mercado interno es restringido; soluciones provisionarias: aumento del consumo civil y, sobre todo, militar del gobierno, aumento de los ingresos de la pequeña burguesía acomodada, colonización de nuevas tierras y audaz política de exportación; consecuencias: gobierno nítidamente de clase dominante e impopular, uso de la fuerza, centralización del poder, estímulo a las políticas de elites con aspiraciones hegemónicas, sustentación militar de la expansión del mercado externo, ambiciones subimperialistas, abertura total al capital extranjero que se disponga a apoyar este esquema, refuerzo de la concentración económica, del monopolio y de la exclusión de las amplias masas del desarrollo económico, reforzamiento del modelo de crecimiento.

Es evidente la inestabilidad de este modelo. Ella nace de que el crecimiento se logra no por la superación de las contradicciones básicas del sistema, sino por su acentuación. No por atender las aspiraciones de consumo y mejorías reales por parte de las grandes masas, sino apartándolas aún más de la producción y del consumo. No por realizar las reformas de estructura que permitieran crear un mercado y una pro-

(1) Esta oposición parece haber sido debilitada recientemente con la instalación de una usina de industrialización de uranio en Brasil por la Westinghouse y con la reunión de Garrastazú Méndez con Nixon, después que Brasil firmó un acuerdo atómico con la Siemens alemana, en el cual Nixon reconoció a Brasil como potencia y como el principal aliado latinoamericano.

ducción realmente significativas para su pueblo, sino escapándose de las reformas estructurales hacia la creación de un mercado artificial de minorías que lleva a la represión y la agresión. No sacando al país de la dependencia, volcando el crecimiento económico para atender las necesidades de su pueblo y garantizando que los excedentes creados por el trabajo de sus obreros se queden en el país, sino entregándolo al capital extranjero, que lleva enormes ganancias hacia el exterior, y reorientando la pequeña pero significativa base productiva instalada en los últimos 30 años para atender el mercado externo, en tanto su población se muere de hambruna.

4. El Modelo Político-Ideológico y la Búsqueda de Consolidación del Régimen.

Es pues evidente, el tipo de modelo político que acompaña y busca consolidar este modelo de crecimiento económico. Se trata de garantizar por la fuerza que los obreros acepten los bajos niveles salariales en que viven, al mismo tiempo, en que se hace una gigantesca propaganda del "milagro económico brasileño". Se trata de mantener una población creciente en el analfabetismo (1), en tanto se realiza un "boom" educacional para formar obreros especializados y técnicos en alta escala sin abrirles posibilidades de trabajo y provocando violentas frustraciones. Se trata de controlar una juventud estimulada al consumo incontrolado por un mundo publicitario insólito y buscar canalizar sus desorientados apetitos y aspiraciones para el apoyo a un régimen sin líderes de masa y sin ideales. Se trata de convencer a un pueblo que no tiene ninguna amenaza externa de la necesidad de crear enormes industrias y aparatos militares.

En estas contradicciones entre impopularidad, política restric-

(1) El gobierno ha intentado planes de alfabetización, pero nunca el suficiente para disminuir la población analfabeta. Como lo mostraron los países socialistas, el analfabetismo sólo se elimina rápidamente en los países subdesarrollados cuando se cuenta con la posibilidad de planificar la economía y la vida pública con el apoyo de la población para vastas campañas nacionales. La dictadura brasileña quiso movilizar estudiantes en esta tarea, pero sólo lo pudo hacer con minorías insignificantes frente a la amplitud del problema.

tiva, estímulo a la sociedad de consumo, política de fuerza, necesidad de apoyo para una política de crecimiento, este crecimiento en contra de los intereses fundamentales de las masas del país, etc. se debate el gobierno dictatorial y su incapacidad de llegar a una estabilidad institucional es una consecuencia de su carácter de clase. Este es el gobierno de una burguesía dependiente que, incapaz de resolver los problemas más inmediatos de su pueblo, entregó a la iniciativa insana de los tecnócratas militares y civiles la tarea de salvar a toda costa la propiedad privada en el país y para realizar esta tarea no hay otro camino político sino el fascismo, adaptado a las condiciones de una nación dependiente.

Cupo a los militares ocupar el centro del nuevo orden aún no consolidado. La razón es simple: organizados nacionalmente en la lucha contra la subversión, cuyo origen se encuentra, según ellos, en la propia incapacidad de los políticos profesionales de administrar correctamente y realizar las reformas que permitan el desarrollo, eran ellos los más preparados ideológica y administrativamente para ejercer un gobierno de fuerza. Por otro lado, el hecho de que tenían directamente la tarea de represión en un momento en que la fuerza era la única arma de supervivencia de la clase dominante, les dió un rol estratégico en el esquema político de la clase dominante.

Los militares en el poder se vieron en una situación de crisis muy aguda, cuyas características fundamentales fueron descritas por nosotros, y tuvieron que recurrir a los mejores técnicos e intelectuales de la clase dominante, al mismo tiempo que ahogaron a hierro y fuego toda oposición en todos los planos, para poder implantar un régimen que garantizase la supervivencia de un sistema socio-económico completamente fallido. La alianza de la tecnocracia militar y civil se hizo con absoluto desprecio por la oposición, sea popular, sea burguesa. Cabía a estos hombres interpretar los intereses de la clase dominante, aún cuando algunos de sus miembros protestasen. Los políticos tradicionales que eran los voceros de las varias clases y capas de la población, pasaban a ser entendidos como fuerzas a las cuales cabía consultar, sin que tomasen cualquier iniciativa propia que pudiese afectar la marcha de las decisiones del grupo en el poder.

Es evidente, que este esquema llevará a varias crisis. El grupo en el poder en el primer momento, era altamente unificado ideológica y políticamente. Era el grupo de la Escuela Superior de Guerra, más los principales técnicos, sobre todo, el economista Roberto Campos, del

gran capital. Su política de estabilización monetaria, de entrega al capital extranjero, de lanzar las bases internacionales para la exportación y para la afirmación del país como potencia ha sido en general irreductible. No le faltó flexibilidad táctica, pero ella fue siempre en sectores restringidos. La clase dominante aceptó tranquilamente y de buenas ganas las restricciones que se le impuso, pues se acordaba aún de las masas en las calles y sentía la fuerza de la oposición interna, la insatisfacción popular, cuyo carácter explosivo no se debía ignorar.

El grupo en el poder tenía pues a su lado esta gran ventaja: el deseo de estabilidad de las clases dominantes sobrepasaba cualquier otra consideración. Los intentos conspirativos del período, liderizados por sectores que habían participado del golpe de 1964 y habían sido postergados, quedaron siempre en el borde de la insurrección. La respuesta violenta del grupo en el poder paralizaba los adversarios que de ninguna manera se disponían a usar la fuerza que habían acumulado, por el miedo de sus consecuencias.

El primer triunfo de los enfrentamientos internos en el grupo dominante sólo se pudo dar cuando se logró reunir el conjunto de los dirigentes militares en contra del grupo de Castelo Branco en 1966. El entonces Ministro de Guerra, Costa e Silva, fue la expresión de esa unidad de fuerzas de un amplio sector de la clase dominante, temerosa de la excesiva rigidez del esquema Castalista (o de la Escuela Superior de Guerra o aún el grupo "Sorbonne"). Castelo Branco exigió, sin embargo, la institucionalización del régimen a través de una constitución, como condición para entregarle el poder a su Ministro de Guerra, por el cual tenían un supremo desprecio. Costa e Silva en el poder significaba la vuelta a una cierta libertad política para los políticos profesionales que quedaban, los cuales lo habían apoyado alegremente.

Pero los sectores más cautos de la clase dominante tenía razón: el régimen no podía y no puede soportar la más mínima y controlada oposición. En los comicios electorales del período, se empezó a sentir la debilidad del gobierno, en seguida en el enfrentamiento con el movimiento estudiantil, en las elecciones sindicales, en la vida intelectual y artística: todo lo que había de vivo en el país mostraba un odio violento a la "Revolución Gloriosa" del 1° de Abril de 1964. En defensa del gobierno sólo habían las organizaciones fascistas financiadas por los latifundistas decadentes y los empresarios de derecha. En poco tiempo fue posible constatar que sólo la fuerza podría garantizar el régimen. Hemos hablado ya de la nueva ola represiva a partir de Diciembre de 1968.

¿Cómo se estructura este régimen de fuerza?

El ejecutivo es la única autoridad en el país. Los legislativos son completamente impotentes y no tienen ninguna iniciativa. En el máximo cumplen una función consultiva. La autoridad máxima ejecutiva, el actual presidente, fue escogido en una poco democrática votación dentro de las fuerzas armadas, pues el candidato que venció la primera votación (General Alburquerque Lima) fue descalificado y se presentaron en seguida 3 candidatos por los altos mandos. Los gobernadores de los estados fueron nombrados por el presidente y las autoridades municipales son fruto de las situaciones más diversas.

El comando del Estado Mayor es la principal fuerza deliberativa del país, en un plano ampliado, en el Consejo de Seguridad del Estado participan aún los ministros y otras autoridades. El Servicio Nacional de Inteligencia es el principal mecanismo de control y decisión sobre el personal del servicio público. Más abajo, los servicios secretos de las 3 Armas y las organizaciones policiales dedicadas a la represión de la "subversión", conforman una fuerza cuya autoridad se encuentra muchas veces sobre los ministros. Muchos de ellos han "confesado" a la oposición una incapacidad de intervenir en cuestiones de seguridad (1).

Las cámaras legislativas municipales, estatales y federal, tienen un funcionamiento muy irregular bajo constante presión y es solamente a este nivel que la "oposición" consentida reunida en el Movimiento Democrático Brasileño puede disponer de una restringida tribuna. Los

(1) Uno de los ejemplos más notorios fue el del ex-diputado Rubens Paiva, ingeniero y empresario, hombre ligado a la oposición legal o consentida y a la clase dominante brasileña. El fue preso en su casa por motivos ignorados y muerto en la mesa de tortura a la cual no resistió por su edad. Su familia no logró jamás recuperar su cuerpo. El ejército y la policía negaron su muerte diciendo que había sido raptado por sus "compañeros" de las manos de la policía. Ni la intervención del cardenal y de altas autoridades pudo conseguir alterar la decisión policial de mantener esta versión y de no entregar su cuerpo. Casos como este se reproducen todos los días. Ver folleto "La dictadura mató a Rubens Paiva", del Frente Brasileño de Informaciones y los Cuadernos Brasileños, N° 1: "Pena de Muerte en Brasil: de los hechos a la Legalidad Fascista". Una visión global de las torturas se encuentra en Brasil: Represión y Tortura. Ed. Orbe, Santiago, 1970.

diarios, revistas y editoriales son sometidos a la censura pero, sobre todo, a la "auto-censura", según normas generales expedidas por el gobierno, militares y policías. Si se rebasa los niveles permitidos, se sufren cierres de diarios, sanciones económicas, aprehensiones de ediciones. La "oposición" consentida se redujo, en tales condiciones, a no disponer de ningún órgano sistemático, sino a contar con apoyos circunstanciales y eventuales en la prensa. Las fuerzas revolucionarias en armas no cuentan con ninguna cobertura en la prensa actual, aunque sea para publicar sus declaraciones, militantes presos, etc. Sobre esa materia sólo se publican los comunicados policiales en forma abierta o de "reportajes".

Este régimen de terror no es grato a las clases dominantes nacionales, sobre todo, cuando se considera que algunos de sus hijos fueron sometidos a él, ni tampoco a la gran burguesía norteamericana y europea que invierte en el país. Esto, sin embargo, no significa que no apoyen esta política sin querer comprometerse mucho con ella. De hecho, no sólo la apoyan sino financian el armamento y el sustento de sus ejecutores. Es significativo el caso del Escuadrón de la Muerte, grupo de policías que se dedica a matar criminales del hampa que no se someten a sus esquemas propios de contrabando de drogas y otras actividades. Un fiscal público de nombre Helio Bicudo, reveló claramente (con apoyo de algunos órganos de prensa asustados con tales "excesos"), gran parte de las actividades ilegales de esta banda de policías, inculcando fuertemente al jefe de la represión política en S. Paulo, Sergio Fleury, y demostrando incluso, la responsabilidad directa del Escuadrón de la Muerte en el contrabando de drogas (1). En el auge del proceso, el fiscal Helio Bicudo fue demitido y la continuación del proceso fue entregada a los órganos policiales directamente involucrados en los crímenes pesquisados.

Es fácil ver la complicidad de toda la clase dominante en relación a esta política, cuando se lee en la prensa internacional una campaña sistemática sobre el "milagro brasileño". En ella, se resaltan los índices de crecimiento económico, sin hacer referencia al carácter y a la calidad de este crecimiento altamente lesivo a los intereses del pueblo. No se hace referencia a la rebaja de los salarios, a la miseria creciente, al analfabetismo irreductible, etc. Peor aún, se busca justificar con ta-

(1) Los marginales muertos, eran en general, o miembros de bandas rivales de contrabandistas o elementos independientes que no se sometían al control del Escuadrón.

les índices lo que esa prensa llama "los excesos policiales". Cuáles son estos "excesos"? Según datos del Frente Brasileño de Informaciones no contestados, solamente en el año de 1971 hubo condenas de cerca de 400 presos políticos y se mataron otros 100 en las calles y dentro de las prisiones brasileñas. Actos de este tipo fueron revelados en una Comisión del Senado norteamericano, por la Cruz Roja, por la Comisión Amnesty, en la Comisión de Derechos Humanos de la OEA, etc. Ellos no han provocado la más mínima reacción de ningún gobierno. Por el contrario, además de las formas normales de colaboración, el presidente Garrastazú Médici fue convidado por Richard Nixon a discutir los objetivos de su viaje a China y URSS, y el presidente norteamericano reconoció en Brasil una potencia con el derecho de representar los intereses de los pueblos latinoamericanos.

El esquema político que han establecido los militares brasileños ha demostrado así, un fuerte respaldo en los intereses económicos, políticos y asimismo, culturales de las clases dominantes a nivel mundial. No hay duda que hay intentos de moderar este régimen a través de una relativa institucionalización de su funcionamiento, basada en el restablecimiento de la constitución de 1966, establecida por Castelo Branco y considerada en suspenso por la Acta Institucional N° 5 de Diciembre de 1968, firmada por Costa e Silva bajo fuertes presiones de los militares duros. El ex-ministro Roberto Campos, hoy dirigente de un importante Banco de Inversiones formado por fuertes grupos internacionales y hombre de liderazgo del grupo castelista, ha escrito un artículo en el diario O Globo donde reafirma la superioridad del modelo económico brasileño, basado en "una espléndida disciplina salarial" frente al fracaso de los militares argentinos que no lograron rebajar el salario de sus obreros. Pero, al mismo tiempo, considera una debilidad definitiva la incapacidad de crear un modelo político capaz de consolidar esta victoria económica. Campos reconoce la dificultad de conciliar cualquier forma de democracia con esta "maravillosa disciplina salarial", pero apunta hacia la necesidad de correr el riesgo menor de la consolidación institucional con crisis, de no dejar ningún camino legal de oposición en el país.

Las vueltas que tienen que hacer tales argumentaciones, demuestran la debilidad intrínseca del sistema. El no puede ni aprovecharse de manera significativa las facilidades creadas por el actual crecimiento económico, cuyos índices muy elevados no ocultan la inestabilidad en que se basa, la especulación, la necesidad de controlar un mercado internacional que no se puede manejar y que además está en crisis. Pase lo que

pase, el modelo político que se propone no podrá ultrapasar los marcos de una liberalización muy restringida que difícilmente logrará satisfacer las masas del país.

La lógica del sistema continúa pues imponiéndose, como lo señalamos en el principio de este capítulo: el destino del actual régimen es fascitizarse continuamente. Represión, terror, concentración de poderes en los militares y en los grupos organizados para-militares que los apoyan, restricción de los órganos legislativos y órganos consultivos, oposición popular creciente, más represión, etc. Este esquema político es coherente y solidario al esquema económico que hemos descrito. Esto no significa que no pase por constantes intentos de liberalización. Esos hacen despertar los fuertes anhelos revolucionarios del pueblo y obligan a la clase dominante a aumentar aún más la represión, siempre que lo pueda

5. La Oposición y sus Perspectivas.

El golpe militar de Abril de 1964, desorganizó completamente el movimiento popular brasileño en su capacidad de articulación nacional. La izquierda brasileña se componía en este momento, de un conjunto de fuerzas políticas muy confusas ideológicamente.

La más importante del punto de vista histórico y orgánico, era el Partido Comunista Brasileño, fundado en 1922. Su historia ha sido dura, pues ha vivido la mayor parte de ella en la clandestinidad. Sólo en 1945, fue legalizado, pero en 1947 fue ilegalizado otra vez. En 1958, su dirigente Luis Carlos Prestes fue liberado de un proceso que le dió otra vez una fisonomía de partido semi-público. Su influencia en la clase obrera creció mucho y en 1961, ganó la dirección del movimiento sindical brasileño en alianza con una nueva generación de líderes sindicales del Partido Laborista. Se creó entonces un Consejo General de Trabajadores que empezó a funcionar semi-oficialmente como una Central de Trabajadores. En el movimiento estudiantil su influencia era menor, ya que la Acción Popular, organización izquierdista de base cristiana, había ganado el control del movimiento en plano nacional. En el movimiento campesino, las Ligas Campesinas dirigidas por el Movimiento Radical Tiradentes, y otras fuerzas de izquierda formaban una facción dominante, en tanto que la Unión de Labradores y Trabajadores

Agrícolas, de menor expresión, tenía la hegemonía del PCB (había en el campo muchos movimientos de orientación confusa e incluso derechista, particularmente los dirigidos por curas y organizaciones pagadas por AID, la CIA, etc.). Entre los militares el PCB tenía influencia en los sectores de oficialidad nacionalista, pero entre los sargentos y soldados prevalecía la influencia de Leonel Brizola y los grupos de once (organizaciones de 11 individuos en núcleos con objetivos revolucionarios bajo el liderazgo de Brizola y dentro de una orientación nacionalista de izquierda).

A la par de estas fuerzas, la Política Operaria (POLOP), disponía de posiciones en el movimiento estudiantil y había alcanzado influencia en los movimientos campesinos, de pobladores, entre los sargentos, marineros y obreros. Pero esta era una influencia relativamente difusa en sectores de vanguardia. Así también el Partido Comunista do Brasil, escisión pro-china del PCB, había logrado influencias dispersas en el movimiento de masas.

Estas fuerzas se dividían en una orientación nacionalista que liderada por el PCB, reunía la mayoría del Partido Laborista y los sectores de otros partidos que componían el Frente Parlamentario Nacionalista. Su verdadera dirección pública y con control sobre las masas la tenía el presidente Joao Goulart. Esta posición se resumía en la idea de que había que formar un amplio frente de clases que incluye los obreros, los campesinos y la burguesía nacional, en contra del enemigo externo - el imperialismo. Según el PCB, el principal elaborador de esta línea, cabría a la clase obrera luchar por obtener la hegemonía de este frente, pero ésta no era una condición para el frente.

De otro lado, estaba la orientación que planteaba el fracaso de la política nacionalista debido a la integración entre la burguesía nacional y el imperialismo y la necesidad de formar un frente de trabajadores que incluyese los obreros, los asalariados, agrícolas y la pequeña burguesía rural y urbana. El liderazgo ideológico de esta posición, lo tenía la Política Operaria (POLOP) a pesar de su debilidad orgánica. Alertando para el peligro de una política de movilizar las masas bajo el dominio ideológico (nacionalismo) y político (Joao Goulart) de la burguesía, mostraba la necesidad de la derecha de recurrir al golpe y al fascismo como única solución para defender el régimen, frente al inevitable fracaso del liderazgo reformista en controlar estas masas que buscaban un camino socialista. Esta posición atraía eventualmente sectores más radicales del Partido Laborista, e incluso, de la juventud del PCB como los aconteci-

mientos posteriores lo van a demostrar, también el Movimiento Radical Tiradentes (que se dividió en 1962-63) y en sectores del PC do Brasil. La POLOP llamaba a la formación de un frente de izquierda que reuniera todas las fuerzas de izquierda incluyendo el PCB, buscando apartarlo de la Alianza con Goulart y los sectores burgueses que se presentaban como nacionalistas, antes que triunfara el golpe y el fascismo.

La corrección teórica del análisis de la POLOP se hizo patente en el golpe de 1964, y a partir de entonces sus concepciones empiezan a tener un rol determinante en la evolución de la izquierda brasileña, pero esto, no fue acompañado de una base orgánica y política capaz de sacarle las consecuencias prácticas. Entre 1964 y 1966, la izquierda brasileña buscará encontrar un camino de ajuste a las nuevas condiciones. Las iniciativas más dispersas surgieron en varias partes configurando un conjunto de elementos que van a presentarse posteriormente de forma más desarrollada. Entre 1967 y 1968, se va a definir una ofensiva popular que es reprimida entre 1969 y 1970. El conjunto del movimiento de oposición al gobierno se puede dividir en tres grandes vertientes:

a) La oposición legal, de contenido predominantemente liberal, que ya en 1964 mostraba sus limitaciones. Buscaba utilizar las posiciones de poder que aún disfrutaba para pedir al gobierno que este se auto-liberara. Las críticas muy moderadas a los atropellos al poder judicial y legislativo, a los poderes ejecutivos regionales, a los intelectuales y a la universidad, a las organizaciones sindicales y de masa en general, llevaron algunas veces a pequeños intentos de rebeldía que fueron en general respondidos con medidas drásticas.

Para poder supervivir legalmente, la oposición liberal tuvo que recurrir a una constante autocensura y una reducción de su programa a cuestiones muy generales. Después de la dictación de la Acta Institucional N° 5 en Diciembre de 1968, la oposición liberal logró supervivir en función de un largo trabajo de arreglos de todo tipo, limitando su programa liberal a la revocación del Acta N° 5 y la vuelta a la Constitución de 1966. El surgimiento en su conferencia de 1971 de una tendencia que pedía la formación de una Constituyente en el país, fue considerado como una expresión de "infantilismo" político y rechazada por la dirección del partido (MDB).

Esto no significa, sin embargo, que la oposición liberal está completamente liquidada en el país. Ella cuenta con respaldos internacionales, sobre todo, en la opinión pública pequeño burguesa y expresa

los anhelos de las clases medias y sectores del movimiento de masas que buscan impedir la total fascistización del país. Sus límites son sin embargo evidentes, cuando analizamos la lógica del régimen debido al esquema económico en que se fundamenta. La posición liberal no puede sino aprovecharse de circunstancias de abertura política que son también necesarias al sistema, para plantear sus reivindicaciones. Ella no puede, sin embargo, aspirar a retomar el poder sin que mediase una situación de crisis muy aguda. Pero, peor aún, ella no tiene un programa que ofrecer para el caso de llegar al poder. Un camino de reformas estructurales lleva inevitablemente al socialismo, en las condiciones brasileñas de hoy día. Si defendiera las reformas estructurales y el derumbe de la dictadura, la oposición liberal se negaría a sí misma y se haría socialista.

Viviendo todas estas vacilaciones y dificultades, no es pues difícil de entender porque ella disminuye a cada día y se ve sin bases y sin un programa claro.

b) El otro sector de la oposición tiene una cierta independencia política del anterior y busca constituirse en bases más sólidas. Se trata del movimiento de resistencia clandestino organizado básicamente en torno del movimiento sindical, campesino, estudiantil y de barrios populares. Dada la intervención en los sindicatos y la falta de garantías, los obreros, campesinos y estudiantes buscan organizarse de forma clandestina con o sin el apoyo o control de una organización política. Ya en 1964, surgieron gérmenes de esta forma de organización con la formación de los grupos de 5 personas con objetivos de resistencia. Entre 1966 y 1968, los centros de alumnos eran semi-clandestinos e incluso, la Unión Nacional de Estudiantes hizo 4 congresos en la clandestinidad, así también comisiones obreras en las empresas operaban clandestinamente en alianza o no con los sindicatos, llevando a la conducción de amplias huelgas como las de los bancarios y de las ciudades industriales de Contagen y Osorno.

Fuera del movimiento estudiantil, no se sabe de ningún intento de articular regional y nacionalmente el movimiento de resistencia, motivo por el cual se vió muy debilitado. Las organizaciones políticas divididas en varios grupos se mostraron más interesadas, sea en organizar sus propias células, sea en reclutar cuadros para las acciones armadas, de acuerdo a la orientación que las presidía, que en formar un fuerte y unido movimiento de masas clandestino.

c) La tercera vertiente de la oposición hizo sus primeros pasos también en 1964.

Se trata del movimiento guerrillero considerado como el germen del ejército revolucionario. No es el caso de discutir aquí los detalles de la concepción que orientó tales movimientos (sobre la izquierda brasileña en el período de 1964 a 1971, ver Marini, 1971 A). Hay que señalar solamente que él estuvo bajo el predominio de la concepción del "foco armado", cuya expresión más desarrollada se encuentra en Debray (1967). Tan grande era la fuerza de esta concepción que llegó a influir fuertemente en la orientación de la POLOP entre 1964 y 1966. De hecho, en 1964 fue preso un grupo de marineros, estudiantes, obreros e intelectuales de esta organización en Río de Janeiro en vísperas de desplazarse hacia el campo. Las preparaciones guerrilleras continuaron entre 1965 y 1967. En este período, hubo un intento de acción de propaganda armada en el Sur, dirigida por un oficial, hubo actos de acciones aisladas y después de una vasta operación militar se prendió ya en el campo un grupo de ex-sargentos expulsados de las fuerzas armadas durante el golpe de 1964.

La guerrilla aparecía, para la mayoría de las fuerzas de izquierda, como única forma posible de desafío armado al sistema, pero se hacía cada vez más difícil llegar hasta el campo. De ahí surgen las experiencias de empezar acciones armadas en la ciudad con el objetivo de juntar recursos y material para desplazarse hacia el campo. Las varias organizaciones político-militares que surgen en este período van a iniciar este proceso de lucha sin una mínima preparación anterior, divididas en varios pequeños grupos, sin un programa unificador y sin un comando nacional.

En el primer momento, se produce una situación favorable. Las acciones armadas surgen en una situación de ascenso general del movimiento de masas entre 1967-68. Hay fácil contacto con las masas, hay muchos cuadros jóvenes con disposición de lucha, la represión se encuentra despreparada para responder a un movimiento de tal magnitud. Pero en vez de aprovecharse de estas circunstancias favorables para forjar una fuerte organización partidaria, clandestina y armadas, los movimientos bajo la inspiración del "foquismo" desprecaban la organización partidaria, la organización clandestina y la lucha legal.

La primera se entendía como una expresión de burocratismo. Carlos Mariguela, líder de una fuerte fracción que abandonó el P.C.B.,

se niega a unificarse con sus camaradas Mario Alves y Gorender, que van a dar origen al Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR), bajo la alegación de que no había que formar un nuevo partido burocrático. El propio PCBR va a reducirse a un grupo armado en poco tiempo. El fuerte sector que abandonó la Política Obrera (POLOP), se recusa a formar un partido y va a dar origen a dos organizaciones de acciones armadas de mayor expresión nacional (la VPR y la COLINA que se juntarían en 1969 para formar la VAR Palmares, cuya autocrítica de la concepción foquista llevó a una cisión que reorganizó una nueva VPR). No hay que entrar en el complejo mundo de las siglas, organizaciones y grupos cuya estabilidad política es muy relativa. Hay que señalar, sin embargo, que todas las organizaciones de izquierda sufrieron escisiones "foquistas" o militaristas entre 1967 y 1969 (el PCB, el PC do Brasil, la AP y la POLOP) que llevaron casi la mayoría de sus cuadros.

Qué explica este movimiento de disgregación de fuerzas? De un lado, está la explosión de la orientación reformista que el PCB imprimió al movimiento popular entre 1956 y 1964. Al no hacer una severa autocrítica de esa posición sino, al contrario, auto-criticarse por inexistentes desvíos de izquierda, el PCB se condenaba a no responder definitivamente a la coyuntura del país. De otro lado, la POLOP y las otras organizaciones de izquierda que defendían un camino revolucionario, al mostrarse orgánica y tácticamente incapaces de abrir un cauce para las energías revolucionarias del país, lanzaban las bases de su disgregación.

La separación mecánica entre la lucha legal, la lucha clandestina, la de masas y las acciones armadas y la subdivisión de las fuerzas de izquierda en grupitos inexpresivos, fueron los factores que hicieron perder el gran ascenso de masas que se produjo entre 1967 y 1968. El amplio movimiento que se desarrolló en el período se vió sin rumbo y sin salida. Debilitado y vacilante, fue presa fácil de la represión gubernamental después de haber vencido las policías militares en las calles.

Aplastado el movimiento de masas, instaurada la censura, cerradas las organizaciones de masa legales y reprimidas las clandestinas (la dictadura prendió a los 800 participantes de un congreso anual de estudiantes), la represión se volcó sistemáticamente hacia el movimiento guerrillero que había sido aislado de cualquier base orgánica en la población. De ahí en adelante, los revolucionarios se vieron acorralados en las calles de Río, S. Paulo, Belo Horizonte, Porto Alegre y Recife, o cercados en campos de entrenamiento rural como en el Valle de la Ribeira, en el interior del R. Grande do Sul, etc. Con heroísmo y decisión

ellos lograron varias victorias tácticas -en una situación estratégica absolutamente desfavorable- como los raptos de los embajadores norteamericano y suizo, actos de propaganda importantes, rompieron el cerco del Valle de la Ribeira, etc. Pero centenares de revolucionarios fueron muertos en las calles o en cámaras de tortura sin que la opinión pública lograra saber lo que pasaba, las organizaciones fueron violentamente golpeadas en sus direcciones y cuadros de base. La policía y los servicios secretos militares se coordinaron y crearon mecanismos masivos de represión y terror que apartaban los aliados de los revolucionarios.

Los años de 1969 hasta 1971, han sido de duras derrotas para la izquierda, cercada por todos los lados y frente a una enorme ofensiva publicitaria del gobierno para ganarse la opinión pública, ofreciéndole como compensación las ventajas futuras que el crecimiento económico en curso pareciera venir a entregar a todos. La confusión ideológica de los obreros, es pues evidente. De un lado, ven el régimen recuperarse económicamente en torno de un milagro del cual no participa. De otro lado, ven las fuerzas de izquierda en una pelea directa con las fuerzas de represión del gobierno sin ofrecerle ningún camino de lucha propia.

Pareciera pues que la situación es desesperada para las fuerzas populares. Sin embargo, el crecimiento económico sostenido en 4 años, empieza a poner cuestiones no tan nuevas. Podrá el puro mercado externo y el de las clases medias altas garantizar el consumo necesario para las industrias tradicionales que son las que más gente emplean? Quién consumirá los productos de las industrias creadas por las amplias inversiones hechas? El problema del mercado interno vuelve a inquietar al capitalismo brasileño. Hemos visto, sin embargo, que sólo reformas profundas pueden resolver tales problemas y vimos la dificultad de que la burguesía los haga. Hay, por lo tanto, fuertes dilemas reales que ciertamente se plantean a las fuerzas que apoyan al gobierno.

En segundo lugar, justifica el crecimiento económico una represión tan fuerte, sobre todo, el pueblo? Esta es otra cuestión que debe preocuparle, al menos a un sector liberal aún importante. Sobre todo, en la medida que el desarrollo económico necesita de una efectiva colaboración y entusiasmo popular, el cual se encuentra limitado por los pocos beneficios materiales del sistema. La represión busca así, obligar a producir a los obreros y proteger la autoridad patronal. Pero, es evidente que este sistema crea profundas tensiones. La represión disminuye asimismo el apoyo de los intelectuales y científicos tan necesario a

un desarrollo sostenido en la nueva etapa de acumulación capitalista.

En tercer lugar, los movimientos de masa empiezan a renacer en pequeñas huelgas, reorganizaciones sindicales y estudiantiles, se abre una coyuntura electoral, la oposición liberal intenta romper el bloqueo de la censura de prensa, etc. Las masas rurales han demostrado violentas disposiciones de rebeldía al tomar ciudades, trenes y regiones del noreste del país y aún en otras regiones hay choques en el campo.

Pareciera que el movimiento de masas tiende a resurgir después de muy poco tiempo de retroceso, lo que indica su disposición de lucha. En Brasil no hubo una guerra civil que liquidase enormes sectores de las masas como en España o masivos enfrentamientos de milicias como en Italia y Alemania fascistas. Por esta razón, el régimen militar brasileño no pudo consolidar su carácter fascista de una manera abierta. Quizás esto se pueda hacer en una nueva ola represiva, pues el aparato para tal fin ya existe. De ahí el grave peligro que la situación presenta. Si el nuevo ascenso de masas que empieza a dibujarse, no encuentra un cauce revolucionario que sepa combinar las 3 vertientes del movimiento de oposición, difícilmente habrán victorias parciales significativas. En tal caso, puede ser el comienzo de una negra era para Brasil. Por increíble que pueda parecer, un período aún más duro de represión, barbarie y violencia que lance toda la vida del país en un régimen totalitario donde se termine de una vez por todas con las apariencias legales actuales, cortando toda respiración al pueblo e imponiendo una ideología fascista a una nueva generación de jóvenes, creada en los últimos 8 años de dictadura.

En 1962, advertíamos el golpe de estado como inevitable frente a la política capitulacionista de Goulart (1)*, en 1964, llamábamos la atención sobre el implacable desarrollo fascista de la dictadura (2)*, en 1966, lo reafirmamos en otro trabajo más elaborado, con un análisis de la política económica y de los resultados favorables para las clases dominantes que ella traería (3)*. Cada vez tenemos más confianza en el esquema interpretativo de la crisis brasileña que hemos manejado y creemos poder, en base a él, llamar la atención sobre los duros momentos de confrontación que sucederán a un intento de consolidar una imagen pública más liberal de la dictadura actual.

El inflexible dilema continúa por detrás de los momentos en que

(*) Ver notas (1), (2) y (3), al final.

predominan los aspectos conciliadores. Lo que no debe llevar, sin embargo, a no comprender la importancia de utilizarse estos momentos para acumular fuerzas en los 3 planos señalados -el legal, el clandestino, y el armado. Ni tampoco que no se puedan producir importantes victorias parciales, absolutamente necesarias para el avance del conjunto del movimiento. La lucha entre el socialismo, como única alternativa popular, y el fascismo, como única alternativa capitalista, continúa sin embargo, siendo la clave del proceso brasileño.

Notas (1), (2) y (3) de página 99.

(1) Entre otros recojemos los textos siguientes de nuestros trabajos:

"Tórnase cada vez más apretada la faja de la conciliación y las posibilidades de juego propio de la burguesía progresista. Todo indica que ella durará algún tiempo, pero terminará por adherir en su mayoría a las fuerzas reaccionarias. En segundo lugar, quedó claro que el golpismo continúa a ser una fuerza viva en el país y reaparecerá próximamente. No sólo porque la solución conciliatoria permitió que sus líderes continuasen ilesos, más principalmente porque es la única solución para el camino capitalista en Brasil, como lo hemos visto".

"La crisis de Agosto: ensayo de interpretación", Revista Brasiliense, N° 38, Nov. - Dic. de 1961.

"El recrudescimiento de los sectores más reaccionarios del país, representados por el fascismo de Lacerda y de ciertos grupos militares, exigirá una definición de la burguesía progresista que intenta mantenerse en el centro, como bien lo expresan sus documentos políticos. No parece posible que su mayoría se defina por los sectores populares. Todo esto lleva a una radicalización de todas las capas populares en contra del golpismo y las tendencias dictatoriales que aparecen como la única solución para el capitalismo brasileño".

"El movimiento obrero en Brasil", Revista Brasiliense, N° 39, Enero - Febrero, 1962.

Bibliografía

"En Brasil parece ser que estamos cerca de la solución dictatorial y militar (para la burguesía), porque la literatura escondida del gobierno de unidad nacional está cada día más incapaz de gobernar. Este parece ser el destino de Brasil para los próximos meses y años".
"Quais sao os Inimigos do Povo?", Ed. Civilizacao Brasileira, Río, 1962.

- (2) "De todo esto podemos concluir entonces que existen objetivamente las condiciones sociales para desarrollarse un movimiento fascista en Brasil. Otra cuestión es la posibilidad o no de que llegue al poder".

Después de analizar las limitaciones del movimiento fascista en Brasil, continuamos:

"El fascismo, en consecuencia de esas limitaciones, se transformó en un apéndice de la contra-revolución pro-imperialista y latifundista, constituyéndose en su sector más radical. La característica fundamental del gobierno actual reside en que él es un régimen de compromiso entre esas fuerzas y el sector liberal de la burguesía, que se vió obligada a aliarse a ellas por su imposibilidad de continuar las transformaciones progresistas, debido a sus límites económicos y políticos". (.....) "La misión del fascismo en Brasil es someter totalmente este sector, minar totalmente sus bases liberales, limitar su influencia sobre el Estado de manera de permitir una política de represión total al movimiento popular".
"La ideología fascista en Brasil", Revista Civilizacao Brasileira, año I, N° 3, Julio, 1965, Río de Janeiro.

- (3) "El fascismo representa una amenaza creciente originada por el fracaso del actual bonapartismo de cúpula desmoralizado frente al pueblo. Es innegable que tal movimiento crecerá en el país en la medida en que el actual gobierno (Castelo Branco) se muestra incapaz de reprimir efectivamente al movimiento popular y de organizar un sector activo de la población para apoyarlo y difundir la represión. Los fascistas ven un papel importante en la articulación de nuevos golpes que se anuncian en el país (ver el acta institucional N° 5, la caída de Costa e Silva, etc. nota actual) y a través de esos se harán absolutamente necesarios en un nuevo esquema de poder. De ahí en adelante, el fascismo iniciará la marcha hacia el poder; posiblemente a la sombra del auxilio del propio gobierno de transición".
"Socialismo o Fascismo: dilema latinoamericano", PLA, Santiago, 1970, redactado en 1965, primera publicación en 1966.

ALARCON, RODRIGO,

Brasil: Represión y Tortura, Ed. Orbe, Santiago, 1970.

AMARAL, AZEVEDO,

O Estado Autoritario e a Realidade Nacional, José Olympio. Ed. R. de Janeiro, 1938.

BASTOS, ABGUAR,

Prestes e a Revolucao Social, Ed. Calvino, R. de Janeiro, 1946.

BAER, WERNER,

A Industrializacao e a Desenvolvimento Económico do Brasil, Fundacao Getulio Vargas, R. de Janeiro, 1966. En Inglés: Industrialization and Economic Development in Brazil, Richard D. Irwin, Inc., Homewood, 1965.

BOXER, C. R.,

The Golden Age of Brazil, 1695-1750, 1962.

BRASIL,

Boletín del Ministerio del Trabajo, Industria e Comercio. Publicado entre 1930 y 1945. Importante documentación empírica y teórica sobre el período del Estado Nuevo.

- BUARQUE DE HOLANDA, SERGIO, Historia Geral da Civilizacao Brasileira, Dif. Européia do Livro, S. Paulo, 1960-1971.
- CARDOSO, FERNANDO H., Empresario Industrial e Desenvolvimento Económico no Brasil, Difusao Européia do Livro, S. Paulo, 1964.
- CARDOSO, FERNANDO H. y FALETTO ENZO, Dependencia y Desarrollo en América Latina. Ed. Siglo XXI, México, 1959,
- CARONE, EDGARD, A Primeira República, Difusao Européia do Livro, S. Paulo, 1969.
Revolucoes do Brasil Contemporaneo, DESA, S. Paulo, 1965.
- COHN, GABRIEL, Petróleo e Nacionalismo, Difusao Européia do Livro, S. Paulo, 1968.
- DEBRAY, REGIS, Revolución en la Revolución, Punto Final, Santiago, 1967.
- DO COUTO E SILVA, GOLBERY, Geopolítica do Brasil, José Olympio Editora, R. de Janeiro, 1966.
- DOS SANTOS, THEOTONIO, El Nuevo Carácter de la Dependencia, Cuadernos del CESO, Santiago, 1968.
The Changing Structure of Foreign Investment y Foreign Investment and Large Enterprise en Latin America: Reform or Revolution, un reader por Petras y Zeitlin, Fawcet Premier Book, 1968A.
- DA CUNHA, EUCLYDES, Os Sertoes, varias ediciones. Traducción norteamericana, Rebellion in the Backlands, 1944.
- EINAUDI, LUIGI R., y STEPHAN III, ALFRED C., Latin American Institutional Development: Changing Military Perspectives in Peru and Brazil, The Rand Corporation, R-586-DOS, Santa Mónica, April 1971.
- FREYRE, GILBERTO, Casa-Grande e Senzala, José Olympio Ed., R. de Janeiro, 1936. En inglés: The Master and the Slaves, 1946.
Sobrados e Mucambos, José Olympio Ed. R. de Janeiro, 1951. En inglés: The Mansions and the Shanties.
Ordem e Progresso, José Olympio Ed. R. de Janeiro, 1959.
- FURTADO, CELSO, Formacao Económica do Brasil, Fundo de Cultura, R. de Janeiro, 1964. En inglés: Economic Growth of Brazil, 1963.
- GUILHERME, WANDERLEY, Introducao ao Estudo das Contradicoes Sociais no Brasil, ISEB, R. de Janeiro, 1963.
- GUIMARAES, PASSOS, ALBERTO, Quatro Séculos de Latifundio, Ed. Paz e Terra, R. de Janeiro, 1968.
- IANNI, OCTAVIO, Estado e Capitalismo, Ed. Civilizacao Brasileira, R. de Janeiro, 1965.
Industrializacao e Desenvolvimento Económico no Brasil, Ed. Civilizacao Brasileira, R. de Janeiro, 1963.
- IANNI, OCTAVIO y OTROS, Política e Revolucao Social no Brasil, Ed. Civilizacao Brasileira, R. de Janeiro, 1966.
- JAGUARIBE, HELIO, Desenvolvimento Económico e Desenvolvimento Político, Ed. Fundo de Cultura, R. de Janeiro, 1962.
Nacionalismo e Desenvolvimento Económico, ISEB, R. de Janeiro, 1958.
- LEVI STRAUSS, CLAUDE, Tristes Trópicos. Ed. Anhembi, S. Paulo, 1960.
- LEAL, VICTOR NUNES, Coronelismo, Enxada e Voto, Revista Forense, Ed. R. de Janeiro, 1948.
- BELLO M., I, A History of Modern Brazil, 1889-1964, 1966.
- MARINI, RUY MAURO, Subdesarrollo y Revolución, Siglo XXI edito-

- res, México, 1970.
La izquierda brasileña y las nuevas condiciones de la lucha de clases, en Diez Años de Insurrección en América Latina, organizado por Vania Bambirra, PLA, Santiago, 1971 A.
El Sub-Imperialismo Brasileño, CESO, Santiago, 1971 B.
- MARTINS, LUCIANO, Industrializacao, Burguesia Nacional e Desenvolvimento, Ed. Saga, R. de Janeiro, 1968.
- NORMANO, J. B., Evolucao Económica do Brasil, Comp. Ed. Nacional, S. Paulo, 1945.
Brazil; a study of economic types, 1935.
- OLIVEIRA VIANNA, F. J., de, Evolucao do Povo Brasileiro, José Olympio Ed. R. de Janeiro, 1956.
As Institucoes Políticas Brasileiras, José Olympio Ed., R. de Janeiro, 1949.
- PRADO JUNIOR, CAIO, Formacao do Brasil Contemporaneo, Ed. Brasiliense, S. Paulo, 1945. En inglés: The Colonial Background of Modern Brazil, 1967.
Historia Económica do Brasil, Ed. Brasiliense, S. Paulo, 1963.
Evolucao Política do Brasil e outros Estudos, Ed. Brasiliense, S. Paulo, 1961.
A Revolucao Brasileira, Ed. Brasiliense, S. Paulo, 1966.
- PAIM, GILBERTO, Industrializacao e Economia Natural, ISEB, R. de Janeiro, 1957.
- QUIJANO, ANIBAL, Redefinición de la Dependencia, CESO, Santiago, 1971.
- RAMOS, GUERREIRO, A Reducao Sociológica, ISEB, R. de Janeiro, 1958.
A Crise do Poder no Brasil, Zahan Editores, R. de Janeiro, 1961.
- RANGEL, IGNACIO, Introducao ao Estudo do Desenvolvimento Económico Brasileiro, Livr. Progresso. Ed. Salvador, 1957.
- SIMONSEN, ROBERTO C., Evolucao Industrial do Brasil, Esc. Livre de Sociología, S. Paulo, 1939.
Historia Económica do Brasil, 1500-1820, Comp. Ed. Nacional, S. Paulo, 1937.
- SANTA ROSA, VIRGINIO, El Sentido del Tenentismo, Schmid Editor, R. de Janeiro, 1933.
- SILVA, HELIO, O Ciclo de Vargas: I - 1922 - Sangue na Areia de Copacabana, 1964; 1926 - A Grande Marcha, 1965; 1930 - A Revolucao Traída, 1966; 1951 - Os Tenentes no Poder, 1966; 1932 - A Guerra Paulista, 1967; 1933 - A Crise do Tenantismo, 1968; 1934 - A Constituinte, 1969; 1935 - A Revolta Vermelha, 1969 A.
- SKIDMORE, THOMAS E., Politics in Brazil, 1930-1964, Oxford University Press, London, 1967.
- SODRE WERNECK, NELSON, Formacao do Sociedade Brasileira, José Olympio Ed., R. de Janeiro, 1946.
Formacao Histórica do Brasil, Ed. Brasiliense, S. Paulo, 1962.
O que se Deve Ler para Conhecer o Brasil, Ed. Civilizacao Brasileira, 1967.
- TAVARES, MARIA CONCEICAO, Auge y Declinación del Proceso de Sustitución de Importaciones en el Brasil, Boletín Económico de América Latina, Santiago, 9,1, 1964, pp. 1-62.
- TAVARES, MARIA CONCEICAO y SERRA, JOSE, El Modelo Económico Brasileño, Boletín de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Santiago, 1971.
- TRIAS, VIVIAN, Imperialismo y Geopolítica en América Latina, Ediciones El Sol, Montevideo, 1967.